



BRUNO ARPAIA

TIEMPO PERDIDO

Entrañable novela, de título desafortunado.

Un anciano recuerda la Revolución asturiana *d'Ochobre* del 34 en la que combatió en primera línea en plena adolescencia. Los otros protagonistas tienen nombres como José María Martínez, Belarmino Tomás, Ramón González Peña, Horacio Argüelles o Avelino González Entrialgo...

Relato que transcurre entre dinamita, pólvora, máusers, y amores de barricada.

TIEMPO PERDIDO

Bruno Arpaia

Traducción de Silvia Borri

Título original: Tempo Persa

Traducción: Silvia Borri

Edición digital: C Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Para Alfredo, que aún no ha visto el mundo,
y para Liuba, que lo está descubriendo

*Como la noche, voy de tierra en tierra;
raro es el poder de mis palabras;
en cuanto veo su rostro,
sé quién es el hombre que va a atender mi voz
y a él mi historia cuento.*

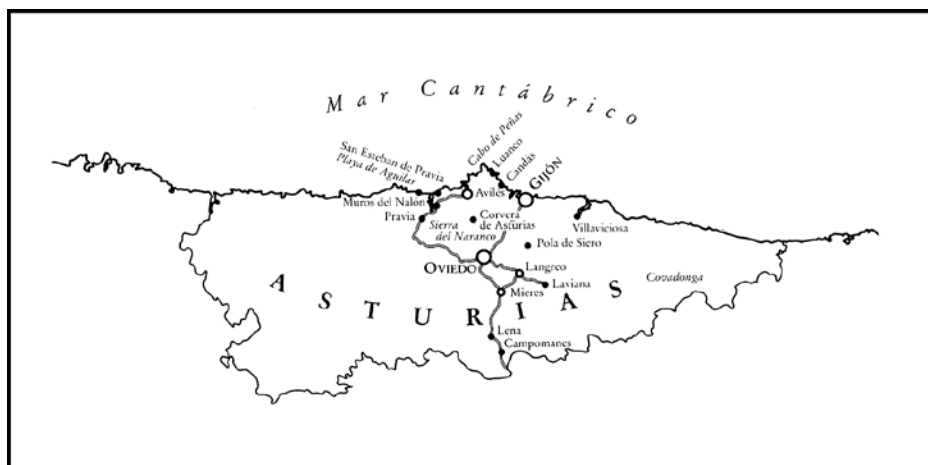
SAMUEL T. COLERIDGE

*Decidle que respete
sus propios sueños de juventud.*

FRIEDRICH SCHILLER

*La verdad, aquí ya no se juega a ganar.
Sólo jugamos a sobrevivir y a seguir incordiando.*

PACO IGNACIO TAIBO II



Ya lo decía yo. Lo veía venir, de verdad que lo sabía, pero me pareció mejor callarme la boca. Venga a decir:

«Don Laureano, usted trae mal fario...», mis amigos, mi hija, mi nieto... Me acusan de dudar de todo, de buscar tres pies al gato, tocan madera cuando hablo, pero luego, mire usted por dónde, resulta que casi siempre tengo razón. Y ahora ha vuelto a pasar lo mismo: todo el mundo convencido de que íbamos a ganar las elecciones y, en cambio, fíjese usted qué desastre. Ya decía yo que volveríamos a perder. ¡Pobre México! Usted, hijo, es joven, pero intuía que está donde hay que estar, ¿verdad? Ya me lo parecía. Y viene usted de Italia, si no me equivoco.

Yo nací en España, en Asturias, pero mi tatarabuelo era italiano. Malocchio, se llamaba, y yo Mahojo. Ya sé, era un apodo. Debía de ser un hombre que traía mal fario, como yo. Era vendedor ambulante e iba de pueblo en pueblo, intentando colocar pomadas y jarabes. Mi padre contaba que había llegado a España huyendo de las broncas de unos cuantos maridos cabreados. Parece ser que tenía diez hijos

repartidos entre Liguria, Lombardía y Piamonte, y que ninguno de los diez había llegado a conocerlo. Vaya elemento. Pero cuando se estableció en Gijón, en mil ochocientos y algo, le juro que sentó cabeza.

Ahora más vale que apaguemos la televisión. No me hace ninguna falta volver a oír que hemos perdido. Total, estoy curtido en eso, llevo toda la vida entrenándome. El primer golpe lo recibí en el 28, en España. Tenía yo doce años, pero no lo he olvidado. Vivíamos en El Llano, un barrio obrero de Gijón, en Asturias. ¿Ha estado alguna vez por ahí? Es una ciudad que se asoma a una gran bahía, con el casco viejo de Cimadevilla encaramado en el promontorio. De ahí partían la playa y el paseo marítimo, y un poco más allá el centro urbano y luego los demás barrios. Alrededor, unos campos y unos prados verdes que nadie se imagina en España, minas de carbón, gente de la mar, alguna que otra fábrica, el Cantábrico y una lluvia tozuda, que si se lo proponía te iba pisando los talones verano e invierno... Una tierra hermosa, linda de veras, y no lo digo porque yo haya nacido allí.

Pues, una tarde, creo que hacia el abril del 28, oímos el timbre de una bicicleta. Mi madre se asoma a la ventana y detrás vamos Libertad y yo. Era Vicente, uno de los tres guardias de la mina de Pola de Siero. Sin atreverse a levantar la cabeza, nos cuenta que se ha derrumbado no me acuerdo

si la sexta o la octava galería, y que tres hombres se han quedado abajo, entre ellos mi padre.

Yo sólo era un chiquillo, pero no tenía ni un pelo de tonto: estaba claro que, para ahorrar, en las cuatro galerías habían construido un almacén que no se aguantaba ni con cola. Hacía tiempo que mi padre iba diciéndolo... Tardaron seis días en sacarlos de allí, y cuando los encontraron, ya no había nada que hacer. Mejor, mucho mejor, que los hubiesen dejado bajo tierra. Mi madre se hubiera evitado el horror de pasar seis noches muerta de frío, enredada en esperanzas inútiles, para luego volverlo a ver cuando ya no era él, sólo un cuerpo sucio de tierra y de carbón, la cara torcida y dura, la lengua enrollada dentro de la boca, un ojo a medio cerrar... Todavía me acuerdo de aquella cara, más que de la otra, la de verdad. Con el pasar del tiempo, me hice a la idea, pero desde aquel día mi madre empezó a desvariar. Le dio por decir que ya no quería cuentas con mineros, socialistas ni huelgas. Resumiendo, era como si aquel pobre desgraciado no hubiera existido, como si lo hubiesen barrido con una escoba. Luego, empezó a presumir como si fuera una dama de la corte. Continuaba trabajando de modista, y creo que no lo hacía mal, pero cada mañana se colgaba al cuello sus collares de baratijo, se emperifollaba con sus joyas de oro falso y se iba a la cocina a ocuparse de los fogones. Eso era lo único que hacía en casa. Del resto nos ocupábamos nosotros, yo, mi hermana y Marcial, mi

hermano pequeño. Y cuanto menos dinero teníamos en casa, más se empeñaba ella en ventilar sus modales de gran señora, pavoneándose a diestro y siniestro. Por ejemplo, un día una vecina le pidió prestado un sombrero para ir a una boda. Ella se lo dejó, pero cuando se lo devolvieron, le faltó tiempo para tomarlo con dos dedos y tirarlo sin echarle un vistazo siquiera, por miedo a que alguien pudiera decir que se lo había visto puesto a otra. Faltaría más...

Al final todos en el barrio le tomaban el pelo y la llamaban doña Veneranda, prodigándose en reverencias y besamanos. Y ella, dale que te pego. A mí acabó adoptándome el partido; mi tío Adolfo y los viejos compañeros de mi padre venían a recogerme por la noche y me llevaban a la Casa del Pueblo o a la sede del partido. Yo me quedaba en un rincón y asistía a las reuniones o los miraba mientras jugaban a cartas. De vez en cuando, dejaban que los ayudara a imprimir la propaganda. En 1930 ya tenía el carnet de las Juventudes. El socialista más joven de España. Pensándolo ahora, uno se da cuenta de que era un récord más bien estúpido, pero entonces me parecía una gran cosa. Le enseñaba aquel carnet a todo quisque: ahí va Laureano Mahojo, de la quinta del 16. Lástima que lo perdí en el desastre que vino después.

En confianza, permítame que le diga que en aquel entonces a mí el socialismo me importaba un carajo. Lo que me gustaba era rondar las calles con Mariano Peña y Armando

López, el hijo de la Pepa, pasear arriba y abajo por la calle Corrida gorreando los primeros cigarrillos, ir a los partidos del Sporting, tirar piedras al mar que espumeaba contra el rompeolas de los astilleros y destrozar de vez en cuando el escaparate de alguna tienda cuyo dueño nos tocaba las narices. ¿Qué quiere que le diga?

¡Chiquilladas! Los domingos, nos plantábamos en el parapeto que cierra el paseo marítimo, a la sombra de un tamarindo, y desde allí mirábamos el desfile de culos y tetas, lo poquito que te dejaban ver en aquellos tiempos. En la escuela, a menudo nos saltábamos las clases; lo que hacíamos era robar unas cuantas bicicletas y cazar sapos en las marismas cerca del río Piles. ¿Usted se ha cargado alguna vez un sapo? ¿Y los lagartos? Se pillan fácil. Basta hacer un nudo corredizo en el tallo de una espiga; luego te quedas esperando con la mano muy quieta y cuando el bicho entra... zas, tiras. ¿De verdad que no? Esto hay que probarlo, hijo. ¿Qué quería saber? No, no. Al alemán del que usted me habla lo conocí más tarde. En septiembre de 1940, creo, en los Pirineos, en la frontera entre Cataluña y Francia. Ahora le cuento. Si se aburre, usted me lo dice, pero es que fueron años muy intensos: el fin de la Monarquía, las elecciones del 31... Una victoria por todo lo alto. Fue entonces cuando se me despertó el gusanillo, de tanto quedarme en un rincón escuchando, reunión tras reunión, se me contagió el entusiasmo. Parecía pan comido y casi tocábamos el poder

con las manos. Donde nosotros, en las sedes de Asturias, la sidra corría como el agua, y ojo con quien dijera que era mejor tomarse las cosas con calma. Parecía de tontos no verlo. En el Gobierno había tres de los nuestros: Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto y Largo Caballero. Ahora tendrían que vérselas con nosotros, el partido más fuerte y organizado, un millón de militantes dispuestos a todo. Haríamos la reforma agraria, les quitaríamos el poder a los curas, nos cargaríamos a los militares reaccionarios y aprobaríamos una nueva legislación laboral... Logré convencer a Mariano Peña para que se afiliara al partido. Dejamos de cazar sapos y tirar piedras al mar. Tío Adolfo había hablado muy claro: por la mañana, a clase, y luego, por la noche, podríamos quedarnos en la sede hasta tarde. Era como una fiebre, un delirio que nos hacía brillar los ojos. Nos hablaban de lo divino y lo humano: de higiene, de sexo, del respeto por la naturaleza. Hoy en día eso resulta normal, pero entonces era un escándalo. Por otra parte, también hay que decir que nosotros todo aquello lo respirábamos a diario: bastaba con mirar y escuchar. Te contaban de Gorki y Víctor Hugo a la hora de la merienda, de tipos que incluso en casa eran distintos a los padres de los otros niños: era gente que no se emborrachaba, que trataba a sus mujeres con respeto, que pedía la opinión de los otros familiares. Incluso en los momentos más aburridos, cuando nos obligaban a asistir a largos seminarios de teoría, bastaba con que mirara

a Mariano, atento y concentrado, escarbándose el pelo rizado con los dedos, para que se me fuera el sueño.

Nunca más volvimos a estar tan convencidos de tener la razón de nuestra parte. Yo incluso hacía frente a los ataques de mi madre; por aquel entonces ya se había convertido en una meapilas, de esas que se pegan a las sotanas. Hablaba y no paraba, repitiéndome una y otra vez que tenía que dejarlo, que siguiéndole los pasos al malnacido de mi tío me iría derecho al infierno o, peor aún, adonde estaba mi padre, o sea, al cementerio.

Decía «malnacido» y «cementerio» escogiendo bien las palabras, que pronunciaba en voz baja levantando el dedo meñique, como una reina ensimismada en sus rezos. Cuando tío Adolfo venía de visita, en vez de tomarla con él, se santiguaba tres veces deprisa y corriendo, y luego no levantaba la mirada de la aguja o las tijeras. Tío Adolfo se encogía de hombros y se mascaba el bigote sonriendo, pero estaba claro que la compadecía por sus rarezas. Me rodeaba los hombros con un brazo y me empujaba fuera de casa.

-Te lo traigo luego -le decía.

Entonces era cuando Marcial empezaba a llorar y ella mascullaba entre dientes su cuarto avemaría.

Ya sé que le cuento batallitas. Usted ha recorrido no sé cuántos kilómetros desde Italia sólo para verme y saber de ese filósofo suyo, y yo voy y le cuento mi vida y le hago perder el tiempo... Perdóneme... Andrés, el chico que le ha abierto la puerta, es mi nieto, y siempre me toma el pelo porque recuerdo a la perfección cosas que pasaron hace cincuenta años, y en cambio me olvido de lo que comí ayer. Dice que tengo una arteriosclerosis de mucho cuidado. ¿Qué le vamos a hacer? A mí no me importa, que digan lo que quieran. Si de verdad estuviera enfermo, no se lo tomaría tan a cachondeo y seguro que me miraría con esa sonrisita tonta que se dedica a los que choclean. Pues, yo le sigo la corriente. La verdad es que el 26 de octubre cumplo setenta y ocho años. Día tras día, he ido dándome cuenta de que incluso los que me parecen mayores son mucho más jóvenes que yo, que en mi agenda son más los nombres tachados con un trazo negro que los de aquellos que están vivos. ¿Sabe qué me pasa? Que me hago un lío con el tiempo. Casi como mi abuelo, aunque apenas me acuerdo de él: el buen hombre contestaba preguntas que le habían hecho tres días antes, se excusaba sin venir a cuento, mezclaba el antes y el después...

Es esto lo que me asusta, y no la muerte en sí. Por eso intento distraerme y no calentarme la cabeza. Siempre estoy pensando en lo que fue y me agarro a los viejos recuerdos, dándole vueltas y más vueltas, entre otras cosas porque es difícil olvidarse de lo que uno aprende cuando es joven. En el 31 empecé a saber de qué iba la historia, y me aprendí muy bien la lección. Sólo tenía quince años, pero no hace falta ser un genio para darse cuenta de que una cosa es ser hijo de obreros y otra muy distinta ser un señorito. Sabía muy bien cómo había vivido mi padre. Se pasaba el día entero bajo tierra, sin ver la luz del sol, y cuando volvía a casa tardaba dos horas en quitarse de encima aquel amasijo de tierra, sudor y carbón. Por eso siempre estaba nervioso. Y cuando murió, las cosas fueron a peor. En casa nos las veíamos y deseábamos para juntar cuatro perras. Ahí estaba mi madre, que se daba aires de grande de España, pero luego tenía que apañárselas con tres o cuatro patatas y un cacho de queso, y zurcía nuestros jerséis hasta dejarlos en puro parche, y nos volvía a todos locos repitiendo que debíamos tener cuidado con la suela de los zapatos. Y en cuanto salías, te topabas con los señoritos. Yo los espiaba con la nariz pegada a las cristaleras del restaurante del Club de Regatas, y ahí estaban ellos, comiendo cosas que yo ni siquiera podía imaginar. Los veía desfilar en sus cochazos o recorriendo el paseo marítimo a pie, con su prole repeinada detrás, de pantalón corto y corbata, unos niños presuntuosos que desde luego

no se dignaban asomar la cabeza en nuestras escuelas... Así, casi sin darme cuenta, aprendí: en este mundo había un «nosotros» y un «ellos» y no todos éramos de la misma cuerda, como se dice ahora... Y luego empecé a fumar: fumaba cuando estudiaba, cuando miraba una película, en las reuniones hasta altas horas de la noche, cuando me iba solo al paseo marítimo, cuando salía por ahí con Mariano y Armando, cuando ayudaba en las faenas de casa, cuando tenía un problema y cuando lograba resolverlo. Desde entonces no lo he dejado. Y ahora vienen con que hace daño. Si eso fuera verdad, ya hace tiempo que estaría criando malvas. Tonterías. A mí me gustaba liar mi tabaco negro, como si eso formara parte de la excitación del momento: las esperanzas, las dudas de cuando se es muy joven, lo que se va descubriendo, la política... sin tabaco no habrían tenido tanto sabor. Lástima que hacia julio o agosto empezaron a llover los primeros palos. Los anarquistas de la CNT, los del sindicato, organizaron un montón de huelgas, y el ejército envió la artillería: primero, tres muertos en San Sebastián, luego, treinta en el sur, en Sevilla, y cientos de heridos. Serían anarquistas, pero también trabajadores... Y ¿qué hacía nuestro Gobierno? Les disparaba igual o más que los otros. Cuando llegó al poder don Manuel Azaña, un intelectual republicano, ya nos habíamos quedado algo aislados. Los golpes nos llegaban de derecha e izquierda, había huelgas y complots militares y las rebeliones de los

campesinos en Extremadura, una tierra donde todo parecía haberse quedado parado en el año mil y los temporeros se alquilaban en las plazas de los pueblos por tres pesetas el jornal.

No se podía hacer frente a tanto desbarajuste; era como si los males del mundo entero se hubieran dado cita en España, justo para joder a la República y al Gobierno. Si mirabas a tu alrededor, no había nada que te levantara la moral. La derecha había vuelto a organizarse y crecía rápido delante de nuestras narices, pero eso tampoco me preocupaba mucho. Qué quiere que le diga: tenía dieciséis años entendía lo que podía, creía saberlo todo...

Cuando lo pienso ahora, ya me doy cuenta de que era un idiota, tan tonto como sólo se puede ser a esa edad. Me había imaginado que la política era un sinfín de triunfos, una sutil y ligera exaltación, un ideal puro que sólo conocía la victoria... Las caras ajadas de los más viejos, cuando los miraba y escuchaba mientras ellos sopesaban los pros y los contras, matizando las palabras, no hacían más que fastidiarme. Íbamos a ganar, ¿verdad? Entonces, ¿de qué se preocupaban aquellos viejos chochos? El socialismo estaba a un paso; bastaba con no equivocarse, mover bien las piezas, y Mariano y yo de eso sabíamos un rato. Éramos dos sabiondos, unos mocosos que no valíamos ni para pasar el cepillo en la iglesia. Hasta que una noche, en una reunión,

me levanté y pedí la palabra: acabé soltando una perorata presuntuosa e inútil, una auténtica metedura de pata. Ahora me doy cuenta y sé muy bien que si no hubiera sido tan joven y tonto, me habrían echado de allí a patadas.

Tío Adolfo era poquita cosa, bajito, y yo ya era bastante más alto que él, pero cuando lo vi allí delante hecho una fiera, me pareció enorme. Se limitó a estamparme una sola bofetada, un revés que fue directo a mi mejilla derecha. Creo que eso me salvó. De repente, fue como si me encontrara solo en este mundo: o aprendes y creces, o te jodes para toda la vida. Tardé unos cuantos meses, pero al final aprendí.

Claro que sí, cómo no voy a acordarme del filósofo ese... Y piense que yo conocí un montón de escritores en España. Venían a la guerra: alemanes, ingleses, americanos, búlgaros... Uno incluso me regaló un libro suyo de poemas. Nunca llegué a leerlo, entre otras cosas porque estaba escrito en búlgaro, pero la verdad es que a mí me gustaban las novelas donde hay mucha acción, y si no, historia y filosofía, siempre que se lean fácil; sobre todo historia... ahí se me van las horas. No te metas, Andrés. Ya sé que leo la enciclopedia de cuando eras niño, ¿y qué?, ¿no hay historia allí? Su madre, igual: habla y no calla. La cuestión es armar barullo y no cerrar el pico. Venga a decir tonterías, pero, aparte de los indios, la verdad es que no hay un solo mexicano que sea de pocas palabras. Qué quiere que le haga: mi hija nació aquí, come tacos un día sí y otro también, al pavo lo llama guajalote. Cuando llegué, en 1941, casi no entendía a los mexicanos. Me costó acostumbrarme: además de las rarezas del idioma, me parecía haber dado un paso atrás en el tiempo, haber retrocedido muchos años, como si hubiese llegado a un país que aún no se las hubiera

visto con nuestro siglo, pero me resigné. Para empezar, tenía muy claro las leyes en contra de la enseñanza religiosa, los anarquistas no metían mucha bulla y nosotros no teníamos ya que ir cada noche a las reuniones. Recuperamos a Armando, y durante un tiempo pudimos recomponer el trío: nos pasábamos la vida juntos, estudiando, de paseo, al cine, y cuando conseguíamos que nos dejaran tres bicicletas, nos llegábamos hasta Oviedo, aunque poco podíamos hacer allí: sin un duro en el bolsillo, sin soltar la bici por miedo a que nos la robaran... Total, acabábamos quedándonos media hora en la plaza, sentados en un banco delante de los pórticos y de los bares, con un ojo pegado a las bicis apoyadas contra la pared y el otro mirando a la gente de la gran ciudad. Y cuando la cosa ya no daba más de sí, vuelta atrás y para casa. Fue entonces, cerca de Navidad, cuando empecé a salir con una chica. La conocí una noche en Gijón, detrás de la plaza Mayor, del lado donde empieza el paseo marítimo. Hacía semanas que la miraba pasearse arriba y abajo, luciendo sin tapujos en pleno invierno un escote que quitaba el hipo. Armando decía que era una altruista, que lo hacía para que el pueblo disfrutara de su belleza, pero yo, en cuanto la veía, me aturullaba de tanta emoción, y me quedaba ahí, sudando, balbuciendo y hecho un trapo.

- Joder, cuánto me gusta ésa... -solté un día sin querer.

Desde entonces, no hubo manera de que me dejaran en paz. Armando y Mariano me tomaban el pelo, chinchándome y haciéndome rabiar a más no poder. Hasta que un domingo, mientras fumábamos y charlábamos los tres, sentados en el parapeto, la vimos salir de la plaza y encaminarse hacia el paseo marítimo. Iba sola, sin sus amigas de siempre.

- Ahora o nunca -me dijo Mariano.
- ¿A qué esperas? -insistió Armando.

Yo tenía la cara roja como un tomate y el corazón en un puño.

- Como si fuera tan fácil... -solté en un murmullo-. Si me acerco, luego ¿qué le digo?
- Ya se te ocurrirá algo.

Me agarraron uno por cada brazo, me llevaron en volandas y me soltaron justo delante de ella. Yo me la miré un instante y luego me quedé no sé cuánto tiempo con los ojos clavados en la punta de los zapatos.

- Dile algo, idiota -oí a lo lejos.

No me acuerdo bien de lo que hice, pero creo que balbucí:

- ¿Tiene hora, por favor?
- No -contestó ella, y echó a andar de nuevo.

Me quedé allí inmóvil, medio alorado, mirando aquella aparición que se alejaba. Apenas medio minuto después Armando y Mariano empezaron otra vez a empujarme y darme ánimos:

- Anda, a por ella... Si incluso se ha parado... ¡Por qué serás tan tonto!

Cuando por fin me acerqué, casi tropiezo con ella. Aún no sé de dónde saqué el valor para decir aquellas cuatro palabras:

- Me llamo Laureano. ¿Puedo acompañarla?

- Bueno -contestó ella-, pero sólo un ratito. Es tarde y en casa me están esperando.

El sol acababa de ponerse, el mar estaba en calma, el viento no molestaba y el cielo aún tenía tonalidades violetas: ideal, siempre y cuando yo hubiera logrado decir esa boca es mía, pero quien habló fue ella. Se llamaba Pilar, tenía más o menos mi edad y desde hacía unas semanas trabajaba en una peluquería de la calle Jovellanos. Fue muy poco lo que le conté de mí. De repente, mi vida me pareció insignificante.

Cinco, diez minutos, nada más. Cuando llegamos a la altura de la Escalerona, ella me dijo que tenía que marcharse.

- ¿Nos volveremos a ver?

- Quedemos el martes, a las siete.

Pilar se esfumó en un callejón y enseguida aparecieron Armando y Mariano. Los muy cabrones nos habían seguido.

- ¿Qué, cómo te ha ido?

- ¿Cómo quieres que me haya ido? Regular, nada especial...

No volví a abrir la boca en toda la noche y al día siguiente hizo falta Dios y ayuda para arrancarme unas palabras, pero al fin llegó el martes y volví a verla. Incluso me atreví a mirarla: pelo negro azabache, ojos verde oscuro, nariz bien recta, una boca delicada y sensual... Qué maravilla. Lástima que no me dedicara nunca más de diez minutos, un cuarto de hora como mucho. A la tercera cita, ya estaba claro quién tenía la sartén por el mango. Los hombres somos bien tontos, y a esa edad más todavía. En cambio, a las mujeres parece que no les haga ninguna falta aprender ciertas cosas. Las saben, y punto, y así nos llevan, como el burro detrás de la zanahoria.

- Eso no puede ser -me decían Mariano y Armando. Sin ser unos expertos en estos asuntos, se creían obligados a aconsejarme, a explicarme qué tenía que hacer: mañana vas y le sueltas eso, ojo, procura llegar con un poco de retraso... Ni por ésas. Ella era quien tomaba las decisiones, y yo hacía lo que podía para andarle a la zaga. No dejaba de darle vueltas a ciertas ideas, sobre todo a una: ¿cómo me las

arreglaría para declararme? Tenía un montón de frases en la punta de la lengua e iba ensayándolas en la cama en voz baja, pero no había manera de encontrar una que fuera buena de verdad. «¿Quieres ser mi novia?» No, no, demasiado facilón. «Oye, ¿qué tal si nos juntamos?» Demasiado brutal y desenvuelto, nada que ver con mi carácter. «Cuando te veo, mi corazón se desboca.» Menuda gilipollez.

Al final resultó que un domingo, antes de que ella se esfumara en el callejón, yo conseguí arrancar con un «Quería decirte...», pero allí me clavé: quieto, parado, con la lengua tan pesada como los barcos que a duras penas distinguía detrás de sus hombros, a lo lejos, en el puerto. Ella me miró y sonrió:

-Sí-dijo-, sí, tontorrón.

Pilar me dio un beso en la mejilla, me acarició el pelo y se marchó. No me lo podía creer. ¿Iba en serio aquello? Pues... sí, resulta que ya éramos novios, pero mi noviazgo no fue más que un ir arriba y abajo por la calle Corrida o el paseo marítimo, los martes y los domingos, mientras Mariano y Armando nos seguían de lejos, curiosos. No me acuerdo de qué hablábamos. Sólo sé que, en vez de mirarla a la cara, yo le hablaba con los ojos clavados en la línea que le nacía entre los pechos, y ahí se me iba el santo al cielo, perdía el oremus, le contestaba cualquier cosa.

Duró tres semanas. Ella me dejó plantado una noche sin muchos preámbulos. Llovía a cántaros, el aire era gris plomo y desde la marquesina donde nos habíamos resguardado se veía el mar.

-Se acabó -me dijo.

- ¿Por qué?

- No lo vas a entender. Eres un niño.

¡Qué mal me sentó aquello! Me dolió más que un crimen, y apechugué con ese dolor toda la vida, pero, bien mirado, a Pilar no le faltaban razones. En todo aquel tiempo, sólo nos habíamos dado un beso de los buenos escondidos en un zaguán. Si las cosas hubieran ido a mayores, yo no habría sabido cómo comportarme. Aunque pareciera que fuese a comerme el mundo, sólo conocía Oviedo y el sabor de las tres pajas que me hacía cada día, en el váter o en la cama. Ahora había llegado el momento de crecer, y más me valía apurar.

Ya me hubiera gustado ir haciéndome mayor, ganar algo de experiencia, dedicarme a conocer a las mujeres, pero me faltó tiempo.

La tregua fue muy breve: 1933 se nos cayó encima casi sin avisar. Tío Adolfo a menudo me preguntaba por qué ya no nos pasábamos por la sede; trabajo había, y mucho. De manera que finalmente volvimos a las reuniones, a distribuir el *Avance* por las mañanas y a ir de puerta en puerta por los barrios. Además, no había manera de vivir tranquilos en España... El 11 de enero ya empezamos con una revuelta anarquista en Casas Viejas, cerca de Cádiz. El Ministerio del Interior dio la orden de sofocarlo, costara lo que costara, así que el Gobierno decidió que junto a la Guardia Civil, fuera también la Guardia de asalto, un cuerpo creado en 1931 y formado por policías fieles a la República. Aquello fue una carnicería: fusilaron a una docena de prisioneros, bombardearon las casas, a algunos anarquistas los ajusticiaron sin más... La derecha fue diciendo que nuestro Gobierno sólo se dedicaba a asesinar a la gente, que aquello era un régimen de «sangre, barro y lágrimas», e incluso

Ortega y Gasset declaró que la República lo había decepcionado.

El Gobierno nunca se rehízo de aquel revés: en abril, cuando las elecciones provinciales, perdimos votos. Resulta que en marzo, cuarenta y dos partidos, capitaneados por Gil Robles y el mismo Dios, habían fundado la CEDA: ellos representaban a España y nosotros, heréticos, judíos, moriscos, protestantes, masones, liberales, marxistas, iluminados, nosotros representábamos la antipatria. «¡Jefe! ¡Jefe!»: Gil Robles, en los comicios, dejaba que sus jóvenes lo aclamaran como al Duce o al Führer. Llegó el verano, pero ni siquiera pudimos ir a la playa. Azaña dimitió, se disolvió el Parlamento y empezó una larga campaña electoral. Sólo muy de vez en cuando, Armando, Mariano y yo conseguíamos disfrutar de un domingo como los de antes, sentados en el parapeto mirando a la gente que paseaba arriba y abajo, pero entonces yo me encargaba de aguarles la fiesta hablándoles de Pilar, de cuánto la echaba de menos... siempre lloriqueando, un día sí y otro también.

Comía como un pajarito, cualquier cosa me emocionaba, y me quedaba horas con los ojos pegados a la ventana preguntándome por qué, entre tanta gente, me había tocado a mí apechugar con ese dolor. Seguro que no había quien me aguantase...

No sé cómo se las apañan los jóvenes hoy en día, pero entonces, tener mal de amores a los dieciséis años era como caer en un pozo sin fondo. Y la verdad es que en el fondo disfrutábamos metidos ahí dentro, porque ésa era la manera de sentirnos un poco héroes. Nos desvivíamos buscando un buen motivo para sufrir en condiciones, rodeados por la comprensión y el respeto reverente de los amigos. Al cabo de pocos años supe que olvidar a una mujer es fácil, y que no hay mal peor que un dolor de muelas o un cólico nefrítico, pero entonces no tenía ni idea, así que lo pasaba fatal. Suerte que la cosa no duró demasiado, porque la campaña electoral no me dejaba mucho tiempo para mis penas: que si había que organizar una reunión, que si había que ir a una asamblea para ha-cer bulto, que si dos o tres pasquines por imprimir. Hacíamos lo que podíamos. Mariano y yo estábamos en el mismo grupo que Gerardo Gómez, el secretario de la sede de las Juventudes Socialistas en Gijón. Era un chico pálido, robusto, con un timbre de voz bajo y la barba sombreándole ya las mejillas. Un tío que valía, y mucho, pero, mira tú por dónde, si te fijabas en las manos te dabas cuenta de que de niño había estado en un seminario; unas manos blancas, gordezuelas, hechas a propósito para desgranar las cuentas de un rosario. Era como si un aura clerical se le hubiera quedado pegada al cuerpo, pero eso tampoco nos molestaba tanto; muy al contrario, lo seguíamos como dos perritos falderos, hacíamos novillos y

nos dedicábamos a peinar los barrios obreros, casa por casa, fábrica por fábrica, tienda por tienda, hablando, intentando convencer, difundiendo el mensaje del partido. Arrastrábamos a los tímidos, exaltábamos a los ya convencidos, discutíamos con las mujeres en el mercado. Sólo con volver a pensar en aquel trajín, me duelen los pies, pero intuíamos que estábamos perdiendo el tiempo. Los otros se habían unido en el Frente Antimarxista: la CEDA, los monárquicos alfonsinos, los tradicionalistas, los agrarios, algunos liberales... Todos juntos, y nosotros, los de la izquierda, cada uno por su lado, cada cual con su lista electoral. Y además éramos pobres. Ellos disponían e miles de personas, pero también de millones de pesetas. Las grandes damas de la burguesía se habían puesto a colaborar con los párrocos, aportando comida, colchones, ropa usada. Un voto podía significar un buen salchichón, un préstamo, un trabajo, o el ingreso gratuito de un hijo en una escuela de monjas o curas.

Las pocas noches libres nos las pasábamos en la Casa del Pueblo o en la sede, escuchando la radio o charlando. De vez en cuando se acercaba también Armando y nos tenía ahí embobados, mirándolo mientras él soltaba sus grandes discursos, ponía patas arriba las pocas ideas que nos rondaban por la cabeza y las pocas palabras que nos sabíamos de corrido. Él se sentía como en su casa en el mundo de las ideas, igual que nosotros en el de las cosas, y

aun siendo tan joven, lograba que esas ideas tuyas casi llegáramos a tocarlas con las manos.

Estaba también Armando la noche en que oímos por la radio el discurso de Gil Robles, el jefe de la CEDA. Acababa de volver de Nuremberg, donde había asistido al congreso de los nazis. Dijo que la democracia era un simple medio para conquistar un Estado nuevo: después, si el Parlamento no se sometía, había que hacerlo desaparecer... Los de la radio aplaudían, y nosotros sentíamos escalofríos en la espalda.

Dentro de la gran sala, había quien se movía sin parar, quien soltaba improperios, quien estaba dispuesto a apagar el aparato de una patada y quien lo llamaba hijo de la gran puta, y Mariano y yo, en medio de aquel alboroto, estábamos convencidos de que al fin y al cabo Gil Robles no era más que un chulo. Armando, en cambio, callaba como un muerto, achicando la mirada y palpándose las gafas por encima de la nariz.

-Éstos, si ganan, nos fríen a todos -me susurró al oído.

Y la cosa fue que ganaron por goleada, la CEDA y los radicales de derecha de Lerroux. Para nosotros fue una auténtica catástrofe: perdimos la mitad de los diputados.

No digo que no estuviéramos preparados para una derrota, pero ésa fue muy dura. Desde entonces, venga reuniones, que a menudo acababan como el rosario de la aurora, entre

gritos, golpes encima de la mesa, amenazas, e incluso algún que otro puñetazo: cada cual pretendía llevar el agua a su molino, pero, pensándolo bien, la triste verdad era que nos habíamos quedado quietos contemplando cómo el Estado mataba a obreros y campesinos, cosa que ni siquiera pasaba en los tiempos de la monarquía. Habíamos votado leyes infames, olvidando a quién representábamos, y todo eso ¿para qué? Dos años en las sedes del poder, imaginando una república ideal, que ahora, con el Gobierno de Lerroux apoyado desde el exterior por la CEDA, se revelaba justo como lo que era: un ideal, un cuento de hadas y poco más.

Ya era tarde y teníamos que escoger. Hacía demasiado tiempo que nos habíamos quedado estancados a medio camino: o nos empeñábamos en la revolución o la abandonábamos sin remordimientos. Dentro del partido, los de las Juventudes empezamos a empujar hacia la izquierda. La suerte ya estaba echada: la CEDA, con sus grandes discursos sobre Dios y la religión, era la antesala del fascismo y había que cortarle el paso a cualquier precio. Para muestra, bastaba con echar un vistazo a lo que pasaba en Italia, Austria o Alemania: Von Papen, que había abierto puertas y ventanas a Hitler, era católico, y también lo era Dolfüss, que masacraba a mujeres y niños. Y el Papa, ¿no le había guiñado el ojo a Mussolini? Mariano y yo mirábamos con horror las fotos de los edificios destruidos, de los libros quemados, de las cárceles llenas, y asistíamos incrédulos a la

retirada de los demás partidos socialistas, que ofrecían su cuello al verdugo en busca de conciliación. ¿No llevaba razón Largo Caballero al querer preparar un plan revolucionario por si la CEDA se hacía con el poder?

En mi tierra, patria de mineros, nosotros éramos mayoría, y por lo tanto el cambio del partido hacia la izquierda fue menos brusco que en el resto de España y casi se entendió como una evolución natural: Graciano Antuña, un dirigente del sindicato de mineros, fue nombrado presidente de la Federación de Asturias; los de las Juventudes, aunque no muy bien vistos por la dirección, a menudo trabajábamos con los comunistas en Sama y en Mieres; el *Avance*, el periódico socialista de Oviedo, se empeñaba en campañas de denuncia, pidiendo firmas contra el boicot de la publicidad y contra el gobernador, que lo secuestraba un día sí y otro también... ¿Ha oído hablar de Javier Bueno, el director? Un tipo muy especial, que siempre iba con la verdad por delante y en su vida se puso una corbata. Un hombre cabal, que hizo un periódico magnífico, combativo... Mientras duró, claro. En el *Avance* trabajaban también dos parientes míos por parte de madre: uno de ellos, Ignacio Lavilla, era jefe de redacción; el otro, Benito Taibo, se ocupaba de la administración. Fue él quien se inventó la famosa distribución capilar, con gente que salía en bicicleta al amanecer o iba colgada de trenes y camiones, y dejaba pilas de periódicos en las esquinas, que luego recogían

obreros y mineros. Nadie podía con nosotros: el juez secuestraba el diario a las cinco de la mañana y a las once lo compraba en el bar Peñalba de Oviedo, harto ya de la insistencia de un vendedor obstinado...

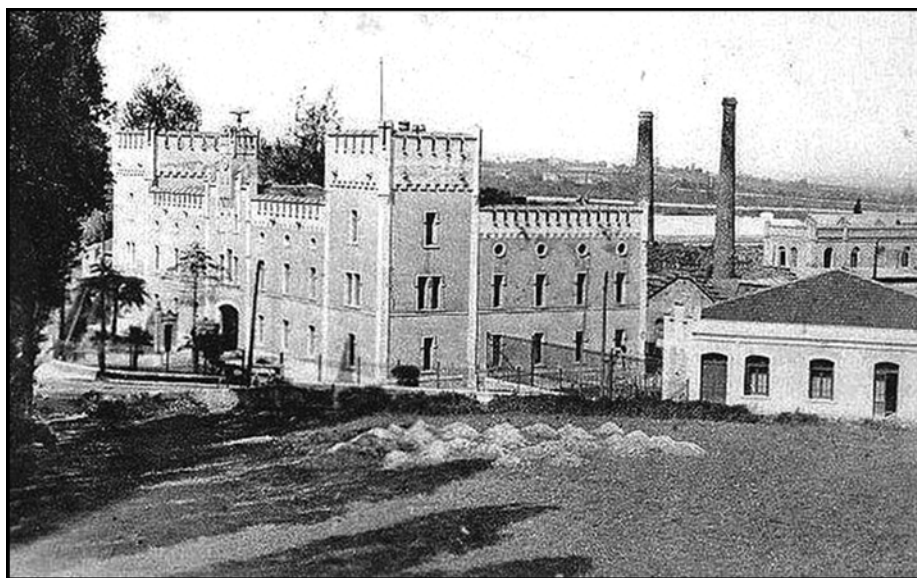
Nosotros, los de Asturias, éramos especiales. En el resto de España, los dos últimos años habían cavado una trinchera en las filas de la izquierda, un vacío que no conseguía llenarse ni siquiera con la amenaza del fascismo.

En nuestra tierra, en cambio, incluso los anarquistas de la CNT se daban cuenta de que el Partido Socialista, su enemigo de siempre, había cambiado, y por eso nos hacían propuestas de alianza y llegamos a organizar juntos las manifestaciones. La cosa empezó cuando seis o siete dirigentes de la CNT asturiana, prisioneros en la cárcel del Coto, firmaron un documento donde pedían la Alianza Obrera, un pacto entre todos los revolucionarios. Enseguida, su asamblea nacional, reunida en Barcelona, se encargó de excomulgarlos y nuestros mandamases de Madrid hicieron otro tanto. Sin embargo, nosotros, dale que te pego... Así empezaron las reuniones en la parte de atrás del bar Casa Manfredo. Ellos, los anarquistas, enviaron a José María Martínez, del sindicato de transportes, a Avelino González Entrialgo, un obrero del metal de Moreda, y a Horacio Argüelles, el secretario del sector de la construcción; nosotros estábamos representados por Graciano Antuña,

secretario de la Federación de Asturias, acompañado por Bonifacio Martín, un viejo diputado. El 31 de marzo se firmó el pacto de la Alianza Obrera y al día siguiente se publicó en las páginas del *Avance*. Como es lógico, se trataba de una versión edulcorada, y en el periódico nadie habló de los planes de insurrección, pero aquella nota sirvió para darnos a todos un empujón. Sólo faltaban los comunistas. ¿Sabe usted qué iban diciendo? Pues que los de la Alianza Obrera éramos una capilla de contrarrevolucionarios, la Santa Alianza de los agentes de los explotadores en contra de su Frente único, en contra del comunismo y los soviets. Anarcofascistas, socialtraidores: así nos llamaban aquel atajo de idiotas. Además, aunque la Alianza pudiera parecer sólo un pacto para la unidad de acción, todos nosotros, socialistas, anarquistas e incluso los comunistas que no dependían de Moscú, sabíamos que era mucho más que eso: estábamos preparando juntos la revolución, la toma del poder. Fue entonces cuando dejé de obsesionarme con Pilar y poco a poco la fui olvidando. Los primeros días, casi me daba vergüenza sentir que la tristeza se aliviaba y, a medida que pasaba el tiempo, iba aguantando mejor el dolor, hasta que desapareció del todo y me lancé con los demás en busca de armas.

Durante cinco meses, mi madre sólo me vio por la mañana temprano y a altas horas de la noche, si es que aguantaba despierta. Se metía en un rincón, dándole a la aguja a la luz de una vela, y en cuanto me veía en el quicio de la puerta empezaba a pasar su rosario de quejas: que no iba a clase, que no traía dinero a casa, que ojalá al menos me ocupara un poco de la casa, que Libertad y ella ya no daban abasto. Y luego, para rematar la faena, nunca faltaba la historia del cementerio y del tío Adolfo, pero a estas alturas yo ya estaba en la cama, fumándome el último pitillo con los ojos cerrados, pensando en lo que me esperaba al día siguiente y procurando no hacer caso de sus jaculatorias. Bien mirado, no le faltaba razón, pero a mí ya se me había pegado la fiebre de las armas. Mal iríamos si llegaba la revolución y nos pillaba sin ellas. No hacíamos otra cosa que buscarlas, comprarlas de segunda o tercera mano y esconderlas en los lugares más extraños. Escopetas, pistolas, material bélico sobrante, la dinamita de los pozos y las canteras, lo que fuera. Mejor andar sin zapatos o renunciar a un plato de patatas que quedarse sin un arma. Y yo, sin saber cómo

arreglármelas, dándole vueltas día y noche para ver dónde encontrarla. Hasta que, una mañana, Gerardo Gómez nos dice a Mariano y a mí que estemos al quite: nos llevaban a Oviedo, a la fábrica de armas de La Vega. Los compañeros que trabajaban allí llevaban desde principios de enero desmontando fusiles y tirando las piezas al otro lado del muro a ciertas horas, y ese día nos tocaría a nosotros recogerlas.



Fábrica de armas de la Vega. Oviedo

Eran casi las doce del mediodía cuando llegamos a Oviedo en el viejo coche de un compañero que se llamaba Bartolo. En la sede de la UGT, el sindicato socialista, nos dieron una carreta, nos disfrazaron de ropavejeros y nos dejaron a las cuatro en punto en la parte trasera de la fábrica. Era un

edificio grande de ladrillo gris con cuatro torreones en las esquinas, rodeado de árboles y de una verja baja. Llovía, pero nada que ver con esos goterones de aquí, en Ciudad de México, que si te caen en la cara te dejan marca; llovía como llueve en Asturias, un calabobos tonto, casi invisible, que te empapa sin que te des cuenta. Ni Mariano ni yo habíamos llegado nunca hasta aquel barrio. Encontramos una plazoleta llena de charcos, de tablones y tubos viejos, de periódicos abandonados; más allá, una callejuela estrecha por la que transitaban unas pocas bicicletas. Allí estábamos, aparentando recoger los primeros trastos, cuando vimos dos guardias civiles de patrulla, que subían la callejuela tiesos y aburridos, y yo me di un susto de cojones.

- Me estoy cagando de miedo -le confesé a Mariano en voz baja.

Él se enderezó y levantó la mirada de un montoncito de cristales, y peinándose los rizos con los dedos, me soltó entre dientes:

- ¿Tú eres tonto o qué?

Aguanté sin respirar y con el culo prieto hasta que los guardias desaparecieron tras un grupo de casas a lo lejos, y fue justo entonces cuando empezamos a oír los primeros topetazos que venían de la fábrica.

Sudados y empapados de lluvia, empujamos la carretilla hasta la verja. Mariano saltó dentro y me fue pasando cinco sacos de arpillera. Los pocos minutos que tardamos en llegar al coche de Bartolo se nos hicieron eternos. En cuanto arrancamos, me puse loco de contento: reía, cantaba a voz en cuello... Vamos, que me sentía un héroe, aunque en realidad no era más que un inconsciente. Si llegan a pararnos y abren el maletero, adiós muy buenas. Pero a trancas y barrancas logramos acercarnos hasta la puerta trasera de la tipografía del *Avance*. Nos hicieron colocar los sacos entre los rollos de papel; más tarde, dos maestros armeros de nuestro sindicato montarían de nuevo los fusiles, que se enviarían inmediatamente a la cuenca minera.

Iban a utilizar el coche de Bartolo unas dos horas más, así que nos dijeron que esperaríamos en la redacción. Arriba, en los despachos, había mucho follón, un trajín de gente, las máquinas de escribir tecleando... Nos sentarnos en un rincón a mirar, con la boca abierta como si viéramos visiones.

- El alma de la revolución -susurré. Mariano me miró fijo y sonrió:

- Tú es que eres tonto de nacimiento. -Pero, acto seguido, me tocó el hombro y exclamó emocionado-: Mira, aquél es Jesús Ibáñez.

Yo miré, y detrás de sus hombros, más allá de una puerta apenas entreabierta, reconocí a mi tío, Benito Taibo. Hacía un montón de años que no lo veía, pero ahí estaba él, con la raya en medio y el bigotito despoblado...

-Anda, ve... Ya decía yo que eres tonto. ¿Por qué no quieres que te reconozca?

Mariano me dio un empujón y me vi metido en el cuarto aquel sin haber pedido siquiera permiso para entrar.

- ¿Qué hay? -soltó él, levantando apenas la mirada de la máquina de escribir. Balbucí mi nombre, y él continuó tecleando.

- Vaya, el hijo de Paco y Veneranda. Dale recuerdos a tu madre.

Malcarado, idiota y presuntuoso; ni siquiera se molestó en darme un apretón de manos. Lo odié aun antes de salir de la habitación, y de paso odié a Mariano, al *Avance* y al mundo entero. Hasta llegar a Gijón, no dije esta boca es mía. Ya era de noche y seguía lloviendo, casi con furia, como un desquite sordo. Mierda de tiempo... Se oían sólo los truenos a lo lejos y el ruido del motor.

- ¿A qué viene esa cara? -me preguntó tío Adolfo cuando llegamos a nuestra sede-. ¿Qué pasa? ¿Es que han ido mal las cosas?

Me encogí de hombros.

- No, no. Todo muy bien -conseguí decir, pero poco me faltó para echarme a llorar cuando me llevó al patio y deslizó una pistola en mis manos.

En aquel cobertizo iluminado por la escasa luz de una bombilla, me pareció incluso que brillaba. Resultó en cambio que era vieja y estaba llena de herrumbre, pero eso lo descubrí más tarde. Lo importante es que fuera sólo mía. Tío Adolfo me dio una palmada en el hombro.

- Para conseguir balas, tendrás que apañártelas solito - añadió, antes de volver adentro.

Ahí me quedé, oyendo el repiqueteo de la lluvia sobre la uralita, respirando hondo el aire húmedo, inmóvil, con los ojos clavados en la pistola. Luego me la metí en el bolsillo y me fui corriendo a casa. Por suerte mi madre ya estaba durmiendo. Cuidando de no hacer ruido, la envolví en un periódico; luego me subí a la mesa y la escondí en el hueco que había entre una viga y la pared. Enseguida me fui a la cama, y venga a fumar, pensando en todo lo que había pasado en Oviedo, venga a dar vueltas buscando acomodo, y luego otro cigarrillo... Cualquiera dormía: cada hora, máximo cada dos, me levantaba a ver si la pistola seguía en su lugar. Y así durante toda una semana, hasta que una noche, volviendo de un mitin en Mieres, metí la mano y sólo

encontré el hueco; ni la pistola ni el periódico: nada. El alba me pilló poniendo la casa patas arriba, siempre en silencio, mirando bajo las camas y revolviendo en el trastero: nada de nada. Fuera, el cielo había pasado del negro al gris oscuro, pero parecía que nunca se haría de día. Oí que mi madre se levantaba y se aseaba, atenta, como de costumbre, a no gastar demasiada agua, vertiéndola con parsimonia en el barreño, y me la imaginé emperifollándose con sus collares.

Cuando apareció en la cocina, soltó un buenos días y nada más. Ni una queja o una lista de agravios, ni siquiera un breve sermón sobre mis costumbres y sobre el dichoso cementerio. Entonces caí en la cuenta. Me puse hecho una fiera, como si me hubiera vuelto loco: ella se persignaba y yo venga a chillar, darle patadas a la mesa y a las sillas y pegar puñetazos a las paredes.

- ¿Dónde coño has metido la pistola?

Mientras tanto, mis hermanos se habían ido despertando. Libertad intentaba contenerme tirándome de la manga y Marcial lloriqueaba. Yo, ni caso.

- Me cago en Dios... ¿Me lo dirás de una vez?

Mi madre se persignó, atizó el fuego y luego se sentó en su rincón a coser. -Al río -me contestó plácida-. La he tirado al río. ¿Es que no te enteras de lo que está pasando?

Agarré un cabreo... Abrí la puerta y salí tal cual, con sólo la camisa y los pantalones. Lo que se dice llover, ya no llovía, pero hacía un frío del carajo y el sol no parecía tener ganas de salir. Sólo recuerdo una bruma pegajosa... Caminaba deprisa, sin saber muy bien hacia dónde iba. Crucé El Llano, el centro, subí hasta Cimadevilla, el viejo barrio ovillado encima de un promontorio junto a la bahía, luego volví a bajar y me fui al paseo marítimo.

Me hizo falta andar seis kilómetros para entender que, bueno, mi madre sería muy cabrona, pero también era verdad que para nosotros había llegado el tiempo de las vacas flacas. Hacia finales de marzo, el señor Marcelino Rico Rivas, gobernador radical de Asturias, había decidido ir a por todas, soltando los tricornos de la Guardia Civil por toda la región en busca de armas. Empezaron con la Casa del Pueblo de Sama, luego pasaron a Laviana, a Barredos, a Tiraña y a Avilés. Registraron las sedes sindicales, cachearon a los mineros a la salida de las galerías y peinaron la zona, casa por casa. Llegaron a Gijón el 25 de marzo y, armas en ristre, pusieron patas arriba el centro obrero de la UGT, el centro comunista y el círculo de pescadores. Había guardias civiles por todas partes. Incluso entraron en casa de una vecina mía, la señora Fernández y, a falta de otra cosa, se llevaron la correa de la máquina de coser creyendo que era una mecha. Había que andarse con cuidado porque éstos no se andaban con chiquitas, y por un quítame allá esas pajas

podías acabar en chirona. Pero ahora ya era demasiado tarde para dejarlo: cuanto más se empeñaban ellos, más convencidos estábamos nosotros de que se acercaba la hora de la revolución y nos desvivíamos buscando armas.

Los de las Juventudes, quizá por el hecho de haber quedado excluidos de las operaciones más importantes, éramos los más aguerridos. Interceptamos un cargamento de viejos fusiles alemanes del 14, la mayoría inservibles, destinados a la fundición, pero los robamos y nos empeñamos en poner en funcionamiento unos cien, que escondimos luego en los pajares o en el desván de la Casa del Pueblo de Mieres. En una asamblea en Oviedo, delante de las narices de un par de policías infiltrados, votamos la recogida de fondos para la «escuela de verano». Con aquel dinero compramos luego unas pistolas de las fábricas de Eibar y las escondimos en las cajas de embalaje de una cooperativa que fabricaba máquinas de coser. Otras, francesas, nos las trajimos desde el País Vasco en el doble fondo de un camión de pescado. Cuando el Ejecutivo las distribuía a los distintos grupos, aquello era el acabose: si por casualidad entregabas dos de menos, te buscaban para matarte a pedrada limpia.

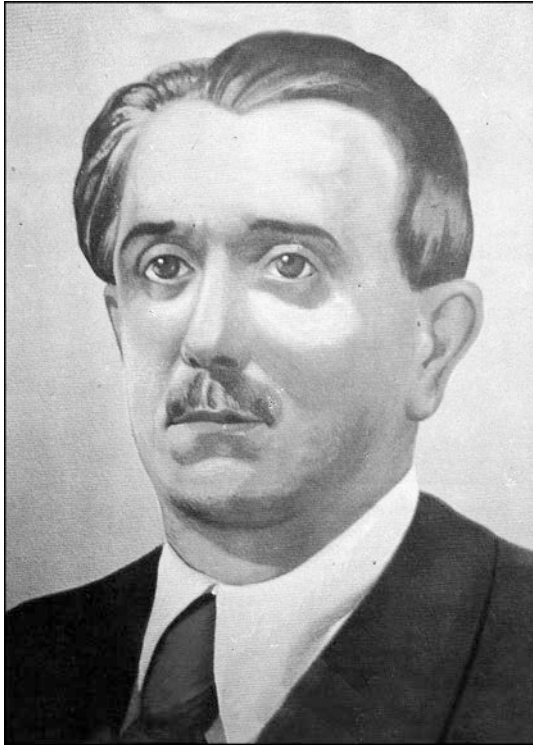
Luego empezó la moda del «excursionismo»: los sábados y los domingos subíamos a la montaña vestidos con ropa informal, pero, en cuanto llegábamos arriba, nos poníamos las camisas rojas y empezábamos a ejercitarnos; la mayoría

de las veces nos apañábamos con los bastones, pero de cuando en cuando los mayores nos pasaban unas pistolas viejas y entonces tirábamos a los blancos colgados de los árboles. Fue uno de esos sábados cuando vi en persona a José María Martínez. Estábamos cerca de Sandín, en una galería abandonada. Los jefes socialistas y anarquistas habían venido expresamente de Gijón y Oviedo para probar la primera ametralladora que habíamos conseguido, robándola pieza a pieza, un día tras otro, gracias a los compañeros de la fábrica de armas de La Vega.

José María Martínez tenía unos cincuenta años y era un hombre alto, robusto y de espaldas anchas. Siempre estaba de buen humor, con una sonrisa que parecía habersele pegado al bigote y el pelo peinado de cualquier manera. En su mesa de trabajo guardaba un feto, y contaba muy serio que era un hijo suyo que no había llegado a nacer y que lo tenía allí para perder el miedo a las cosas naturales de la vida.

Había sido secretario de la rama de metalurgia de la CNT y ahora era ya un líder nacional de los anarquistas, pero en Asturias los mineros socialistas también lo apreciaban y lo consideraban su jefe, pues él era quien había redactado el pacto de la Alianza Obrera y lo había defendido y mantenido incluso contra el parecer de la CNT de Madrid. Javier Bueno, el director del *Avance*, decía que la Alianza existía gracias a

Martínez. Los dos tenían muchas cosas en común, aunque, como es lógico, no lo confesaban.



José María Martínez

Cuando José María empezó a disparar, perdido en el suelo, primero una ráfaga, luego unos tiros aislados, tocando apenas el gatillo, yo avancé a codazos entre la gente que lo rodeaba hasta situarme en primera fila. José María estaba muy emocionado y, casi llorando, gritaba:

- Ya pueden venir ahora... El ejército, los republicanos...

Y venga a descargar balas. Luego, de repente, pareció recuperar la compostura y se serenó. Llegó incluso a dirigirme la palabra. Me imagino que yo debía de resultar patético en mi afán por estar delante de todos, casi pegado a él.

- Aparta, chico, que no estamos en un cabaret mirando los muslos de las chicas -me dijo.

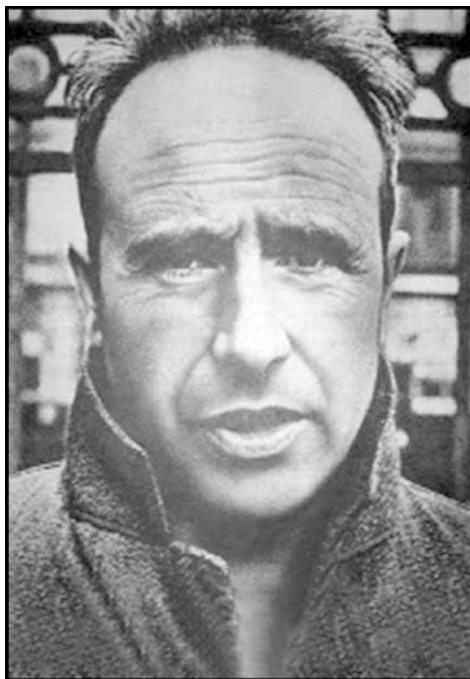
Todos se rieron a carcajada limpia y yo retrocedí un poco, rojo como un tomate.

- Oye, que a mí me han empujado -farfullé a duras penas.

De eso que le cuento usted no sabía nada, ¿verdad, hijo? Siempre pasa lo mismo: cuanto más lo repito por ahí, más cuenta me doy de que nadie sabe nada y a veces pienso que dentro de un tiempo seré el único en este mundo que se acuerde de quiénes eran Gil Robles y José María Martínez...

A lo mejor son tonterías, o será que a mí, como a todos los viejos, no me da la gana de que me tachen con una raya negra, pero le juro que en el mes de octubre de 1934 se hicieron los ensayos generales de lo que dos años más tarde sería la Guerra Civil. Y le digo más: yo creo que fue entonces cuando se prepararon por primera vez las fuerzas que intervinieron en la Segunda Guerra Mundial y en lo que pasó luego en Europa hasta casi el día de hoy. Y, en cambio, tengo

la sensación de que cuando falte yo, adiós revolución de Asturias. Ya sé que quedarán los libros, perdidos en los estantes de una biblioteca, y algún que otro ensayo sesudo, donde la historia parece un gran teatro de marionetas sin personajes de carne y hueso... Poco les va a importar a estos estudiosos la cara de mi padre muerto y el modo en que José María Martínez se arreglaba el flequillo; nada sabrán de mis pajas y del limpiabotas de Gijón, que el día en que arrestaron por primera vez a Javier Bueno quiso encabezar la manifestación, y de su maletín lleno de botes de crema y betún pisoteada por los caballos de los guardias de asalto...



Javier Bueno

Para ellos, los estudiosos, dos mil muertos no son más que tres palabras: «dos mil muertos», y punto. ¿Le parece a usted que bastan los libros y los sabios para vencer esa plaga general que es la maldita costumbre de olvidar? No, no bastan, y se lo dice alguien que tiene experiencia... Y entonces, a tomar por el culo: yo largo. Ya sé que mis palabras también son inútiles, que son ganas de perder el tiempo pero, mientras viva, yo dale que te pego, una y otra vez, aunque corra el riesgo de aburrir a una persona tan amable como usted... Ésas son cosillas que a los viejos se les perdonan, ¿verdad? Más adelante les tocará a ustedes, los jóvenes, apechugar con lo que venga, ¿o no? Además, eso me sirve para no perder la memoria. La cosa tiene su qué, porque la memoria no es como un perro, que tú lo llamas y corre: viene cuando le da la gana, y cuando llega la sientes enmarañada, llena de detalles inútiles, y antes de empezar a contar tienes que dedicar un rato a poner la memoria en orden. Sin exagerar, se entiende, porque si no se esfuma, se deshace en las manos, como un vestido apolillado. Eso de poner los recuerdos uno detrás de otro, en fila, ha de hacerlo quien no los ha vivido; eso corresponde a los que no son dueños de esa memoria... Basta ya; mucho me equivoco o usted se está aburriendo. ¿Le apetece un café? Llamaremos a Andrés. ¿Sabe? Usted me recuerda a mi amigo Mariano. Algo tiene... La misma mirada, esa cara cuando se pone serio. ¿Quiere azúcar blanco o de caña?

Me parece que fue en mayo... No, mentira: fue en abril. ¿Le pongo un poco de leche en el café? Bueno, pues, fue a principios de abril. Lerroux, el presidente del consejo, presentó la dimisión, de manera que, contando como siempre con el apoyo externo de la CEDA y de Gil Robles, subió Samper, otro radical. El hombre hubiera querido quedarse allí tranquilo, hacer lo mínimo y esperar, pero la situación estaba ya muy tensa y la CEDA se empeñaba en usar mano dura. No éramos nosotros los únicos que circulábamos con armas, más bien todo lo contrario: carlistas y falangistas iban por ahí luciendo ufanos unas pistolas que ni los oficiales del ejército... Nosotros sabíamos que tenían almacenes llenos de lo que hiciera falta, sospechábamos financiaciones italianas y alemanas, pero ¿qué íbamos a hacer? Ellos tenían la sartén por el mango, y por mucha huelga que convocáramos...

Me acuerdo muy bien de que el primero de julio llegó de Logroño Blanco Santamaría, el nuevo gobernador. Se creía un tipo duro y parece que lo habían enviado a Asturias para restablecer el orden. El hombre lo intentó, vaya si lo intentó, pero aquella misión era demasiado para él, y nosotros

jodíamos lo nuestro. Hubo un momento en que podían arrestarte sólo por llevar la camisa roja o ir por ahí cantando *La Internacional*. Cada dos por tres se declaraba el estado de excepción, secuestraban el *Avance* un día sí y otro también, en todas partes había despidos masivos de los obreros más comprometidos, Javier Bueno fue arrestado dos veces, la Guardia de Asalto patrullaba las calles día y noche... Era una verdadera guerra, en todos los frentes. Nos importaba un carajo lo que dijeran los dirigentes de Madrid, que hablaban de mantener la calma y de buscar estrategias. Intentamos oponernos con acciones continuas aunque limitadas, viviendo todo aquello como un ensayo general de la insurrección. Lo malo era que yo ni siquiera tenía ya una pistola...

No sabía si contarle a tío Adolfo que mi madre, entre jaculatoria y jaculatoria, había tenido la gran ocurrencia de tirarla al río. Mi tío era uno de los responsables de las «provisiones» e iba a menudo a Bélgica y a Francia. Cuando volvía, al cabo de un par de días, nos tocaba subir a la montaña a esconder cajas en los pajares. Bastaría una palabra suya para que yo volviera a tener una pistola, incluso un fusil... Pero no me atrevía: tenía miedo de parecer un chiquillo, un niño de teta empeñado en jugar a la revolución sin el permiso de su mamá. O sea, que me callé la boca. Ni siquiera se lo conté a Mariano, así que, cuando hacía alusiones al tema e intentaba pillar algo en un reparto, todos

me miraban con malos ojos y me tildaban de codicioso porque yo ya iba provisto y ya tenía un «hierro». Para cagarse, sobre todo cuando Mariano me enseñaba su flamante Star calibre nueve largo, que acababa de desembarcar en el puerto del Musel, escondida en un cargamento de fruta. Hasta que, a principios de septiembre, mientras subía a Cimadevilla, me encontré a tío Adolfo delante del embarcadero. El sol estaba a punto de ponerse, pero todavía hacía calor. Una mierda de verano, extrañamente bochornoso, que parecía no querer acabar nunca. Tío Adolfo bajaba a toda prisa por la cuesta. Iba sin afeitar, con ojeras, y las mejillas aún más hundidas. Me revolvió el pelo con la mano y me llevó hacia la barandilla. El mar, abajo, era una mancha color gris plomo, lisa, sin olas. El poco viento que llegaba hasta allí desde la montaña parecía recién salido de un horno.

- Hace calor -dije yo, por decir algo.

Él se encogió de hombros. Estaba nervioso y no dejaba de mirar a un lado y otro atusándose el bigote.

- ¿Has conseguido las municiones? -me preguntó de repente, mirando las barcas en el puerto y las cajas de pescado amontonadas cerca del muelle. No tuve más remedio que decirle que sí-. Entonces, estate al quite... Ya te avisaré.

Se marchó con la misma prisa con que se había acercado, y sólo aflojó un momento el paso para darse la vuelta y gritar:

- Recuerdos a tu madre.

Por lo que yo sabía, lo único importante de aquellos días era la huelga general programada para el día 8. Resulta que la CEDA había organizado para el 9 de septiembre una manifestación nacional en Covadonga, el lugar donde se había iniciado la Reconquista. Una auténtica provocación en el corazón mismo de Asturias, y nosotros estábamos dispuestos a boicotearla. Como si hubiera que echar más leña al fuego...

Tres días antes, en Sama, la Guardia Civil había disparado a quemarropa contra una manifestación de mujeres.

A un compañero nuestro de las Juventudes que había intentado ayudarlas lo dejaron seco.

Mirando a tío Adolfo que bajaba a escape hacia la dársena, pensé que a lo mejor las altas esferas ya habían fijado la fecha de la revolución. Sí señor: todo estaba dispuesto para el 8 de septiembre, y yo, tonto de mí, acababa de darme cuenta. Y ahora, ¿qué coño iba a hacer sin la pistola?

Un par de días más tarde convencí a Mariano de que fuéramos al cine. Él no quería, porque andaba mal de dinero y decía que la película no merecía la pena. Ciertamente, muy

cierto, pero a mí eso me importaba un comino... Cuando salimos, lo cogí del brazo y me lo llevé hacia los jardines de Begoña. Por fin se respiraba algo. Corría una brisa fresca y el cielo estaba limpio, punteado de estrellas temblorosas. Elegí un banco debajo de un tilo: el rumor de las hojas movidas por el airecillo, poca gente alrededor. Y ahí se lo solté:

- ¿Podrías prestarme tu pistola ?

Lo pillé por sorpresa y él reaccionó como de costumbre, llevándose las manos al pelo y liándose los rizados con los dedos.

- Coño, la pistola... -masculló.

- Se trata sólo de un préstamo. Dentro de dos o tres días te la devuelvo.

- No, la pistola no.

- Mariano -le dije muy serio-, tú y yo somos amigos, ¿verdad?

- Claro que sí, pero darte la pistola... Si llegas a pedirme la camisa, aquí mismo te la daba, pero la pistola, coño...

Dejé pasar una parejita que andaba cogida de la mano, luego hice como que miraba a un perro que perseguía a un gato en la acera de enfrente, y finalmente volví sobre lo mismo:

- Tienes que fiarte -insistí-. Ahora no puedo contártelo todo... Órdenes del partido.

Dicho y hecho. A la media hora tenía en mis manos su Star, cartuchos incluidos. Esta vez mi madre no volvería a jugarme una mala pasada: de noche la escondía debajo de la cama y de día me arriesgaba a llevarla siempre conmigo. El día 7, no sé por qué lo recuerdo tan bien, caía en viernes. A primera hora de la mañana, nos llegó la noticia de que le habían metido una multa al dueño del Navío por exponer camisas rojas en su escaparate. Pasó el día entero sin que tío Adolfo hiciera acto de presencia. A las doce de la noche, todavía estaba yo en la sede esperando órdenes, escrutando a los dirigentes con mirada cómplice, con la mano pegada al faldón de la americana para disimular el bulto a la altura de la cintura. Nada, sin novedad en el frente, a la mierda... Me dormí muy tarde, cuando ya casi amanecía, y al despertar noté un silencio raro. Tiendas cerradas en pleno día, las mujeres enclaustradas en casa, ni un triste camión que saliera del mercado. A juzgar por lo que veía desde mi ventana, la huelga era un éxito.

Fui andando hacia el centro, bajando por la avenida Schultz. Lo mismo: sólo puertas cerradas y grupos de obreros y mineros parados en las esquinas engañando el tiempo bajo el sol. Más adelante, en los jardincitos de la plaza Seis de Agosto, bajo el monumento a Jovellanos, vi de refilón a

Mariano que se desgañitaba en un corrillo. Cambié de dirección. Tenía que volver a casa e ir a buscar leña con Marcial. Algunos pelotones de la Guardia de Asalto patrullaban las calles principales, ya que casi todos los guardias civiles estaban cerca del Ayuntamiento o vigilando los cuarteles. Coño, la pistola... Me abroché la americana y me metí las manos en los bolsillos. Cuanto más andaba, menos claro lo tenía: ¿Qué había de la dichosa revolución? En la plaza de Italia me encontré con Gerardo Gómez, que venía del Ayuntamiento con un grupo de compañeros. Dios sabe hacia dónde corrían.

- La huelga seguirá mañana todo el día -me dijo gritando-. Pásate por la Casa del Pueblo más tarde.

- No puedo -le contesté, pero, para mis adentros, empezaba a entender. Por lo visto, había habido algún impedimento y todo quedaba aplazado para el día siguiente. Mejor sería tener paciencia; seguro que, tarde o temprano, tío Adolfo aparecía por casa para avisarme. Me pasé la tarde entera recogiendo leña con Marcial en Las Quisadas. Al volver, mi madre me anunció que tendría que arreglar el tejado.

- Incluso en domingo... -intenté protestar.

- Va a ser mañana, y no se hable más -me soltó ella-. Antes de que empiece a llover.

A la mañana siguiente, ahí me tiene usted: subido a una escalera, con unos clavos en la boca y un martillo en la mano, haciendo como que me ocupaba del tejado y sin despegar los ojos de la calle... De tío Adolfo, ni la sombra. Quien apareció por la tarde fue Mariano. Dejé el martillo. Bajé. Él me llevó a un rincón del patio y empezó a hablarme del follón que se estaba armando: resulta que los de la CEDA, con Gil Robles a la cabeza, habían entrado a miles en Asturias, de camino hacia Covadonga; que nosotros habíamos recibido la orden de boicotear; que las calles alrededor de Oviedo ya estaban sembradas de clavos y los autocares no salían; que en La Felguera y en Mieres habían disparado contra los coches; que en muchos puntos habían saltado los raíles; que los escuadrones de las Juventudes, armas en ristre, habían impedido la salida de los trenes; que Blanco Santamaría había desplegado a la Guardia Civil en las carreteras, un hombre cada cien metros, y la infantería de marina andaba controlando el ferrocarril. Vamos, que tardó lo suyo, pero por fin llegó al meollo de la cuestión: la pistola. Hasta un niño entendería que la necesitaba, que podían avisarle en cualquier momento.

Me puse muy serio y asentí con la cabeza:

-Ahora mismo no puedo dártela -le dije-. Está mi madre.

Acto seguido, me cité con él en la Casa del Pueblo a las diez. Era la primera mentira de mi vida, la primera importante, me

refiero, contada a un amigo con toda la intención... Ya sabía que no acudiría a la cita.

Mientras acababa de arreglar el tejado, noté una gran opresión y unas ganas continuas de ir al lavabo... No podía soportar lo que había hecho, y Mariano tendría mil y una razones para despreciarme el resto de su vida.

Me fui a la cama temprano, justo después de cenar. Mi madre no paraba de preguntarme si me encontraba mal, y yo le contestaba que me había dado demasiado el sol en la cabeza. Quizá fuera verdad, pero no era ésa la razón por la que daba tantas vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño; no era el sol la razón de que de vez en cuando tuviera escalofríos...

Me dormí muy tarde, cuando casi amanecía, y al despertar sentí la mano de tío Adolfo que me tocaba el hombro y me llamaba. Estaba atontado, con los ojos hinchados y un sabor amargo en la boca. Lo entendí a medias cuando me dijo que justo en cuanto se pusiera el sol me presentara en la playa de Cervigón.

- Y aquel amigo tuyo, Mariano Peña, ¿podría venir?
- No, Mariano no -le dije-. No tiene pistola...

La verdad, cuanto más pienso en la cabronada que le hice, más me cuesta aceptarla. Pobre Mariano... Aquí no hay excusa que valga. Encima de robarle la pistola, voy y le hago otra putada, como lo de Jesús y san Pedro. Pero es que yo hubiera jurado que estaba empezando la revolución y que la historia desfilaba delante de la puerta de mi casa: o me subía al carro volando o me quedaría ahí clavado por los siglos de los siglos. Ya se sabe: cuando se es muy joven, siempre falta tiempo, una ocasión perdida parece perdida para siempre, y se tiene la sensación de estar chupando siempre la piel de la vida, sin llegar nunca a la pulpa.

Mi madre parecía haberlo adivinado. Para empezar, me veía en casa, y eso ya se le antojaba un milagro, y además tenía un don especial para leerme el pensamiento.

-Tú te traes algo entre manos -iba repitiéndome, sin dejar de regar jaculatorias y de recomendarme a santos que sólo ella conocía.

»¿Vas a decirme qué te pasa?

Un reconcomio, una obsesión. Yo me desvivía a la espera de que llegase el momento de la cita, así que me encaminé antes de la hora, pasando por el interior y cruzando La Arena

y el puente sobre el río Piles. Cuando llegué a la playa, el sol estaba a punto de ponerse. No vi barcos a lo lejos, ni gente en la orilla. El mar rompía contra las rocas en grandes olas verdes y espumosas, pero el aire era tan limpio que en el horizonte llegaban a distinguirse las grúas en los muelles del Musel. Todo, desde unos puñados de yerba desgredada en los contornos de la playa hasta las pocas barcas que descansaban en la arena, todo era tan nítido que me parecía ver el mundo por primera vez, como si acabaran de inaugurarlo.

Esperé sentado en una roca, mirando la marea que subía, y a mi izquierda el sol, que se tornaba rojo y violeta, bajando poco a poco detrás del cabo de Torres. De no ser por los remordimientos, los nervios, la pistola que me apretaba la barriga, incluso hubiera llegado a dormirme. La cuestión es que me quedé allí, mirando fijamente el cielo que oscurecía y la salpicadura de las olas, preguntándome si ése sería de verdad el lugar de la cita. Cuando ya era noche cerrada, empecé a ver un ir y venir de sombras, oí los motores de unas lanchas que se acercaban y noté en el hombro la mano de tío Adolfo.

-Aquí tenéis al chico -les dijo a los demás-. Cuidádmelo.

La noche era muy negra, con apenas un cacho de luna. Me costaba distinguir los rostros y no reconocí a nadie. Posiblemente serían mineros de la cuenca, pescadores,

gente del sindicato. Con la intención, quizá, de que me sintiera más cómodo, tío Adolfo me invitó a un pitillo.

-¿Qué te pasa? -me preguntó-. Traes la carita más blanca que la cera.

Se había dado cuenta al acercarme la lumbre.

-Mucho ojo y buena suerte. -Y se despidió con un pellizco en la mejilla, dejándome plantado.

Serían unos veinte hombres, repartidos en tres lanchas, la Edelmira, la María Posada y la Fermín Galán. A mí me tocó la última, la Fermín Galán. Me dijeron que me quitara los zapatos y me ordenaron que empujara hasta más allá de la línea de reflujo. Era tan torpe que hicieron falta dos hombres para ayudarme a subir a bordo, empapado desde los pies hasta la camisa. Suerte que me había cuidado de poner la pistola a buen recaudo...

Salimos en silencio, con los motores al mínimo. Sólo entonces, en la barca de al lado, reconocí al viejo Rafael, el propietario de la María Posada, alguien que había visto alguna vez por ahí en Gijón. Al otro, Perfecto Suárez, el que tomó la palabra en mi lancha, no lo conocía de nada. Dijo que nos dirigíamos a la playa de Aguilar, cerca de San Esteban de Pravia. Allí, hacia las doce de la noche, nos esperarían los compañeros del Turquesa, un barco pesquero armado a bou. No iba a ser una misión como las demás. Ésas

eran palabras mayores: dieciocho toneladas de fusiles, municiones, ametralladoras, dos mil granadas, un lanzallamas. Resumiendo: más de trescientas cajas que habría que descargar del Turquesa y entregar luego a los camiones que las habían de llevar a buen recaudo. Pues eso: a callar todo el mundo y que a nadie se le ocurriera encender un pitillo.



El Turquesa

O sea, que de revolución, por el momento, nada. Ingenuo que era uno. Y, por cierto, ¿qué narices sería un bou? No era el momento de preguntarlo, así que lo dejé correr. Ahora íbamos enfilados hacia el cabo de Peñas, con los motores al máximo y cortando las olas al bies. Dejamos muy atrás el Musel, y más tarde, distinguí desde lejos las luces pálidas de Candás y Luanco. El cacho de luna aparecía y desaparecía en el cielo tras una tira de nubes muy bajas, apuntadas hacia nosotros como un dedo. El viento, empeñado en darle a mis

pantalones empapados, me hacía temblar. Me subí el cuello de la americana.

La bendita de mi madre. Si no llega a ser por ella, ni se me hubiera ocurrido coger la chaqueta de mi padre. Hacia las diez, doblamos el cabo de Peñas. Navegábamos de maravilla, con las olas a popa; una hora más tarde, ya habíamos cruzado Avilés y la ría de Pravia, donde el Nalón se ensancha, pasando por Muros y La Arena, hasta desembocar en el océano, y finalmente el faro en la punta de San Esteban. Ya faltaba poco para la playa de Aguilar.

Apagamos los motores a unos quinientos metros de la orilla y nos acercamos a golpe de remos. No se veía nada: las nubes ocultaban la luna, no había un triste farol, ni siquiera la luz de alguna casa perdida en la colina que sirviera de referencia. Nada. Bajamos de las barcas sin chistar, mientras Perfecto Suárez iba a dar una vuelta de inspección. Volvió al cabo de diez minutos.

-Todo bien -dijo en voz muy queda-. Sólo es cuestión de esperar.

Nos echamos en el suelo; los había con el pitillo en el cuenco de la mano, otros recostados en la arena y unos cuantos tragando sorbos de sidra de una botella que había aparecido no se sabía de dónde. De cuando en cuando, los ratos en que las olas dejaban de moverse en la orilla, me llegaba el

murmullo de los demás grupos esparcidos por la playa y protegidos por la oscuridad. Nadie respetaba las consignas. Vaya, como si estuviéramos de excursión... Menudos revolucionarios, pensaba yo. Total, mientras discurría todo esto se hicieron las doce de la noche Entonces empezaron a distinguirse entre los grupos unos destellos de linternas repetidos de manera regular. Ésa era la señal, pero el mar seguía negro y mudo. Pasó media hora, una hora, sin novedad. ¿Dónde coño se había metido el Turquesa? Las olas seguían rompiendo en la orilla, luego callaban, y vuelta a empezar. Estaba hasta las narices de tanto quedarme quieto esperando. Dieron la una, las dos, las tres... vete a saber. ¿Y si nos pillaban? Ya alguien había empezado a decir que mejor sería irnos, cuando en un extremo de la playa, hacia la carretera principal, notamos cierta agitación. Nos levantamos todos, pistolas en ristre, mientras Perfecto Suárez se ocupaba de investigar.

-Todo bien -nos dijo-. Lo que pasa es que el Turquesa, en vez de venir aquí, ha anclado delante de la ría de Pravia y se ha quedado ahí aguardando las lanchas.

Hubo un jaleo de aquí te espero: un montón de gente salió de repente de la oscuridad, se oyeron motores de camiones invisibles que se internaban en el bosque en dirección a la carretera provincial, y nosotros empujamos al mar las tres lanchas... Al cabo de veinte minutos, estábamos mar

adentro, a la altura de La Arena, buscando al Turquesa y perdidos en una negrura que daba miedo. Si cree que de noche, en alta mar, con apenas un cachito de luna, es fácil encontrar lo que se busca, aunque sea un barco, se equivoca de medio a medio, créame... Y es que, bien mirado, la negrura más negra es aquella en que apenas ves algo... Sin embargo, navega que navega, al final distinguimos de lejos una gran masa aún más oscura. Entre tanto ruido de motores, los nuestros y los suyos, era difícil intercambiar el santo y seña. Aunque Perfecto Suárez se desgañitara gritando: «¿Qué tal la cosecha de patatas? ¿Qué tal la cosecha de patatas?», del otro barco sólo contestaban con un «¿Qué? ¿Qué estáis diciendo?». Incluso dudamos que se tratara del Turquesa. Luego, por suerte, finalmente oímos que gritaban: «Bien, muy bien: dieciocho toneladas.» Los marineros abrieron entonces las escotillas y empezaron a llevar cajas al puente. Conseguimos meter ciento setenta y una en las lanchas, y quedamos en volver al cabo de dos horas para recoger las que quedaban.

Los camiones nos esperaban cerca del puente de Muros del Nalón. Empezamos a recorrer la ría de Pravia con los motores al mínimo, cuidándonos muy mucho de los carabineros de San Esteban y de la Guardia Civil de Muros. Pasado el pequeño puerto de La Arena, nos pareció que lo peor ya había pasado. Bastaría con no despertar aquellos pueblecitos dormidos, intentando siempre pasar

desapercibidos. Amarramos a la derecha, un poco antes del puente, justo en un recodo del Nalón, y empezamos a descargar. Había cajas que iban directamente a los camiones, a punto de salir, y otras que se apilaban a la entrada del puente. Ahora sí que les veía la cara a mis compañeros. Estaban nada menos que Ramón González Peña, Graciano Antuña, Belarmino Tomás, presidente de la Federación de Mineros, y José María Martínez, y Horacio Argüelles de la CNT. La flor y nata, los dirigentes. Y allá al fondo, algo apartado, aquel tío bajo y fofo, con la boina puesta y los ojos saltones y alegres, ¿no sería Indalecio Prieto, el ex ministro?



Belarmino Tomás

- Claro que sí -me susurró al oído Rafael Posada-. ¿No sabías que ha sido él quien lo ha organizado todo? Estas armas... es como si se las hubiéramos comprado al mismísimo Gobierno, aunque el Gobierno no lo sepa.

Posada se rió por lo bajo, pero la cosa no era para tomársela a broma. Estábamos metiendo tanto ruido que al final alguien acabaría descubriéndonos. Aún quedaban muchas cajas por descargar, cuando uno de los que vigilaban bajó corriendo hacia el río.

- Se acercan dos policías -repetía-. Ahora andarán por el cruce con la carretera provincial.

Oí que saltaba el seguro de no sé cuántas pistolas. Entonces Prieto dijo:

- Va a ser inútil disparar. Llegarían otros, e igualmente perderíamos la mercancía. Es mejor que nos retiremos.

Nadie se movía, y Prieto tuvo que ponerse firme.

-¡He dicho que nos retiremos, joder! -gritó. Nunca llegué a entender muy bien qué pasó después.

Antes de volver a subirme a la lancha, sólo tuve tiempo de ver un camión que no conseguía arrancar y ahí cerca, en el puente mismo, una pila muy alta de cajas abandonadas. Luego, bastante tuve con cuidarme de lo mío. Los guardias civiles de San Esteban no se chupaban el dedo: nos habían descubierto cuando subíamos río arriba y, al no vernos entrar en el puerto siendo altas horas de la noche, se dieron cuenta de que algo pasaba. Mientras bajábamos corriendo

hacia el mar, íbamos notando que alguien se movía en la orilla, hasta que oímos una voz:

«Alto, o disparamos.»

Huimos a toda pastilla, pero ellos casi aciertan el tiro. Oí que las balas golpeaban el agua alrededor de la lancha y que el motor arrancaba... Las pasamos canutas, pero, a Dios gracias, conseguimos meternos mar adentro.

Llegamos a Gijón cerca de las seis. Estaba a punto de amanecer y empezaban a distinguirse los árboles y las montañas en el horizonte, las chimeneas de las fábricas en las afueras. En la playa soplaba un viento tenso, seco, cargado de polvo, que se esforzaba por barrer las nubes. Nos despedimos de prisa y yo eché a caminar hacia El Llano, impulsado por los nervios y un extraño rencor. Aunque se me fueran cerrando los ojos, estaba más que despierto, nervioso y muerto de miedo. Acababa de entornar la verja del patio cuando apareció mi madre, muy emperifollada ella, y abrió la puerta de casa de par en par. Aún no sé cómo se las arreglaba para saber siempre en qué momento llegaba yo.

Entré en casa y me fui directo a la cama, sin tomarme un café siquiera. Francamente, no podía quejarme: era mi primera misión algo importante y, en el fondo, casi todo había salido a pedir de boca. Además, había hecho un buen papel. Pero no; la procesión iba por dentro y se me comían los nervios, no sé si por miedo o porque algo intuía... Media hora, una hora: aparté la sábana que me tapaba la cara y me di cuenta de que sería imposible dormir. Me levanté y fui a la cocina. Ahí estaba mi madre, sentada en una esquina de la mesa, dándole a las agujas de tejer como una locomotora. De vez en cuando, movía los labios en silencio, quién sabe si para contar los puntos o para rezar, hasta que por fin levantó la mirada de la labor con un parpadeo lento, como un gato.

- ¿Has visto? No te he dicho nada...

No valía la pena contestar. Me encogí de hombros y salí con la intención de devolverle la pistola a Mariano. Al dar la vuelta a la esquina, aún me llegó, desde la ventana abierta, la retahíla de sus quejas.

- Ave María Purísima, ¿qué habré hecho yo para que me toque un hijo así? Ya lo decía yo: de tal palo, tal astilla.

Con el padre y el tío que tiene...

Anduve despacio, con las manos enlazadas en la espalda y los ojos fijos en la punta de los zapatos. Sólo me detuve y levanté la mirada al llegar delante de la mercería de don Julio Aguado: aquel escaparate oscuro y polvoriento, atestado de ovillos de lana, botones, carretes de hilo y viejos maniquís, tenía el extraño poder de calmarme. Me quedé allí parado unos diez minutos y luego me fui derecho a la sede. En cuanto me vio, Mariano se levantó y vino rápido hacia mí con los puños por delante. Enseguida le pedí disculpas, alegando que no me había encontrado bien.

- Pero si ayer te busqué, y doña Veneranda...

- Fíate tú de ella. Te dijo que no estaba porque no quiere que vea a nadie del partido.

Ya no me molestaba contarle mentiras; le diré más: hasta encontraba cierto gusto, como una sensación de poder, al comprobar que era capaz de engatusarlo como me daba la gana. De todas formas, él pareció serenarse. Me cogió del brazo y me llevó al patio. Miró y remiró su dichosa pistola y luego, señalando con los ojos el aire, el viento, un punto imaginario hacia San Esteban, me preguntó:

- ¿Te has enterado?

Y venga mentira al canto, porque cualquiera se atrevía a decirle que en ría de Pravia también había estado yo. Puse cara de no haber roto un plato en mi vida, y me salió bordado.

- No, no sé nada. ¿Qué ha pasado?

Me resultó extraño oír cómo me contaba todos los detalles del desembarco, el dónde, el cómo, el cuándo... Lo que yo no sabía era que la cosa había acabado muy mal. De las trescientas cajas se habían salvado unas cien llenas de municiones: ni fusiles ni metralletas, sólo unas cuantas granadas sin detonador. Ciento cincuenta cajas se habían quedado Dios sabe dónde en el Turquesa, porque del barco no había noticias, y las otras estaban en manos de los carabineros. Vamos, que todo había sido inútil, y además, entre los controles de carreteras de la Guardia de Asalto y las batidas de la Guardia Civil, aquella noche ya habían arrestado a veinticuatro.

Vaya corazonada tuve... Ese miedo que sentía... Me vi por un momento en la cárcel, y se me revolvieron las tripas. Debí de ponerme cara de muerto, porque Mariano me preguntó preocupado:

- Oye, ¿te pasa algo ?

- Nada -le respondí en voz baja-, no pasa nada. Sin embargo, me dejé llevar hacia el interior de la habitación, y una vez dentro, casi me desmayo en un canapé bajo y desvencijado. Estaba muy mareado y me daba vueltas la cabeza. Veía entre brumas el corrillo de gente que me rodeaba.

- ¿Qué pasa? ¿Te encuentras mal?

Fue entonces cuando, inclinado encima de mí y cerca de Mariano, reconocí a Rafael Posada.

- Tranquilo -me dijo-, que a nosotros, los de las lanchas, no nos pillan.

Lo que me temía, el desastre. Mariano se puso tieso, como congelado de repente por una revelación. Miró por un momento a Posada, luego se volvió hacia mí, como si estuviera dirigiendo la puntería. Me fulminó con la mirada, los labios apretados, un rubor violento en el rostro. Por poco me muero. Cuando quise enfocar de nuevo su perfil, él ya había desaparecido.

Tardé casi un mes en volver a ver a Mariano. Hubiera dado cualquier cosa por retroceder en el tiempo, antes de que mi madre tirara la pistola. Ya entonces, yo era de los que no saben vivir con una cuenta pendiente, una deuda con la chacinería, un libro olvidado o una discusión a medio acabar. Pero ya era tarde, y poco podía hacer. Además, contratiempos no me faltaban: a raíz de la huelga y del asunto del desembarco, habían agarrado un cabreo de padre y señor mío. Aunque no se hubiera declarado oficialmente, vivíamos en estado de sitio: arrestos, despidos, registros en busca de armas, controles de carretera, destitución de los consejos comunales...

El 13 de septiembre conseguí comprar el *Avance* antes de que lo secuestraran. Mentía más que un sacamuelas: «Por lo visto, el armador del Turquesa es don León Carranza, un conocido monárquico. Los socialistas de Asturias estuvieron allí para evitar el desembarco, para interceptarlo.» Unos hijos de la gran puta, Javier Bueno y los suyos. Lo peor lo supe a primeras horas de la tarde, pues Gerardo Gómez vino hasta mi casa para contármelo: los carabineros de Gijón

habían empezado a investigar el asunto de las tres lanchas desaparecidas del puerto el día 10. Me encerré en mi habitación, completamente a oscuras, y sólo salí para cenar algo y pegarle bronca a Marcial, que metía mucho ruido.

-Estoy jugando a los revolucionarios -protestó el chiquillo.

Le propiné un revés y me fui derecho a mi habitación. A mi edad y con el riesgo de acabar en la cárcel, ya pueden soltarte grandes discursos sobre el heroísmo de los revolucionarios y el valor de los miembros del partido. Me estaba cagando de miedo, y punto.

Al día siguiente, peor aún. Cuando llegué a la sección, me enteré de que habían detenido a once compañeros, entre ellos Rafael Posada y Antonio Acebal, los dueños de dos de las tres lanchas. Los once detenidos estaban repartidos entre la Edelmira y la María Posada; por suerte, no pillaron a nadie que hubiera estado en la Fermín Galán, la mía. Se me ponían los pelos de punta con sólo pensarlo... Para acabarlo de arreglar, no había ni rastro del Turquesa: sin radio a bordo y sin que nadie pudiera avisarlos, lo más probable es que no hicieran otra cosa que ir arriba y abajo, intentando huir de los guardacostas y buscando la manera de ponerse en contacto con nosotros. A estas alturas, no era más que un barco fantasma, una nave pirata que transportaba cerca de cien cajas de fusiles inútiles.

Tío Adolfo llegó alrededor de las once. Bastaba con mirarle la cara para saber que no había dormido en su cama. Me saludó con la mirada, mientras hablaba en voz baja con los demás dirigentes. De vez en cuando levantaba un poco la mano como indicando que me esperara. Y yo, venga a esperar... Daba vueltas y más vueltas alrededor del corrillo como un idiota, ora mirando de reojo, ora con la vista clavada en la punta de los zapatos, haciendo como que pasaba por ahí de casualidad. Naturalmente, me salía fatal, así que en cierto momento tío Adolfo se alejó del grupo y me llevó a un lado.

- ¿Quieres dejar de preocuparte tanto? Tú no estás en peligro. Si quieres quedarte más tranquilo, vete unos días a casa de tía Amalia.

Tía Amalia era la otra hermana de mi padre, la más joven: una mujer de mal carácter, arrogante, quejica, de las que siempre andan a la greña con el mundo entero porque están convencidas de que les tiene ojeriza... Vivía con el marido y el hijo en Entrialgo, cerca de Corvera, en una preciosa casa de campo rodeada de bosques. Les iba bien y el dinero no faltaba. El único problema era mi tía: yo me acordaba muy bien de ella porque un día, siendo yo muy niño, aquella mujer me había pillado el dedo con una puerta, y aún hoy sigo pensando que lo hizo adrede, por rabia, por envidia, porque yo me sabía de corrido la tabla de multiplicar y en

cambio mi primo no daba ni una. Todavía llevo la marca en la yema del dedo. De todas maneras, con o sin tía Amalia, pensé que lo mejor sería ir allí. Mi madre no se opuso, pero intentó colocarme a Marcial de paquete.

- Ni lo sueñes -le contesté, y cerré la puerta.

Me quedé en Corvera más de una semana. Vigilado a distancia por la mirada despreciativa de mi tía, me levantaba tarde, iba a bañarme al estanque del Escañoriu y de vez en cuando me veía obligado a echar una partida de cartas con mi primo Antonio. Estaba hasta los huevos de tanta soledad y lejanía. Allí no llegaba el *Avance* y por la noche mi tía me pillaba pegado a la radio, esperando las pocas noticias que pudieran filtrarse. Oí que Samper, el presidente del Consejo, aseguraba haber desbaratado un intento revolucionario, y también que el ministro de Interior, Salazar Alonso, declaraba que a esas alturas, el país estaba dividido en dos bandos: por un lado, los amantes de la paz y el orden; por otro, los enemigos del Estado. Oí que en Córdoba, en Jerez, en Madrid y en Guadalajara, secuestraban pistolas, cajas enteras de dinamita, hoces, bioldos y carabinas de la guerra de Marruecos. En Alicante, habían llegado al extremo de llevarse un cuchillo de la redacción de *El luchador*. Entonces entendí que el Estado estaba defendiéndose del terror provocado por una nave fantasma, invisible, que surcaba los mares de España. A estas alturas, el Turquesa ya era un

mito: había quien lo hacía en El Ferrol, quien juraba haberlo visto en Huelva o en Valencia e incluso Manzanares arriba.

El 22 de septiembre ya no aguanté más y me fui a casa. En las calles de Gijón reinaba una calma sospechosa, mientras la Guardia Civil patrullaba en cada esquina. Soplaban un viento tibio que venía de África y suavizaba los primeros fríos del otoño. Yo procuraba andar sin hacer ruido, sin mover el aire, casi deslizándome. Me metí en la sede saltando la pared del patio y enseguida me fui a buscar a tío Adolfo. No estaba; se había ido de viaje, pero Gerardo Gómez me tranquilizó: nadie había abierto la boca y no había más testigos. La cuestión era resguardarse y no meter ruido; en una semana, las aguas volverían a su cauce. Yo de poco me pongo a llorar, pero no: ahí me quedé, con la cara seria.

- Si me necesitáis para algo, aquí me tenéis -solté sin un ápice de vergüenza.

En el fondo, lo único que quería era ir a lo mío y mantenerme bien lejos de cualquier lío. Al cabo de un cuarto de hora, ya estaba en casa. Le di un beso a mi madre, a Marcial, a Libertad...

- Mira qué cariñoso... Te ha sentado bien quedarte una semana en casa de tía Amalia. Luego dirás que no la soportas.

Vaya con el cinismo de mi hermanita... Pero yo tenía otras preocupaciones. En aquellos tiempos los problemas venían solos, aunque uno no se los buscara. Para empezar, al día siguiente teníamos prevista una manifestación a favor de la libertad de los presos del desembarque, delante de la cárcel del Coto. Acudieron alrededor de diez mil, entre socialistas y anarquistas, desde todos los puntos del Principado, pero yo me quedé en casa, y bien que hice: arrestaron a otros treinta y cuatro que iban en un camión cantando. Piense usted que el día 25 el jefe de la policía se presenta en una rueda de prensa y dice: «Según nuestras investigaciones, puedo asegurarles que Trotski no está en Asturias.» El 27, Javier Bueno quedó en libertad tras dos meses de cárcel, mientras los comunistas de Asturias dieron un giro a su línea de actuación y tuvieron a bien pedir la incorporación a esa Alianza Obrera que tanto habían atacado para unirse a nosotros y los anarquistas. En Madrid, el Gobierno de Samper se tambaleaba, la CEDA andaba ojo avizor para colocar a sus hombres en el poder, y nosotros nos arrancábamos de las manos los pocos ejemplares de *El socialista* que llegaban a Gijón para leer una y otra vez el artículo de fondo. Me lo sé de corrido: «¡Mucha atención al disco rojo! El próximo mes puede ser nuestro Octubre. Adelante el ejército obrero de las ciudades y los campos. Calentemos motores...» Ni los tontos podían decir que no lo entendían.

¿Va usted a creerme si le digo que, el 30 de septiembre, cuando descubrieron al Turquesa en el puerto de Burdeos, casi nadie hizo caso? Y es que todos estábamos pendientes de Madrid, donde estaba a punto de reunirse el Parlamento. Todo el mundo sabía que el Gobierno de Samper se hallaba en las últimas; lo que de verdad importaba era la CEDA y saber si conseguiría tener ministros. Gil Robles sentía que había llegado su gran momento y nosotros le teníamos pánico. Con un Gobierno de Lerroux, aunque de derechas, aún hubiéramos podido tragar, pero si se añadían elementos de la CEDA, adiós: nos dejarían molidos, hechos trizas, sin hacer el menor caso de la legalidad republicana. Sabíamos muy bien qué significaba su «revolución del crucifijo...». Si dejábamos que hicieran de las suyas, firmaríamos nuestra propia sentencia de muerte, un suicidio político en masa.

El día 3, mientras Lerroux hacía las debidas consultas, Asturias parecía un avispero. Los mensajeros iban y venían de Oviedo a las secciones y los centros sindicales mas desperdigados. Llegaban hasta la sede del *Avance* y se quedaban por los alrededores aguardando: desde el café Cervantes hasta el periódico, luego de paseo por el parque

San Francisco, para volver más tarde a la redacción, a la espera de noticias de Madrid, hasta encaminarse de nuevo hacia Sama, Gijón, Mieres, Langreo o Avilés, en autobús, en tren, en bicicleta. A las doce de la noche, a los responsables de cada grupo, que habían recibido la orden de estar alerta, les llegó la contraorden: todo quedaba aplazado hasta el día siguiente.

Yo me levanté al amanecer, desvelado por un picoteo sordo en la ventana. Eran pájaros, pájaros asustados. Nunca más he vuelto a ver algo parecido en toda mi vida. Fuera, gorriones y estorninos parecían haber enloquecido bajo un cielo tupido e incoloro. Volaban alto, dando largas vueltas, y luego se arracimaban en las ventanas de las casas. Mirando desde dentro, veías una masa carnosa, negra, palpitante, que oscurecía los cristales y te trastornaba de tanto picotear y piar. Todo el mundo se despertó. Cuando entré en la cocina, vi que Libertad se tapaba los oídos con los dedos y que Marcial lloraba en los brazos de mi madre. Era la primera vez en muchos años que mi madre aparecía sin los collares puestos, en camisón, el pelo desgredado y un chal echado de cualquier manera sobre los hombros. La vi vieja, pero no porque fuera mi madre: estaba vieja de tan cansada; cansada de sí misma, de nosotros, de todos los golpes bajos de la vida. Con una mano acariciaba la cabeza de Marcial y con la otra se persignaba.

- Ya lo decía yo... Dios Nuestro Señor nos está castigando a todos.
- Basta -repliqué yo-. Total, por cuatro pájaros aturrullados...

No sé de dónde saqué fuerzas para mostrarme tan tranquilo y ponerme a preparar el desayuno. En Dios no creía, pero con los presagios y las señales del destino, mejor era andarse con cuidado. Suerte que al cabo de un cuarto de hora todo había terminado. Al asomarme a la calle, vi la luz mortecina y el cielo aún gris, pero ni rastro de los pájaros. Sólo había silencio, un silencio total, aturdido. Salí de casa un poco más tarde, y ese silencio aún me daba escalofríos.

Creí que sería el primero en llegar, pero la sede ya estaba llena. Todo el mundo hablaba por los codos y había mucho follón, aunque nadie mentó a los pájaros... La sala de la radio estaba hasta los topes, como si, en vez de dar la hora, el aparato estuviera a punto de anunciar el inicio de la insurrección. Yo tenía una duda y fui a preguntarle a Armando: si nuestros jefes, Prieto, Largo Caballero, Fernando de los Ríos, le habían contado a todo quisque, incluso en el Parlamento, que la revolución empezaría en cuanto los miembros de la CEDA llegaran al Gobierno,

¿quería eso decir que habíamos renunciado a pillar a los burgueses por sorpresa? Se lo pregunté también a tío Adolfo, antes de que empezara una reunión.

-No te preocupes -se limitó a contestarme-. Los dirigentes saben muy bien lo que se traen entre manos.

Muy bien, pero... Yo y unos pocos más nos preocupábamos, y mucho. Los demás estaban casi todos cabreados. Ahora que ya sabíamos con certeza que la CEDA entraría en el Gobierno, ¿a qué esperábamos? Y las armas, ¿cuándo coño iban a darnoslas? Los del comité de la Alianza Obrera hacían lo que podían para calmar los ánimos. Iban repitiendo: «Cada cosa a su debido tiempo»; pero no había manera de convencernos. Sobre todo a Redondo, por haber estado en Oviedo para buscar acuerdos con Graciano Antuña, lo cosían a preguntas, buscando apartes con él en cuanto lo veían, pero él, muy tranquilo, no hacía más que decir que se quedaran quietos y esperaran: -Ya he hablado de eso con el comité provincial. Las armas no están escondidas aquí, en Gijón. Van a llegar en cuanto las necesitemos. Y además hay que ver qué dicen los de la CNT. Respecto a ellos, nosotros somos minoría. Resumiendo, nos pasamos todo el día sobre ascuas, hasta que, a última hora de la tarde, la radio anunció la lista de ministros. Gil Robles lo había conseguido: Lerroux había metido a tres de la CEDA en el Gobierno. Fue el acabose. Empezaron a chillar, a levantar el puño en alto y

hubo quien intentó entrar por la fuerza en la sala del ejecutivo.

Entre los más encabronados estaba Mariano. Lo había visto al entrar en la sala de la radio, ahí, en primera fila, con Regalado Buenahora y Carlos Sánchez, y luego discutiendo muy encendido con dos compañeros del sindicato de mineros. Seguro que él también me había visto, porque de vez en cuando recorría el cuarto con la mirada. Antes de ir a saludarlo, Armando me sonrió. Ladeó la cabeza como invitándome, y finalmente me acerqué a Mariano. Confiaba en que quizá ya no estaría tan enfadado conmigo, y además, dada la situación...

- Perdóname -le dije en voz baja.
- Hagamos las paces -me contestó, tendiéndome la mano.

Se puso a reír y yo también; reíamos los dos, y venga abrazos y palmadas en los hombros. Al cabo de un cuarto de hora, ya andábamos a la greña. Vamos, como en los viejos tiempos. Yo estaba convencido de que ahora era inútil hacer las cosas deprisa y corriendo: ya que nos faltaba el elemento sorpresa, mejor esperar a que estuviera todo bien organizado antes de meternos en una revolución, pero Armando y Mariano estaban dispuestos a todo, y decían que lo que me pasaba era que estaba cagado de miedo.

Según ellos, cuanto antes mejor. ¿Qué coño estaban esperando los muy idiotas de Madrid para dar la orden?

Carlos y Regalado nos miraban. La verdad es que poco más podían hacer, los pobres: en cuanto intentaban decir algo, siempre había uno de nosotros, no importa quién, que los interrumpía sin contemplaciones. Qué gente. Siempre iban los dos juntos, pero era como si Dios los hubiera emparejado para jugarles una mala pasada: uno de ellos, Regalado, grandullón y con la cara llena de granos, muy alto, casi dos metros, bien plantado, parecía una locomotora; el otro, en cambio, delgado como un clavo, escuchimizado, con un cuerpo de pajarito y aquella americana que le colgaba de los hombros... Para más inri, le daban pánico los gatos. Sí, los gatos. Lo normal es tenerle miedo a un murciélago, a un ratón, pero Carlos se cagaba en cuanto veía un gato, aunque fuera de lejos.

Tan bajito era que, a las nueve y media, cuando Redondo y Amado volvieron de la reunión con la CNT, Carlos no podía verles la cara ni siquiera subiéndose en una silla, y me iba preguntando a mí qué decían.

- Malas noticias -le comentaba yo-. Todavía no hay consignas.

-¿Y ahora? ¿Qué ha dicho ahora?

- Dice que el material nos lo van a entregar con sólo dos horas de adelanto.

- ¿El material? ¿Qué material?

- ¿Qué va a ser? Armas, fusiles...

Poco después de las diez, llegó de Oviedo Ceferino Menéndez, el mensajero: sin novedad. Silbidos, protestas, gritos. Le hicieron volver de nuevo, por si las moscas.

Ahora parecía cantado que aquella noche no iba a pasar nada de nada, y yo me estaba muriendo de hambre. Íbamos a salir, cuando tío Adolfo me agarró de un brazo.

- ¿Qué, te vas?

- Sólo voy a cenar algo.

- Bueno, pero vuelve pronto -me contestó.

Soplaba un viento frío, y por las calles mal iluminadas la gente iba y venía en silencio. Sólo se oían, a lo lejos, unos camiones militares que transitaban en la carretera provincial. En la fonda encontramos a los de la CNT, a José María Martínez, a Horacio Argüelles...

- ¿Alguna novedad? -preguntamos nosotros.

- Me parece que por hoy la cosa no da más de sí -me contestó José María-. Será mejor que os vayáis a dormir.

Cuando ya estaba cerca de la puerta, me miró fijamente a los ojos, cómplice afectuoso, y me sonrió:

- Mucho cuidado con darle a los muslos de las chicas.
- Mira tú cómo se ha sonrojado el chaval.

Era el jodido de Mariano, un incordio, una serpiente que si te pillaba te dejaba seco. Incluso Carlos Sánchez se permitió opinar. Al volver, encontramos la sede tan vacía como la plaza Mayor de un pueblo después de una fiesta; en el suelo, papeles y colillas; en los rincones, corrillos de compañeros charlando. Tío Adolfo, echado en un sofá, andaba muy metido en una conversación con Redondo, mordisqueando el puro y moviendo nervioso la cabeza: estaba inquieto.

Mejor no acercarse demasiado. Sin embargo, cuando Ceferino llegó de Oviedo corriendo, yo también quise saber lo que se cocía. Oí que decía que Javier Bueno y Ramón González Peña le habían mostrado una nota, un papelito medio arrugado, donde ponía: «Mamá operada. Todo bien», y luego la firma, tres o cuatro anagramas misteriosos. Había vuelto a Gijón sin tomarse tiempo siquiera para fumar un pitillo. O sea, que la insurrección iba a ser a las doce.

- Pero si sólo falta un cuarto de hora -protestó tío Adolfo.

Ceferino se encogió de hombros.

- ¿Qué quieres que te diga? Yo no he inventado las órdenes.

Mientras tanto, se habían acercado José María Martínez y Horacio Argüelles. Trabanco, uno que formaba parte de nuestro comité provincial, había ido rápido a avisarlos, y ahora Ceferino les repetía el plan de acción: antes de las dos había que cortar teléfonos y telégrafo y luego atacar los cuarteles y el Ayuntamiento.

- ¿Y el material? Ahora va a resultar que ellos disparan y nosotros nos vamos a quedar ahí recibiendo los golpes sin abrir la boca.

- Dicen que tenemos que ir a buscarlo a Llanera contestó Ceferino-. Tengo el contacto y me sé el santo y seña. A los de Gijón nos tocan doce cajas de fusiles y municiones...

Yo miraba a tío Adolfo, que estaba hecho un manojo de nervios pero se había metido en un rincón y callaba para no crear más confusión. Finalmente se levantó y me llamó con un gesto de los dedos. Aún traía cara de cabreo, pero ahora la rabia era pura resaca, una mano de pintura para disimular la decepción. Me llevó hacia el patio sin chistar. En cuanto estuvimos al aire libre, echó una ojeada a su alrededor, luego se abrió la americana y sacó del bolsillo interior una Star calibre nueve.

- A ver si esta vez tienes más cuidado -me dijo-. A hora la cosa va en serio, tanto de su parte como de la nuestra. Ándate con ojo y déjate de tonterías.

Me entró un miedo lento, estúpido, que me raspaba por dentro. El mismo, idéntico miedo que descubrí en los ojos de mi tío.

Tiempo, necesitábamos tiempo, pero no teníamos. El comité enseguida había enviado a dos compañeros a buscar una camioneta para cargar las armas de Llanera. Ocho de los nuestros, armados con pistolas, debían esperarlos junto a Ceferino, detrás de la iglesia de San José. A algunos se les encargó hacer saltar los palos del telégrafo, otros se dedicaron a rondar la ciudad, avisando a los militantes que ya habían vuelto a sus barrios. Mariano fue al Natahoyo, Margaride y Horacio Argüelles a La Calzada y Pumarín, y Avelino González Entrialgo fue a buscar a Víctor Álvarez a La Braña para preparar bombas de mano con la dinamita. Luego, los anarquistas se reunirían en el campo de Tremañes, donde estaba su depósito de armas, que se utilizaría como reserva, mientras nosotros nos quedábamos esperando con los comunistas en el cementerio de Jove hasta que llegaran las armas de Llanera. A Mariano y a mí nos enviaron a El Llano, casa por casa, a despertar a los compañeros que dormían. Había recorrido aquel camino miles de veces y no se tardaba más de veinte minutos, pero entonces me pareció largo y lento como una agonía.

Andábamos y no llegábamos. Yo sudaba, aunque corría un viento frío que zarandeaba la luz de las farolas. Viento de otoño, cargado de rencor e insidias. Luego, de repente, el viento dejó paso a una niebla húmeda, que empezó con mechones deshilachados y fue haciéndose cada vez más tupida, hasta ocupar poco a poco la ciudad como un ejército, como las camionetas de la Guardia de Asalto, como las patrullas de la Guardia Civil que andaban de aquí para allá. No sabían nada preciso, pero algo se imaginaban y daban palos de ciego, parando a cualquiera que se les pusiera por delante y soltándolo luego después de un registro.



Quizá por la niebla, o porque dábamos la impresión de ser dos chavales que habían trasnochado, nadie nos hizo caso. Cuando llegamos delante de mi casa, aún había una ventana iluminada. Pasamos de largo, conteniendo la respiración, y luego empezamos a llamar a las puertas de los compañeros. Hubo quien se puso a cavar un agujero en el patio, otros se despidieron de sus mujeres con un beso y sacaron las pistolas de los escondrijos, los mineros se metieron un cartucho de dinamita en el cinturón, un par nos dijo que irían más tarde. Al final, acabamos reuniéndonos unas cien personas en la carretera que bordea el cementerio. Detrás del muro asomaban agujas, capillas y crucifijos de hierro oxidado; en el cielo, la luna brillaba o se escondía tras la niebla y las nubes. Y ahí estaban las tumbas, las lámparas votivas, el olor dulzón de las flores marchitas, una atmósfera sepulcral. Nosotros parecíamos fantasmas que esperaran la hora de la resurrección. Nos quedamos allí una hora, dos, y nada. Yo ya estaba acostumbrado. Sólo hacia las seis nos enteramos de que la furgoneta de Ceferino y compañía había vuelto de vacío. Era imposible entrar en Llanera porque había habido enfrentamientos con armas y muertos, de manera que, desde entonces y no se sabía hasta cuándo, el pueblo estaría en manos de la Guardia Civil y de la Guardia de Asalto, que nos vedarían el paso al depósito de armas. Una tragedia. Hágase usted cargo: una noche perdida, sin fusiles, mirando las musarañas, mientras España entera se

sublevaba. Ahí nos quedamos, muertos de sueño y medio atontados, hasta que llegaron Redondo y tío Adolfo. Y Redondo venga a decir que los verdaderos militantes no se achican ante las dificultades, que eso era de maricones y beatas. Palabras y más palabras. Tío Adolfo, detrás de él, no paraba quieto; venga a torturarse el bigote y moverse. Eligió con cuidado el momento de interrumpirlo.

- Bien está -dijo-, pero ahora hay que ir a difundir la consigna de huelga.

Nos dividimos en grupos y enseguida nos pusimos en marcha, pero yo no me tenía en pie de sueño. Hacía rato, desde mucho antes del amanecer, que se lo iba repitiendo a Mariano, y él se limitaba a decirme que dejara de tocarle los huevos. ¿Qué podía hacer yo? Tenía los ojos hinchados e iba arrastrando las piernas. En la primera curva, me separé del grupo y me recosté detrás de un murete a un lado de la carretera. Fue un sueño profundo, agradable, y cuando me desperté era de día. La niebla se había disipado y veía retazos de azul en el cielo sin sol. A medida que me acercaba al centro, iba dándome cuenta de que la huelga general había sido un éxito. Tiendas, fábricas y talleres estaban cerrados, y en el puerto todo estaba parado. Los pocos tranvías vacíos que aún circulaban se dirigían a las cocheras. En la calle, prácticamente sólo se veían policías; de los nuestros, unos corrillos en los cruces de las avenidas más

importantes. En la plaza Mayor se me acercó Mariano, que venía con Regalado y Carlos Sánchez: -¿Dónde coño te habías metido? Siempre lo mismo.

Te esfumas cuando más se te necesita.

A Mariano le encantaba hacerse el chulo, y cuando podía chulearme a mí disfrutaba aún más. Sólo al cabo de unos diez minutos tuvo a bien contarme que les había costado Dios y ayuda mantener la huelga en los límites de la legalidad:

-Nos las hemos visto y deseado para convencerlos.

Querían las armas. Vaya broma.

-Vaya broma -repitió Carlos Sáchez.

-Nos ha costado, sí -añadió el vozarrón de Regalado.

A tomar por el culo. Estaba a punto de enviarlos a la mierda cuando vi salir del Ayuntamiento un pelotón de soldados del batallón de zapadores. Descansen, ar..., y redobles de tambor para leer un bando público en que se declaraba el estado de guerra en Asturias. El coronel Domingo Moriones no sé qué asumía el poder civil y militar de toda la provincia de Gijón.

Nos quedamos de una pieza, nosotros y la plaza entera. Cuando los soldados desaparecieron, apretujándose en la

callejuela que daba al paseo marítimo, nos escabullimos por el lado opuesto y nos encaminamos hacia la sede.

Desde Oviedo, ni una palabra. Aparte de las noticias que estaban difundiendo los soldados en las plazas, no se sabía nada más. Los compañeros iban arriba y abajo, volvían a la sede, se reunían en los barrios, pero sin concretar nada. Menuda revolución que sólo era recorrer de punta a punta la ciudad como fantasmas y aguardar. A primeras horas de la tarde, Horacio Argüelles ya no aguantó más: se subió a la bici y se encaminó a Oviedo.

-Yo aquí no me quedo -dijo-. Ya estoy hasta las narices de tanto esperar.



Horacio Argüelles

Quería ponerse en contacto con el comité regional, ver qué pasaba, pedir armas y municiones. Era el hombre ideal para hacer la conexión entre Gijón y Oviedo, pues aunque era anarquista, los socialistas lo conocían muy bien y lo apreciaban casi tanto como a José María Martínez. Él se fue, y nosotros nos quedamos mirando a las musarañas y procurando aliviar la tensión. Yo resoplaba, luego me sentaba, me fumaba un pitillo, volvía a levantarme, iba al baño y me liaba otro pitillo. Acabé jugando al ajedrez con Regalado, y cuando ya llevaba cuatro partidas perdidas, le dije que me iba a casa.

- Aquí no hay novedades. Yo me voy a ver cómo está mi vieja. Si hago falta...

Ojalá no lo hubiera hecho. En cuanto había comprendido que yo no volvería, mi madre había empezado a llorar y desde entonces, según me dijo Libertad, no había parado. Fue soltando lágrimas toda la mañana: mientras cosía, hacía las camas, en la panadería, mientras hablaba con la señora Hernández, que le preguntaba si le sobraba algo de manteca de cerdo... Y ahora lloraba encima de mi café, del traje de novia de Conchita Iglesias, de la cucharilla que había ido a buscar... Lloraba y pedía noticias de lo que pasaba fuera, miraba a mis hermanos y sollozaba porque ya sabía que ellos también se habían comprometido. Marcial se había subido al armario con un bastón que parecía un fusil, y disparaba gritando que quería venirse conmigo, que él también quería ser revolucionario. Libertad, en cambio, estaba enfadada con nosotros por no haber pensado en las mujeres. ¿Es que sólo los hombres tenían derecho a luchar? También Pilar decía...

- ¿Quién coño es esa Pilar?

- Una amiga mía que trabaja de peluquera. Dice que te conoce...

Joder, la famosa Pilar. Con sólo oír su nombre y recordar los pocos días en que habíamos salido juntos, ya tenía la polla en danza. Ya sabe, hacía semanas que no me preocupaba de

otra cosa que no fueran huelgas, fusiles y municiones, y ahora, de repente, todo se acumulaba. Cerrado a cal y canto en mi habitación, me eché en la cama, y dale que te pego... Perdona que le cuente estas cosas, pero entre hombres... Además, me doy cuenta de que eso le interesa. No, no, por favor, me refería a las mujeres, no a las pajas.

Era muy temprano cuando vinieron a despertarme. Llamaron desde fuera, apostados en la parte trasera de la casa, porque mi madre no los había dejado entrar. No sé por qué, a Mariano le había dado por ir siempre con Regalado y Carlos. Eran sólo las siete de la mañana, y yo ya no los soportaba. Nosotros caminábamos delante y los otros dos detrás, como si fueran nuestros ángeles de la guarda.

El azul del cielo había desaparecido y el aire volvía a ser espeso y gris, como las caras de los pocos que se atrevían a salir a la calle. Frente a El Llano, en la Puerta de la Villa, se había alineado un pelotón del batallón de zapadores, los guardias de asalto patrullaban las calles y la Guardia Civil controlaba los accesos a la ciudad. No les faltaban razones para andarse con ojo: la huelga seguía adelante, cada vez más compacta, e incluso se extendía. Ya habían parado los trenes, los pescadores no salían a la mar, los campesinos no llevaban género a los mercados, y sin embargo, la situación era un callejón sin salida: si el Gobierno controlaba el centro, nosotros éramos los dueños de la periferia. Ellos jugaban a la defensiva y nosotros, sin armas, esperábamos.

Las demás noticias que me dio Mariano tampoco eran como para echar las campanas al vuelo: el día anterior, ya muy de noche, Horacio Argüelles había vuelto de la capital sin haber podido comunicarse con el comité. Según decía, también en Oviedo la huelga general había sido un éxito, pero nadie disparaba, y por ahí se comentaba que toda la cuenca minera estaba en nuestras manos.

Mariano sorbió por la nariz y dejó entre la pared y la acera un gargajo del tamaño de un huevo. Luego tiró el pitillo y miró al cielo, que parecía aplastarnos.

- Mierda de tiempo -protestó.

Él y yo seguimos caminando, y Regalado y Carlos, los escuderos, detrás. En el cruce de Covadonga y los jardines de Begoña, nos quedamos esperando a Armando, que se acercaba a nosotros. No parecía el mismo, con esas ojeras bajo las gafitas y la camisa hecha jirones. Él, que siempre iba de punta en blanco... Además, caminaba rozando las paredes y al cruzar nos hacía señas raras.

- ¿Dónde coño te habías metido? -le preguntamos.

- Ni coños ni hostias, ¡y arriba los ánimos!

- ¿Estás chalado, o qué? Por suerte, Armando se rió.

- El chalado eres tú -me dijo-. Yo me fui a Tremañes con los anarquistas. Son simpáticos. Al menos me ahorré el

velorio que se respiraba en la sede. Y además, ellos tenían armas: más de cien fusiles enterrados cerca de la fuente.

Se había quedado allí toda la noche, aturdido por tanta cháchara sobre si convenía aplazar el ataque. Al final, José María Martínez se había salido con la suya: ataque aplazado. Sin embargo, algunos grupitos, armados con pistolas y escopetas, se habían ido a disparar contra la cárcel del Coto, y a las cuatro de la madrugada, unos veinte comunistas capitaneados por José Suárez... sí, hombre, sí que lo conocíamos, era ese al que llamaban Planerías, bueno, pues habían asaltado el cuartel de los carabineros del Musel y tomado ocho fusiles.

- Dicen que se los dieron por las buenas -nos contaba Armando-. Parece que entraron pistola en ristre, pero sin amenazar, y los miedicas de los carabineros se los entregaron sin rechistar.

- Tengo hambre -soltó Regalado.

Para tomar un café tuvimos que dar más vueltas que una noria. Los bares de siempre estaban cerrados, y no quisimos entrar en los pocos que estaban abiertos porque hacían boicot a la huelga. Llegamos a la sede un poco antes de las nueve. Gente había, pero se iban entreteniendo como en un velorio antes de un funeral. Pasamos la mañana entre carascas, preguntas, discusiones, rumores, rumores de

rumores... Carlos se mordía las uñas, Mariano se retorció los rizos, y Regalado, Armando y yo bufábamos de impaciencia. A la una, Horacio Argüelles volvió a salir hacia Oviedo en bicicleta y a Luis Meana lo enviaron a La Felguera para que se pusiera en contacto con los mineros. A nosotros, como siempre, nos tocaba esperar. Una hora, dos, tres...

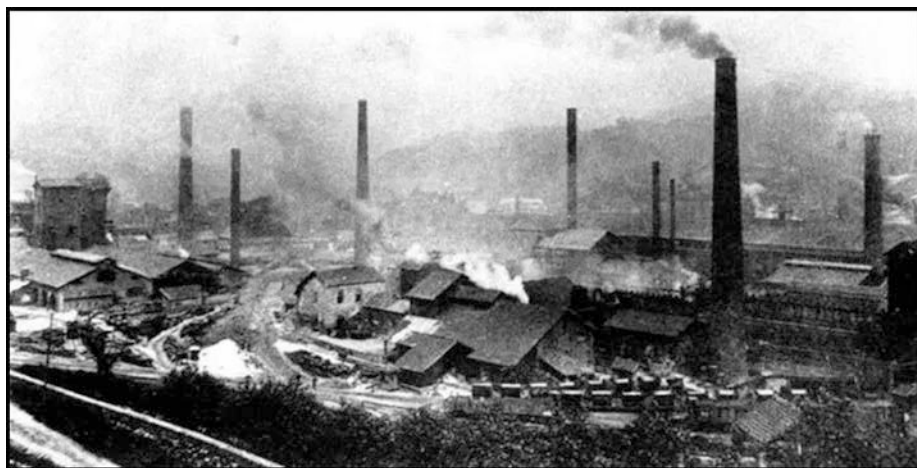
- ¡Estoy hasta los huevos! -soltó Armando-. Me vuelvo con los anarquistas.

Los cuatro nos miramos y al cabo de una hora ya habíamos llegado al prado de Tremañes: unos cuatrocientos anarquistas, unos diez sindicalistas de la UGT y nosotros cinco, y todos pidiendo que se sacaran los fusiles de las cajas. José María Martínez estaba hecho un basilisco y daba vueltas por ahí fumando y soltando tacos: pudiendo armar a unos quinientos hombres, habría que contentarse con setenta para que cada uno tuviera como mínimo unas treinta balas, y eso sin contar que se había perdido un día entero.

Ya era casi de noche y amenazaba lluvia. Detrás de nosotros, dos nubarrones grandes y muy negros enfilaban hacia la montaña. Meana y Argüelles llegaron casi al mismo tiempo. Horacio se subió a un montículo y nos contó cuál era la situación en Oviedo. Por lo visto, estábamos asediando el centro de la ciudad, y en unas horas tendríamos la partida ganada. La lucha más cerrada tenía como objetivo la fábrica

de armas, que en parte ya se había rendido. Entonces tendríamos fusiles de sobra y una columna de trabajadores los traería a Gijón. Aplausos, vítores... A Luis Meana le costó lo suyo hacernos callar.

-Estoy muy sorprendido -empezó a decir, y continuó tras una larga pausa-: En La Felguera han proclamado el comunismo libertario.



La Felguera

Entonces volaron las gorras, una selva de boinas como murciélagos en la oscuridad. Meana estaba sorprendido porque aun a esas alturas le parecía imposible un triunfo tan rápido y total. Dijo que también en Sama, en Langreo y en toda la cuenca minera, éramos dueños de los cuarteles de la Guardia Civil y de los Ayuntamientos. Resumiendo, todo bajo control, tanto que miles de mineros se habían ido a Oviedo a luchar. Además estaba el frente sur, lindando con la

provincia de León. En Campomanes, Pola de Lena, Vega del Rey, Olloniego, los mineros dominaban la situación. Grupos de todos los pueblos de la zona en aquel mismo momento se estaban enfrentando, con pocos fusiles y mucha dinamita, a una columna de soldados que venía de León a las órdenes del general Bosch. Bajando por el monte hasta la llanura, los compañeros casi habían conseguido rodearla, y de momento Bosch había desistido de avanzar.

Avelino Sala fue el último en tomar la palabra. Dijo que ya no podíamos esperar más. Con setenta fusiles, unas cuantas escopetas y unas treinta pistolas, había que tomar Gijón como fuera. Menudo papelón: los demás hacían la revolución, y nosotros... ¿ni siquiera íbamos a intentarlo?

José María Martínez nos explicó el plan. Visto ahora, parece un plan confuso, poco claro, pero aquella noche nos pareció el no va más. Primero: tomar Cimadevilla y luego, desde allí, asaltar el Ayuntamiento. Segundo: tomar la estación de radio y hacer un llamamiento a la población. José María nos dividió en cuatro grupos de unos veinte compañeros cada uno, armados con fusiles, pistolas y bombas de mano hechas con dinamita. El primer grupo y el cuarto debían atacar Cimadevilla desde dos ángulos distintos; los grupos restantes, donde fuimos a parar nosotros, los cinco mosqueteros, teníamos que ocupar el centro y la estación de radio.

Emprendimos la marcha en columna un poco antes de las nueve y fuimos avanzando por callejuelas secundarias, dando vueltas y más vueltas para sortear los controles y las patrullas. El cielo estaba ahora más despejado, pues algunas nubes habían sido barridas por un viento insistente que nos golpeaba la espalda y se nos metía debajo de la camisa. Nos separamos detrás de la estación.

- Arriba los ánimos -susurró Armando entre risas. Luego cogió del brazo a Regalado y se incorporó a la cola del pelotón.

- Que haya suerte -los saludó Carlos medio lloriqueando.

Tenía un miedo de narices y se le notaba. Yo no me vi con ganas de tomarle el pelo, pero el comentario de Mariano no se hizo esperar.

- ¿Puede el señorito con tanto fusil, o es que pesa demasiado?

- Déjalo -le dije yo, desde la altura de toda mi experiencia-. Vas haciéndote el chulo porque no sabes lo que nos espera.

En mal momento abrí la boca. Supongo que se acordó del Turquesa, de cuando le había birlado la pistola, porque de repente dio la vuelta y fue a colocarse a la cabeza de la

columna con José María Martínez. A lo mejor es que quería darse tono, demostrar y demostrarse que era el mejor. Yo lo apreciaba, pero tenía tan mal carácter...

Seguimos caminando hasta el teatro Dindurra sin encontrar ni un alma; luego, el acabose. Nos estaban esperando en el cruce, los muy hijos de puta: dos o tres pelotones de soldados que empezaron a disparar como locos.

-Resguardaos detrás de las puertas -gritaba José María.

Carlos y yo nos metimos en un pequeño patio, y justo en ese momento, maldita la gracia, un gato cobrizo y blanco salta delante de nosotros y se escurre por una verja. Carlos, como si hubiera visto al diablo en persona, se apoyó contra la pared y empezó a temblar. Yo venga a decirle que se calmara, que no hiciera caso del gato, que respirara hondo, pero si me paraba un momento a pensar que las que silbaban junto a nosotros eran balas, balas de verdad, a mí también se me ponían los pelos de punta. Un tiroteo de esa envergadura, la primera vez, por mucho valor que le echas... Cuando José María nos llamó, asomé la cabeza a la calle.

-Tú sígueme y no te preocupes -le dije a Carlos, agarrando la pistola y caminando muy pegado a la pared. Tras andar unos veinte metros, nos juntamos con los demás. José María, agachado detrás de un coche, nos indicaba con gestos que protegiéramos a los nuestros, a punto de salir al descubierto

para atacar con la dinamita. Sólo teníamos tres bombas de mano, y la oscuridad que nos favorecía. Hicimos pocos disparos, para ahorrar municiones. La luz de las mechas ardiendo se movía en el aire como unas luciérnagas: una, dos, tres... y luego el estallido. El fuego del otro lado cesó casi de repente.

- Venga, adelante -dijo José María.

Cuando quise darme la vuelta, Carlos no estaba. Miré hacia abajo, y tampoco. Había desaparecido, el muy maricón y traidor. Si llegaba a pillarlo, me las pagaría. Me metí la pistola en el bolsillo y recogí su fusil. Avanzamos hasta el final de Begoña y ahí tuvimos que volver a parar. Esta vez fue aún peor: nos disparaban desde el cuartel de los de asalto, desde el palacio de Correos, desde los tejados y los balcones de las casas, y nosotros sin dinamita. Por lo visto, el otro grupo tampoco estaba en su mejor momento; oíamos un tiroteo cerrado también desde el otro lado de Correos, hacia la plaza Seis de Agosto. Era probable que los nuestros estuvieran clavados ahí desde hacía más de media hora, porque la plaza estaba muy cerca de donde nos habíamos separado.

A mi lado estaba Avelino Entrialgo.



Avelino González Entrialgo

- No os quedéis ahí parados como muertos -gritaba para azuzarnos-. ¡Adelante con esos fusiles!

Disparamos casi todas las balas, pero los cabrones de los de asalto como si nada. Ellos tenían municiones de sobra. Nada, no había manera de adelantar: nos tenían ahí clavados como fantoches, bajo un fuego cruzado que no te dejaba mover un dedo. Por eso me cagué de miedo cuando José María me indicó con un ademán que me acercara a él, pero no era cuestión de hacer lo mismo que Carlos. Le pedí a Avelino que intentara cubrirme y crucé la calle. Joder, qué mal lo pasé: una bala me arrancó el asfalto de entre los pies, y otra me rozó el oído con un silbido. Sólo cuando llegué del otro lado,

me di cuenta de que había estado dos minutos aguantando la respiración.

- Chico, te ha tocado -me dijo José María-, tienes que llegarte hasta los nuestros en la plaza Seis de Agosto y ver qué tal están. Si para ellos también pintan bastos, les dices que nos retiramos todos hacia El Llano.

En la penumbra, vi que Mariano me miraba fijamente. Yo no era como él, a mí me importaba un carajo demostrar que tenía valor.

- ¿Cómo lo hago? -pregunté-. Ésos tiran balas, no se andan con chiquitas.

-Da un gran rodeo -me espetó José María.

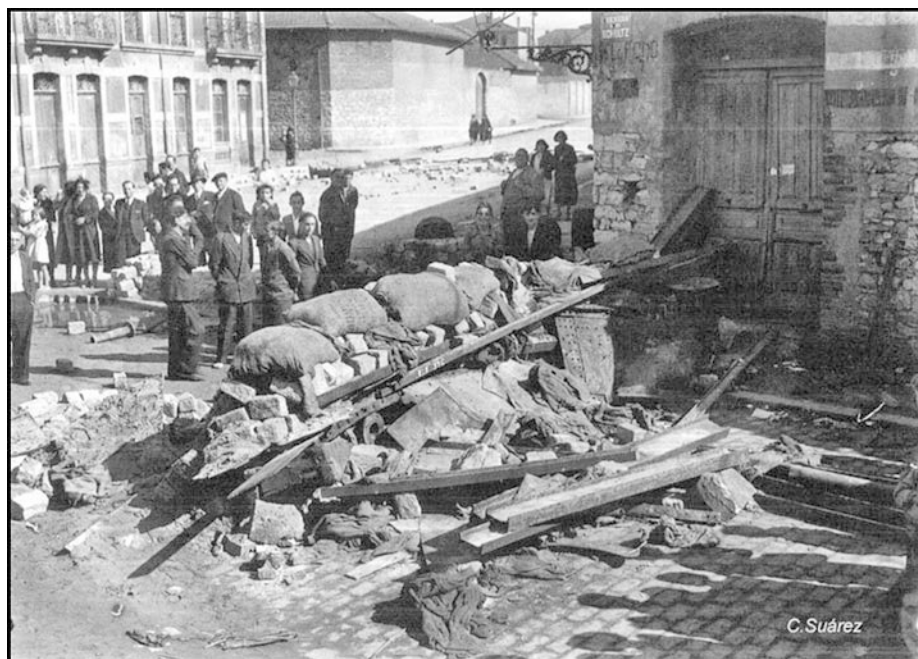
Di un rodeo enorme, caminando muy pegado a las paredes e inspeccionando cada esquina como si detrás se escondiera el diablo en persona. Cuando llegué a la plaza, los nuestros ya casi ni disparaban. A mi izquierda había un gran agujero provocado por la explosión de la dinamita y en el aire se notaba un fuerte olor a pólvora, que el viento no conseguía dispersar. Me acerqué a Armando, que se había resguardado detrás de un quiosco y se aguantaba las gafas con un dedo.

- Me alegro de verte -susurré-. ¿Dónde está Luis Meana?

- Allá delante -me contestó, indicando con un gesto de la cabeza otro lado de la plaza-. Cuidado, que ésos donde ponen el ojo ponen la bala...

Suerte que Luis me vio y fue él quien se expuso al tiroteo. Al cabo de diez minutos, todos nos replegamos hacia El Llano malgastando los últimos cartuchos para cubrirnos el culo. Cuatro días más tarde me enteré de que la habíamos cagado en todos los frentes, que habíamos tenido mucha prisa, demasiada: en medio de aquella confusión no nos habíamos dado cuenta de que, mientras nosotros abandonábamos los jardines de Begoña, también los guardias de asalto se retiraban hacia el cuartel y se instalaban allí, organizando barricadas con unos colchones. Si llegamos a esperar un poco más, ganamos la primera batalla de Gijón, pero a esas alturas no nos quedaba más remedio que encerrarnos en El Llano y montar nosotros las barricadas.

Lascas de mármol, ladrillos, restos de barriles, colchones viejos que la gente tiraba por el balcón, sacos de arena y de cemento, las vías del tranvía que habían saltado, bidones llenos de piedras, un carro del Ayuntamiento que servía para regar, y además mesas, sillas, tapas de alcantarilla, cochecitos de bebé... Pusimos de todo, y antes del amanecer teníamos listas tres líneas de trincheras y de barricadas. Cojonudo, de verdad.



Barricada en Gijón

Toda la noche había soplado un viento frío del mar. Cuando empezamos, los únicos que metíamos ruido éramos nosotros, el viento y un postigo que golpeaba sin descanso contra una pared. A mí, de vez en cuando, hasta me daban escalofríos.

Suerte que Regalado, Armando y yo estábamos en el mismo grupo. A Mariano, en cambio, lo veíamos sólo de lejos, de pie encima de un bidón, dirigiendo la orquesta en otra barricada:

-Tú, ven aquí. Vosotros dos, rápido. La maceta esa, ponla allí.

Parecía que lo hubieran parido dando órdenes. Del muy hijo de puta de Carlos, en cambio, nadie decía nada, pero estaba claro que Regalado a menudo pensaba en él y arrugaba el entrecejo. Para él debía de ser un golpe bajo, como si tu hermano te apuñalara por la espalda.

A altas horas de la noche, mientras aún estábamos trabajando, oímos por ahí unos estallidos de dinamita, explosiones aisladas que venían de la ciudad. Nos contaron que los dos grupos que tenían que avanzar hacia Cimadevilla, y desde allí hacia el Ayuntamiento, se habían topado con los guardias de asalto que los esperaban atrincherados en los tejados de los edificios. El enfrentamiento más duro había sido en los jardines de la dársena. Antes de que amaneciera, alguien nos contó que

habían avanzado entre los disparos y que ahora estaban atrincherados en el barrio. Así que todo el mundo quieto, parado, a la defensiva: nosotros, los nuestros allá en Cimadevilla y los militares.

Había salido el sol, pero las ráfagas de viento se llevaban aquel poco de calor. Nos colocamos en el suelo, a resguardo entre la barricada y la pared, uno al lado de otro, con la cabeza apoyada en un escalón y los ojos medio cerrados por el sueño. A nuestro alrededor, la gente empezaba a abrir las ventanas y los más curiosos iban dando vueltas por las calles de su barrio, mirándonos como si fuéramos bichos raros, mientras el lechero pasaba por ahí con su mulo.

- ¿Sabes? -le espeté de repente a Armando.
- ¿Qué?
- Que la estamos cagando. Todos aquí, encerrados en El Llano. ¿Y ahora qué? Si se lo proponen, éstos nos revientan.

Menuda cara puso Armando. Apoyado en el codo, se llevó la mano al mentón y me miró.

- ¿Es que tienes fusiles y balas? Si sabes dónde están, anda y tráelos.

Regalado no tuvo tiempo de meter baza. Pasó Entrialgo y nos dio un toque con la culata del fusil.

- Mira, los señoritos. A lo mejor incluso os tomaríais un café. Andando, que nos vamos a Pumarín.

Y venga a azuzarnos, desgañitándose para que nos levantáramos, para que agarrásemos el fusil, para que nos moviéramos deprisa, hasta que nos reunimos con los demás y emprendimos la marcha. No éramos más de diez, con José María Martínez, Luis Meana, un tal Agustín Vázquez de la CNT, Avelino Entrialgo y Ceferino, el mensajero, a la cabeza. Detrás íbamos nosotros. Al doblar la primera esquina, otra vez el viento; primero sólo un airecillo que luego fue haciéndose cada vez más fuerte, hasta dolerle a uno el pecho, a medida que íbamos subiendo hacia Pumarín. El cielo estaba despejado, vacío, de un azul límpido. Casi una lástima, considerando que ahí abajo en una de éstas íbamos a acabar a tiro limpio.

José María ya había llegado arriba y, con el brazo tieso como un clavo, indicaba a Avelino unas formas oscuras en la lejanía, bajo las grúas del puerto. Miramos, y lo que vimos no nos gustó nada: dos cañoneras de la armada y un crucero anclados en la bahía del Musel.

- Es el Libertad -dijo José María-, y trae un batallón con destino a Oviedo.



Y Regalado, venga a darme codazos y reírse.

- Se llama como tu hermana, pero ella, en vez de cañones, tiene un buen culo...
- ¡Serás maricón!

No pude decir más porque vino Armando a separarnos. Ya sé que el otro era grande y fuerte, pero ya le habría ajustado yo las cuentas al cabronazo... Sin embargo no quería perder palabra de lo que estaba contando Ceferino. Parece ser que, en un principio, aquel armatoste tenía que atracar en Avilés, pero luego llegaron nuevas órdenes porque nuestros compañeros habían hundido un barco con dinamita,

bloqueando por completo la entrada al puerto. Resumiendo: ahora nos tocaría a nosotros enfrentarnos con el Libertad.

Fuimos bajando con la cola entre las piernas y los brazos flojos, y a duras penas aguantábamos el fusil. Sólo José María parecía estar urdiendo un plan.

- Luis, tienes que volver a La Felguera -dijo-, y tú, Horacio, me temo que tendrás que ir otra vez a Oviedo.

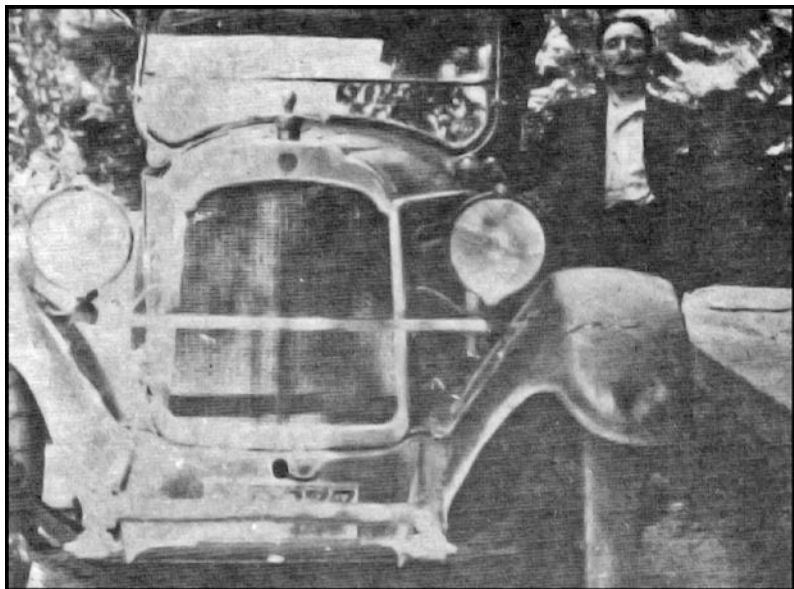
- Y un huevo -contestó Horacio Argüelles.

- Hay que ponerse en contacto con el comité, pedir municiones... Al menos para esos treinta fusiles que se han quedado sin usar...

- Y un huevo. Inténtalo tú, eso de ir arriba y abajo en bicicleta de aquí a Oviedo tres veces en dos días. Un poco más y me apunto al Tour de Francia.

Nos habíamos quedado todos quietos y en silencio poco antes de una curva; no era ésa la manera de contestarle a José María, aunque Horacio tenía más razón que un santo.

-Pues, te vamos a dar uno de los coches que secuestramos ayer -dijo José María-. ¿Te parece bien así?



José María Martínez

Finalmente se fueron. Cuando volvimos a El Llano, se respiraba un aire de fiesta, como si la gente estuviera de juerga. Hombres, mujeres y niños habían bajado a la calle e iban dando vueltas entre las barricadas. Era domingo, domingo por la mañana, y nadie quería perderse el paseíto de costumbre. Igualito, igualito que una fiesta mayor: el trájín de gente, los corrillos... Familias enteras, incluidos los niños, si veían a alguien con un fusil, le pedían noticias y acababan diciéndonos que por fin venceríamos, que por primera vez luchábamos todos juntos. Pero hubiera bastado con que nos miraran bien a la cara, a nosotros y a los fusiles de marras, para comprender que no todo iba a pedir de boca. Para empezar, llegó un compañero desde la Casa del Pueblo para contarnos las últimas noticias de la radio: el

Gobierno acababa de anunciar que la insurrección en Madrid y Barcelona había terminado y que se estaban enviando más destacamentos a Asturias. A lo mejor no todo era cierto, pero había que andarse con mucho tiento. Luego empezaron los problemas en serio: algunos querían enrolarse, nos pedían fusiles, y nosotros, sin una triste carabina, no sabíamos si decirles que se volvieran a su casa a esperar; otros, del sindicato o del partido, no querían ir a las barricadas porque «con los comunistas, ni muertos», o porque eran demasiado conocidos en el barrio; y también estaban esos pocos que, en cuanto veían aflojar el peligro, se ofrecían para montar guardia y luego robar con más tranquilidad: ladrones, listillos, pordioseros, vagabundos...

A media mañana tomamos por asalto la fábrica de chocolate La Primitiva y los almacenes de don Faustino Forcén, pero el comité obligó a devolver el botín. Luego empezó con los registros, instauró el sistema de racionamiento y organizó la distribución por medio de cartillas. Fue en balde: hizo falta leer un bando en que se amenazaba con pasar por las armas a cualquiera que fuera sorprendido en acto de pillaje.

Desde ese momento, quien necesitara un kilo de patatas, unos zapatos, un corte de pelo o una camisa nueva, tenía que demostrar que aquello le era imprescindible, y sólo entonces el comité de aprovisionamiento le daba un bono: en tres horas, nos habíamos cargado el sistema monetario.

Con la harina que conseguimos de don Faustino, organizamos tres turnos de panadería y distribuimos el pan a domicilio, cargándolo en los coches que habíamos requisado. Lo mismo con la leche: primero a los enfermos, a los viejos y a los niños, y luego al resto de la población. Hasta llegamos a organizar un comedor popular y un pequeño hospital.

Pero eso vino después. Aquélla, para mí, sólo era una mañana en que me parecía que nada iba como tenía que ir, un día en que todo se me antojaba de lo más negro. Días negros los hay a cientos en la vida, ya se sabe, pero aún ahora no he logrado acostumbrarme. Empezabas a resolver un problema y te caía otro encima, o eso era lo que me parecía, porque, bien mirado, los disparos que oíamos en Cimadevilla eran los de nuestros compañeros que asaltaban un cuartel de los carabineros, que ocupaban la Escuela Naval, que izaban la bandera roja en el Club de Regatas, mientras los señores iban recluyéndose en sus casas. ¿Y entonces? Pues que tenía yo mis buenas razones para pensar que todo iba patas arriba. Estaba de guardia con Armando en la tercera barricada. Matábamos el tiempo charlando, turnándonos para echar una cabezadita, fumando, y de repente, ¿sabe usted quién aparece al final de la calle? Mi madre, muy puesta ella, con todos sus collares, abalorios y su sombrero, arrastrando a Marcial por una oreja. Era domingo, y ella no estaba dispuesta a

perderse la misa de las diez en San José. Aquel follón no le daba miedo, sino todo lo contrario. Marcial chillaba, diciendo que él también quería hacer la revolución, y ella, venga a vociferar contra los rojos, esos hijos del diablo, maldiciéndome a mí, a mi tío, a mi padre. Cuando me vieron, ya se habían formado unos corrillos en torno a ellos dos, y la gente se asomaba a los balcones. Se quedaron parados en medio de la calle. Mi madre me miró de hito en hito, como si quisiera borrarne de la faz de la tierra, mientras Marcial intentaba soltarse y escapar. Ella lo clavó a su lado con una simple ojeada y se persignó tres veces. Había decenas de personas alrededor, pero el silencio era tan absoluto como en un funeral.

-Tú ya no eres hijo mío -me dijo en voz alta. Luego, dirigiéndose al gentío-: ¿Qué pensáis sacar con tanto fusil y tanta barricada? Hombres sin fe y sin Dios... De todos modos, ya sabéis qué final os espera.

Sonaron unos aplausos de escarnio, luego llegaron los silbidos y al final las piedras. Marcial estaba como aturdido: me miraba a mí, a la gente, se resguardaba la cabeza con el brazo y ni siquiera conseguía llorar o gritar. Mi madre lo tomó de la mano y cruzó la calle, hasta desaparecer detrás de la casa de doña Olivia Hernández. Fue la última vez que la vi.

Dicen que las madres sufren al ver que el tiempo se les echa encima a los hijos. Pero nadie dice nada de esos hijos que ven a las madres sucumbir bajo ese mismo peso. Aun ahora, cuando pienso en mi madre, lo primero que veo es aquella dichosa imagen: las piedras, los silbidos, ella que me dice que ya no soy hijo suyo y luego desaparece chillando tras una esquina, con Marcial agarrado a su mano. Y los sentimientos también son los de entonces: como un raspón en la garganta, y tanta melancolía, tanta rabia, esa sensación de no hacer una a derechas... A ver, dígame usted si aquella mañana no estaban las cosas para ponerse triste... Y por si fuera poco, llegó un momento en que ni siquiera las noticias que recibíamos me servían para animarme.

Eran poco más de las doce cuando nos dijeron que el 29º Regimiento de Infantería acababa de desembarcar del Libertad y avanzaba por la carretera del Musel en dirección al centro. Los nuestros en La Calzada los recibieron con algún que otro tiro aislado, como para que supieran que aquellos seis kilómetros no iban a ser un paseo. Entonces los soldados decidieron tomar la carretera interior, y allí se encontraron

con José María Martínez y otros dos compañeros que, resguardados por el muro de la fábrica de Orueta, empezaron a dispararles desde todas partes, como si fueran cientos. Un tío cojonudo, José María: aunque ellos sólo eran tres, los soldados tardaron unas cuatro horas para llegar hasta la estación del norte. Pero llegaron, y se juntaron con los zapadores de Moriones. A las cuatro y media, el primer batallón se subió al tren con destino a Oviedo, y allí habrían llegado al anochecer si los del sindicato del ferrocarril no se hubieran encargado de bloquear el tren en la mitad de camino, obligándolos a pernoctar en La Algodonera.

Mientras tanto, en Cimadevilla arreciaban de nuevo los enfrentamientos. Desde los soportales del Ayuntamiento y la terraza de la fonda del Laurel, desde el edificio del Banco Minero y el campanario de la iglesia de San Pedro, la Guardia Civil y los soldados sometían las siete barricadas a un tiroteo intenso, y los nuestros, escasos ya de balas, se lo pensaban dos veces antes de disparar. Sin fusiles, sin municiones, no tenía sentido tirar adelante... Todos esperábamos a Horacio Argüelles, confiando en que volviera de Oviedo con algo concreto entre manos.

Llegó cuando ya habíamos cenado, una sopa caldosa que las mujeres del comedor popular habían traído hasta las barricadas. Nos la comimos deprisa, bajo un cielo que amenazaba lluvia y con miedo a que el viento nos la enfriara.

Horacio bajó del coche con la barba sin afeitar y los ojos cansados, y nosotros lo rodeamos. Vi de refilón al tío Adolfo que se acercaba procurando mantenerse al margen del grupo, casi como si no quisiera formar parte de la escena, como si ya supiera que las noticias que iban a darnos eran peor que malas. Efectivamente, esa vez tampoco Horacio había conseguido ponerse en contacto con el comité y a duras penas había logrado entrevistarse con algún dirigente. Prometer, prometían mucho, pero a la hora de la verdad seguían pidiéndonos que esperáramos: Oviedo estaba a punto de caer, y al día siguiente a más tardar podría salir una columna hacia Gijón. Su voz fue interrumpida por una luz como de relámpago en el horizonte y por un rumor de truenos que venían del mar, pero aislados, algo raros. Tardamos un par de minutos en comprender que no era precisamente lluvia lo que nos iba a caer encima.

- Es el Libertad -gritó tío Adolfo de repente, mientras la gente se dispersaba por las calles de los alrededores, corriendo hacia casa o buscando refugio en los zaguanes. Avelino Entrialgo hacía lo que podía para frenar la estampida:

- ¿Adónde coño pensáis ir...? Vaya revolucionarios: dos cañonazos y ya os cagáis de miedo...

A todo eso, Mariano se había colocado en medio de la calle y nos apuntaba con el fusil, gritando a pleno pulmón que

estaba dispuesto a meterle en el culo las dos balas que le quedaban al primero que pensara ahuecar el ala. Tan decidido se le veía, que hubiera sido muy capaz de dispararme incluso a mí. Bueno, sí, ganas de enfilar una callejuela cualquiera y de irme derecho a casa no me faltaban, pero cualquiera se atrevía. Además, a mi lado estaban Armando y Regalado, que no me quitaban el ojo de encima.

- Van a acabar con nosotros -me susurró Armando en un oído. Así que descubrí que estaba aún más acojonado que yo.

- Que no, hombre, que no -le contesté, encogiéndome de hombros y disimulando-. Lo más probable es que disparen con salvas. No apuntan a nadie en especial. Dicho lo cual, lo cogí del brazo y me encaminé con él hacia una callejuela, lejos del corrillo cada vez más disperso, pero ya era tarde, demasiado tarde. La mano, aquella dichosa mano que acababa de apoyarse en mi hombro, era seguramente la de tío Adolfo. Volví la cabeza y allí estaba, con una media sonrisa pintada en los labios, o más bien una mueca que quizá pudiera llamarse sonrisa.

-Vosotros dos os vais ahora mismo a la barricada -nos dijo-, la que está después del comedor, y no os movéis de allí ni que haya un terremoto.

-Justo lo que le estaba diciendo a Armando... -farfullé con la cabeza gacha.

Tío Adolfo se limitó a hacer un gesto de mofa y luego, como si se olvidara de nosotros, se dirigió hacia Avelino Entrialgo, que estaba ajetreándose al otro lado de la calle. Mi tío tenía otras cosas que hacer, de modo que se acabó la conversación. Nos pusimos en marcha con el fusil al hombro, intentando animarnos. Las calles estaban poco iluminadas, silenciosas, zarandeadas por un viento que movía las farolas y agigantaba los ecos del bombardeo. Sólo delante de las cocinas populares vimos un poco más de luz. Habían colocado en la calle una mesa muy grande, rápidamente convertida en el lugar apropiado para repartir comida caliente, bollos y pan. Fue allí donde primero vi a mi hermana, y luego, cerca de ella, a Pilar. Estaban charlando por los codos. Hay que ver la de cosas que llegan a contarse las mujeres. A Pilar la reconocí enseguida por la cara, por los ojos, por su forma de mover las manos, aunque poco quedara de la chiquilla que yo había conocido. Ahora estaba más hecha: tenía un culo que quitaba el hipo y unas tetas de campeonato. Lo primero que se me ocurrió fue gritarle a Libertad que se fuera derecha a casa, pero ya me habían tomado la delantera.

Mi hermana la agarró por un brazo empujándola, y Pilar vino hacia mí corriendo con las rodillas pegadas y los talones que

le tocaban el culo. Cuando la tuve delante, la mujer se puso de puntillas, me tomó la cabeza entre las manos y me estampó un beso. Olía a sopa, como todos.

- Te acuerdas de Pilar, ¿verdad? -le pregunté a Armando, que nos miraba sin enterarse de la misa la media. Y yo, tres cuartos de lo mismo... Es que no hay dios que las entienda a las mujeres: hacía unos años, Pilar me había despachado sin dejarme rechistar y ahora, quizá porque me había visto rondar por ahí con el fusil al hombro y cara de mandamás, ahí estaba, bebiendo los vientos por mí. Y yo quieto, tieso como un palo y con un nudo en el estómago. Más torpe, imposible, y tampoco es que haya aprendido mucho desde entonces.

»Estamos de guardia en la tercera barricada -proclamé, con la esperanza de que mis deberes de revolucionario la animaran a marcharse y a dejarme tiempo para pensar, pero ni por ésas. La chica se me colgó del brazo y despidió a Libertad con la mano.

»Anda, vete a casa -le grité a mi hermana, intentando asumir el papel de un padre severo y bondadoso. Luego nos pusimos en marcha, Pilar y yo delante y Armando detrás. Ella y yo nos quedamos en un rincón de la barricada, y Armando en la otra punta. Estábamos a oscuras allá detrás, y los disparos de los obuses apenas iluminaban el cielo. Y venga, y dale: aquello parecía no querer acabar nunca.

- ¿Tú no tienes miedo? -me preguntó ella. Encendí un pitillo y me encogí de hombros.

- Golpe va, golpe viene -solté.

- Pues eso, pero a mí me preocupan más los que vienen. Volvió a agarrarse a mí, me quitó el cigarrillo de los labios y me estampó otro beso. Resumiendo: en aquella barricada hice el amor por primera vez. Mejor dicho, quien lo hizo todo fue ella. Yo, para variar, me quedé allí casi paralizado mientras Pilar se subía la falda, me desabrochaba la bragueta y se ponía encima de mí a horcajadas. Sólo recuerdo las tetas que iban bailando delante de mis ojos y la sensación de estúpida victoria cuando ella por fin me tomó y yo casi me deshago en una larga y lenta oleada de calor. Después, Pilar se quedó con la cabeza contra mi pecho y una pierna cruzada encima de la mía. No sé cuánto tiempo estuve con los ojos clavados en su nuca, preguntándome si todo aquello había llegado a pasar de verdad, hasta que me di cuenta de que el bombardeo se había acabado y en las calles reinaba el silencio. Vi las brasas del pitillo de mi amigo Armando ir y venir lentas en la oscuridad hasta apagarse, y luego oí que se acurrucaba para dormir sin soltar el fusil. Era una noche clara, llena de estrellas en el cielo. De vez en cuando, los motores de unos camiones lejanos, unas pisadas furtivas, unas voces o unas llamadas que surgían de las otras barricadas quebraban el silencio. En el campanario de San

José dieron las tres, las cuatro... Sólo yo estaba despierto. Pilar respiraba pausadamente, y Armando se agitaba en sueños, moviendo las piernas, musitando algo parecido a un bolero mexicano, profiriendo amenazas incomprensibles a los desconocidos que poblaban su mente.

- ¿Qué le pasa a tu amigo? -me preguntó Pilar con voz empañada, antes de darse la vuelta y seguir durmiendo.

Amanecimos tendidos en el suelo, con el mundo que se nos venía encima, hasta que llegó una patrulla de vigilancia de las barricadas.

- Sin novedad -dije, mientras intentaba con poco éxito librarme de Pilar y ponerme de pie.

-No diría yo eso -comentó Avelino Entrialgo, sonriendo y con los ojos clavados en la falda de Pilar a medio subir.

Sólo entonces a ella le dio por despertarse. Estuvo un rato mordisqueándose unas pieles del dedo pulgar, y luego, de repente, volvió a meterme la mano entre las piernas. Justo allí y entonces. Como para no creérselo. Benditas sean las mujeres. A saber qué se traerán entre ceja y ceja. Tengo setenta y ocho años y aún me lo pregunto.

Parece mentira, pero hay ciertas cosas, algunos detalles sueltos, que había olvidado. El sabor de la sopa, su mano en mi bragueta mientras Avelino Entrialgo nos miraba. Lo he vuelto a recordar todo mientras se lo iba contando a usted. A veces sientes remordimientos por olvidar las cosas más importantes de la vida. Y pensar que creía saberlo todo... Pero la mañana del 8 de octubre, ésa sí que la recuerdo muy bien: el viento había cambiado de dirección antes del amanecer y luego empezó a caer una llovizna mansa, apenas más ligera que la niebla. A nuestras espaldas, las montañas recortaban vagamente su perfil contra el cielo gris. Tras estamparme un beso rápido en la mejilla, Pilar se fue corriendo a su casa y yo me quedé haciendo guardia con Armando en la tercera barricada. Hacía fresco, pero no me daba ni cuenta. A mí me parecía que el aire era transparente y saboreaba cada instante. Estaba orgulloso: tío Adolfo diría que yo ya era un hombre hecho y derecho. Armando, en cambio, no podía estarse quieto y no hacía otra cosa que ir arriba y abajo espiándome.

- ¿Qué tal ha ido? -me soltó de repente.
- ¿El qué? -contesté-. ¿A qué te refieres?

No me daba la gana de contárselo. Y él se lo tomó con filosofía.

-Vete a la mierda -contestó, y ahí se acabó la conversación.

Muy pronto nos distrajo lo que pasaba a nuestro alrededor. A las ocho y media llegó un mensajero del Musel, comunicándonos que habían desembarcado del Libertad sesenta marineros con la misión de acudir en ayuda del cuartel de los carabineros. Añadió que dos de ellos eran camaradas y habían incitado a los demás a la rebelión, que habían ido a La Calzada a reclutar gente, y que una muchedumbre desarmada estaba marchando hacia el Musel al grito de «Viva la revolución». A punto estábamos de lanzar las gorras al aire y descorchar la sidra, pero al ver la cara de José María Martínez todo el mundo se paró en seco. Era como si de alguna manera el hombre hubiera intuido un desastre. La cosa es que reunió a unos quince camaradas y se fue corriendo. Luego supimos que había llegado tarde. Resulta que los muy hijos de puta de los carabineros se habían dado cuenta de toda la maniobra y avisaron al comandante de la nave. En cuanto la muchedumbre ocupó la plazoleta cerca de la dársena, los carabineros, apostados en el embarcadero nuevo, la recibieron a disparos. Ahí cayeron unas diez personas, mientras del Libertad desembarcaban lanchas llenas de marineros con la intención de pillar a la gente entre dos fuegos: hubo una espantada

general bajo el tiro cruzado de policías y marineros, y los seis o siete fusiles que tenían los nuestros únicamente sirvieron para que los prisioneros no pasaran de sesenta.

Cuando llegó José María, todo se había acabado ya, y en la plazoleta sólo quedaban los muertos, envueltos por una neblina que se mezclaba con el humo de los disparos.

Cuánta rabia, cuánto desconsuelo... Tanto que, en cuanto José María supo que el 29º Regimiento de Infantería estaba a punto de volver a salir desde Veriña, reunió a su grupo y se puso en marcha para preparar una emboscada. Cuando lo vimos regresar a El Llano era ya por la tarde, pero, mientras tanto, nosotros también tuvimos que apechugar lo nuestro. Para empezar, circuló un pasquín, firmado por no se sabe quién, donde se proclamaba la victoria en Cataluña; ahí se decía que el general Batet había caído prisionero y que en Zaragoza el triunfo había sido tan fácil que ni los camaradas podían creérselo. Sin embargo, al rato oí que en un aparte Redondo contaba a tío Adolfo que había escuchado por la radio la voz de Batet anunciando el fracaso del levantamiento de Barcelona. Ya no sabíamos a qué atenernos, hasta que llegó un mensajero con la noticia de que las tropas enviadas desde Madrid bajo el mando del general Eduardo López Ochoa habían entrado en Grado el día anterior y ahora estaban a punto de entrar en Avilés, a treinta kilómetros de donde estábamos nosotros. López

Ochoa tenía fama de masón y liberal, pero antes que nada era un general del ejército sin demasiados escrúpulos. Obviamente, el mensajero sólo había comunicado su informe a los dirigentes, pero yo andaba pegado a tío Adolfo y lo seguía a todas partes, aunque con cierto disimulo, de manera que los primeros disparos me pillaron a su lado.

Nuestro fracaso en el Musel le había dado un respiro al cabrón de Moriones: ahora atacaba, intentando asaltar nuestras barricadas. Hacia nosotros avanzaba el batallón de zapadores, apoyado por la Guardia Civil, que intentaba tomar la avenida Schultz, y por los guardias de asalto, que cargaban contra la Puerta de la Villa. Fue Vázquez, el del comité de la CNT, quien tomó el mando, y lo hizo de puta madre, repartiéndonos por las calles y las líneas de defensa y organizando unos grupos que se dedicaban a disparar desde los tejados de las casas las pocas municiones que nos quedaban. Detrás de la barricada, yo tenía a tío Adolfo a unos dos metros, y un poco más allá estaban Armando, Regalado y Mariano. Veíamos a los soldados que avanzaban y sólo disparábamos después de contar hasta diez, para no malgastar las balas.

No sé si fue allí donde me apunté mi primer muerto, pero es que había niebla y por las rendijas entraba mucho polvo. Lo que sí sé es que a cada disparo pensaba que era mejor no

morir, que ni siquiera había tenido tiempo de pasar un buen rato con Pilar.

Aquel horror duró unos tres cuartos de hora; luego, por suerte, los soldados se rindieron, y entonces sí que volaron las gorras y nos abrazamos como en el campo de fútbol.

A las dos y media se presentaron quince mineros de Langreo; traían una carga abundante de dinamita y nos prometieron que más tarde llegaría otro grupo. José María volvió diciendo que habían logrado retener un rato la columna de soldados que se dirigía a Oviedo. Carlos Martínez, un médico republicano y dos enfermeras llegadas a Gijón desde La Felguera habían instalado en un establo un pequeño hospital que funcionaba a las mil maravillas. Vamos, que parecía que se había acabado la mala racha y por fin teníamos la suerte de nuestro lado... Y un huevo. La ilusión nos duró menos de un cuarto de hora; luego, vuelta a la brega.

Empezaron los aviones. Eran muchos, veinte como mínimo, volando bajo por encima de nuestras cabezas. No lanzaban bombas, sino periódicos de Madrid del día anterior y unos folletos que rezaban: «¡Rebeldes de Asturias, rendíos! Os habéis quedado solos.» No podíamos ni queríamos creérnoslo. Al cabo de un rato, llegó Ceferino corriendo: para librarse del cerco, los grupos de Cimadevilla habían vuelto a atacar el Ayuntamiento, utilizando las últimas balas

y lo que quedaba de las bombas hechas con dinamita, pero, al llegar a la plaza, habían sido rechazados por los guardias y los carabineros. Muertos, heridos... Ya ni sabíamos cuántos, pero no podíamos entretenernos llorando. Ahora había que volver de prisa a la carretera de Oviedo, donde los soldados del 29º Regimiento de Infantería estaban a punto de reanudar la marcha. José María Martínez se llevó a los mineros de Langreo más una docena de camaradas elegidos entre los nuestros. Esta vez nos tocó también a mí y a Mariano caminar la tira de kilómetros, por la carretera y también por senderos, en fila india, dos delante reconociendo el terreno y José María justo detrás, marchando a paso ligero, como si no tuviera bastante con la panzada de andar que se había dado por la mañana... Siguiendo la consigna de avanzar en silencio, subimos y bajamos colinas, bañados por una luz débil y con la cara mojada de niebla y sudor, bajo un cielo de barro que se iba cargando de nubes oscuras, hasta que, desde los montes de Veranes, avistamos su campamento, lleno a rebosar de tiendas, camiones y morteros, emplazado en el valle donde estaba la carretera de Oviedo.

José María nos repartió por los alrededores, apostados en los picos. Sombras... éramos sombras que aparecían detrás de rocas y árboles, soltaban una bala y desaparecían. Y ellos, los soldados de Cerrada, malgastaban balas disparando contra los fantasmas que los rodeaban. Cuando nos dimos

cuenta de que se disponían a pasar allí la noche, casi todos nos volvimos, dejando a José María y unos pocos más. Habíamos conseguido detenerlos un día más; no podíamos hacer otra cosa.

A punto estaría de ponerse el sol, aunque fuera imposible verlo porque andaba escondido tras un cielo color pizarra. Llegamos a Pumarín cuando era casi de noche y allí, en la colina, nos pilló el primer cañonazo, que nos obligó a echarnos al suelo. Desde las alturas, espiábamos el ataque del Libertad contra Cimadevilla y aquello parecía una película: primero veías un relámpago, luego el humo; después oías el golpe, el silbido del proyectil y para acabar el choque y la explosión. Lástima que todo fuera de verdad: las casas se hundían, la tierra volaba por los aires a pedazos... Le dieron a la torre de la iglesia de San Pedro, a la tabacalera, a todos los edificios de la calle Santa Catalina, y de nada sirvieron unas sábanas blancas que alguien había colgado de unos balcones.

Cuando conseguimos volver a El Llano, nos comentaron que una muchedumbre de mujeres y niños estaba bajando de Cimadevilla al centro, pero los guardias salidos del Ayuntamiento arrestaban a todos los hombres escondidos entre el gentío. Llegaron a pillar a unos seiscientos y se los llevaron a la Igleiona.

Ahí les iban a pegar y torturar...



Detenciones de revolucionarios en Gijón

- Se acabó -dijo Regalado.
- Y un huevo -le contestó Armando.

Yo los miraba; miraba a Mariano con el dedo metido entre los rizos, a los grupos de compañeros apoyados contra el muro, a las mujeres que iban y venían entre las casas y las barricadas. Buscaba a Pilar y a mi hermana entre tanto jaleo, y cuanto más miraba, más me convencía de que todo era inútil: inútil el camión blindado que Onofre Tirador había traído desde La Felguera, inútiles los cuarenta mineros que iban colgados del armatoste, inútil incluso Horacio Argüelles,

que mira tú por dónde, había conseguido ponerse en contacto con el comité revolucionario en Oviedo...



Onofre García Tirador

Me acerqué igualmente, a ver si oía algo. Horacio les estaba contando en voz baja a los dirigentes que había intercambiado unas palabras con Ramón González Peña, pero deprisa y corriendo. Peña le había dicho que Oviedo caería en cuestión de horas, y que entonces una columna de trabajadores saldría hacia Gijón y otra se dirigiría a León. Los demás, desde Graciano Antuña a Carlos Vega, pasando por Dutor, Lafuente y Otero, estaban demasiado ocupados para

escuchar, era casi imposible explicarles que nos hacían falta muchas municiones, fusiles...



El camión blindado que Onofre Tirador había traído desde La Felguera

- ¿Y Oviedo? ¿Qué hay de Oviedo roja? -preguntó Avelino Entrialgo.

- Lo tenemos casi todo bajo control. Faltan un cuartel y la cárcel, y habrá que sofocar la poca resistencia que hay en la fábrica de armas.

Yo estaba acurrucado en el suelo ahí cerca y aparentaba dormir. Si abría un poco los ojos, veía los pies de tío Adolfo y

los bajos de sus pantalones que ondeaban como una bandera. Él no estaba dispuesto a resignarse y se encabritaba...

- Pero tú ¿qué has notado? -preguntó. Hubo unos instantes de silencio.

Horacio debía de estar pensandoselo mucho antes de hilvanar una respuesta.

- Hay algo en el aire... -se atrevió a decir al cabo de un rato-. En el aire se siente la revolución, pero (y está mal que lo diga yo, que soy anarquista) los veo desorganizados. La gente se mueve en pequeños grupos, como máximo en columnas... Nadie sabe muy bien qué pasa y falta un auténtico liderazgo. Ves a miles de compañeros dando vueltas por Oviedo, sin un plan común, cada uno por su lado.

Ya era de noche y a nuestro alrededor reinaba el silencio. Notamos una ligera ráfaga de viento, como una fría avanzadilla; luego empezó a llover muy seguido. Tío Adolfo dio media vuelta, anduvo unos pasos y me dio un ligero puntapié en la cadera.

- Levanta, que te estás mojando. Total, ya sé que disimulas...

A la una de la madrugada la lluvia se había convertido en un aguacero que caía a chorros sobre el techado de chapa de la fábrica de Orueta. Los del comité se habían resguardado ahí debajo, y yo me fui tras ellos, pegado a tío Adolfo; así, de paso, tal vez me ahorraría hacer guardia en alguna barricada... Estábamos en un almacén con el suelo de hormigón, lleno de maquinaria vieja amontonada de cualquier manera. Sólo tres o cuatro sillas, donde se colocaron Redondo, Vázquez, Avelino Entrialgo... A lo lejos, se oían unos truenos que resonaban entre las montañas. Redondo me miró a mí y luego a tío Adolfo.

- ¿Qué hace aquí el chaval?

Me quedé helado. Fue justo entonces, en medio del estrépito de la lluvia, cuando llegó el ultimátum de Mariones, el gobernador militar: si no nos rendíamos, bombardearía El Llano. En cuanto hubo dicho la última palabra, el mensajero se sacudió el agua que le empapaba la ropa y se quedó mirándonos. Nosotros fijamos la vista en el exterior: más allá de la puerta entreabierta, el agua caía tupida sobre un fondo de luces que iban y venían. Naves, naves de guerra, que desde el Musel habían apuntado los

reflectores contra toda la ciudad, y ahora daban palos de ciego en la negrura. A mí ya nadie me hacía caso e incluso creo que habían olvidado mi existencia. Hablaban, gritaban, discutían... No era fácil tomar una decisión, pero al final el asunto se resolvió bastante rápido: dijera lo que dijere Mariones, se lo pasarían por el forro, pero había que andarse con cuidado para que no corriera la voz. Cuando salieron, yo me escabullí detrás de una fresadora. Hacía días que dormía a salto de mata, tumbado en cualquier sitio. La noche anterior me había acostado con Pilar y estaba que me caía de cansancio. Se me metió en los sueños, Pilar, con su cara, su culo y lo demás, sobre todo lo demás. La soñé una, dos veces, cada vez más agitado hasta que me desperté de repente, cuando la lluvia volvía a arreciar contra el techo de chapa.

Al levantarme, la tormenta ya había amainado. Fuera aún llovía, pero el agua caía lenta y fina. Aunque estaba amaneciendo, el barrio entero se había echado a la calle. Fuera por culpa de los reflectores, o de alguien que no había sabido callar la boca y lo había soltado todo, la cuestión es que el ultimátum ya no era un secreto. Tanta tensión flotaba en el aire, que casi se podía tocar. En unas pocas horas se había corrido la voz de que Mariones había envenenado el agua de los pozos en Pumarín, que una gitana vieja había augurado tres días de desgracias, que en La Calzada un pavo asustado había volado sobre los tejados para esfumarse

luego en el horizonte hacia el mar... Con eso bastaba para que la gente recogiera sus cosas y abandonara la ciudad bajo la lluvia, detrás de una carreta y una mula, caminando en una larga procesión, con los niños en brazos o subidos a los hombros. Desfilaban silenciosos y cabizbajos, mientras los camaradas intentaban convencerlos de que se quedaran, pero eso era malgastar saliva, así que el comité revolucionario dio el aviso de retener a los hombres. Imagínese: intentábamos cumplir las órdenes, pero las mujeres se agarraban a sus maridos, los niños lloriqueaban, la gente discutía y reñía... Sólo al cabo de dos horas pude tomarme un respiro y largarme de ahí para ver qué les había pasado a los míos.

Encontré la casa vacía, como si la hubieran abandonado a toda prisa. Ni rastro de mi madre, Marcial y Libertad. Vi cuencos en el fregadero, un cazo en el fogón, los armarios abiertos, la botella de la leche en la puerta. ¡Dios, qué mal trago! Los espejos manchados, la cómoda oscura, el mármol grueso del aparador, no sé si era eso lo que me decía que había vuelto a quedarme solo en este mundo. Me acerqué a la ventana y miré al exterior a través de las gotas que resbalaban en los cristales. Parecía de noche; a duras penas se distinguían los perfiles de los árboles más grandes y los charcos que habían invadido las calles. El único consuelo era que, con esa niebla, esos hijos de la gran puta no podrían volar. Nuestra vecina, la señora Bedoya, una mujercita que

siempre iba vestida de negro, se había asomado a la puerta y entró sin que yo me diera cuenta. La vi plantada en medio de la cocina, limpiándose las manos con el delantal y a punto de echarse a llorar.

- He oído ruidos -se excusó, mientras yo le ofrecía una silla con un gesto del brazo-. Se han marchado esta mañana temprano -añadió en voz baja-. Se han ido a Corvera, a casa de la señora Amalia.

- ¿Libertad también se ha ido?

- Ella no quería, pero tu madre armó un escándalo...

Por eso los oí.

Quedarse era inútil. Cargué el fusil al hombro, acompañé a la viuda Bedoya hasta la puerta, y me fui bajo la lluvia. Tenía prisa, aunque me da reparo contarle por qué. Había hecho algo parecido a una apuesta conmigo mismo, o más bien era un exorcismo, una especie de conjuro: me había propuesto llegar a mi puesto en la barricada antes de que en el campanario de San José diera las diez, y sólo faltaban unos minutos. Ya sé que parece una estupidez, pero era como jugar con el destino, la única manera que se me ocurrió de librarme de los pensamientos tristes. Me dije a mí mismo: si lo consigo, todo irá a pedir de boca. Y lo conseguí, aunque no pude deshacerme de la tristeza. No sé si se ha fijado usted, pero cuesta un montón librarse de las ideas tristes. A

veces te persiguen durante años y no te sueltan ni por éstas. Son como piojos, sanguijuelas. Aún los llevaba todos pegados en la cabeza, cuando se me acercó Mariano:

-¿Dónde te habías metido? Tu tío te está buscando.

Esas preguntas a mí me sentaban como un tiro, y además no sabía a qué venía tanta prisa. A nuestro alrededor sólo había calma chicha: los centinelas en su sitio en las barricadas, dos camionetas que iban y venían de un barrio a otro, la gente que formaba corrillos delante de las puertas... A menos que nos llegaran armas y refuerzos, no nos quedaba más remedio que seguir esperando. Más me habría valido, quizás,irme yo también a Oviedo, que allí sí que se tomaban en serio la revolución. En vez de eso, lo que hice fue pasearme arriba y abajo delante de las cocinas populares, a ver si me topaba por casualidad con Pilar, que trabajaba en los comedores. A Pilar no la vi, pero descubrí que no me hacía ninguna falta irme hasta Oviedo, que el barullo que había a mi alrededor también era auténtica revolución. Desde primeras horas de la mañana, el uso de cartillas, la distribución de la leche a viejos y niños, y los comedores populares se habían extendido desde El Llano hasta Natahoyo, El Frontón y La Calzada. Las patrullas vigilaban a los aprovechados, los panaderos trabajaban gratis, las mujeres cocinaban para los combatientes, las gentes del barrio hacían cola para las cartillas, discutían de lo divino y lo

humano hasta que se les ponía la cabeza como un bombo, y se preocupaban por personas con las que unos días antes ni siquiera hablaban. Los veías machacados por las bombas, sin armas, con una mano delante y otra detrás, pero aquello era una maravilla: sentías un aire de fiesta, una fiesta que no iba a durar mucho. Por eso, todo el mundo aprovechaba esos momentos para charlar sin tapujos, diciéndose lo que de verdad pensaba y recortando un hueco en la soledad, al menos mientras aquello durara. ¿Y eso por qué? Pues porque después de muchos años pensando en un porvenir gris, ahora, por primera vez, había esperanza. ¿Le parece poco? Yo sé que eso es mucho, lo he visto. Pero no se acaba ahí la historia. Dicen: la guerra, horror de los horrores... Bueno, sí, de acuerdo, pero mucho ojo: hay guerras y guerras, y en una guerra a veces pasa cada cosa... En aquel entonces, yo no me daba cuenta; lo entendí sólo años después. No sé si usted se ha visto nunca en plena batalla. La muerte te acecha como si fuera una deuda, un cuchillo apuntado en el pecho. No es para tomárselo a risa, pero, poco a poco, te las apañas para alejar un poco a la muerte, para mantenerla a distancia, lo suficiente para que se quede ahí sin rozarte. Entonces, esa misma muerte da sentido a toda tu vida, te hace comprender que somos poquita cosa, que más te vale ir a lo esencial. El hombre es más puro en una guerra, saca a la luz lo mejor y lo peor de sí mismo. A un hombre lo juzgas en estas situaciones extremas, cuando se

rompen todos los lazos que atan los sentimientos... Bueno, basta ya de tonterías. Ya le decía yo: han pasado más de sesenta años y todavía tengo que vérmelas con los pensamientos tristes de aquel octubre tan jodido.



Concentración de revolucionarios en la calle Uría de Oviedo

La brigada de José María Martínez volvió hacia las once. Habían pasado la noche entera bajo la lluvia, vigilando el regimiento de Cerrada, disparando alguna que otra bala suelta, recorriendo sin parar los cerros para que los soldados tuvieran la sensación de que estaban completamente rodeados. Los hombres de José María no se tenían en pie, pero sólo pudieron descansar una media hora: acababan de dar las doce cuando se presentaron tres camaradas que venían de La Calzada, diciendo que en el Musel acababa de atracar también el Jaime I y había desembarcado una columna de doscientos marineros. Pedían refuerzos para la barricada de Cuatro Caminos, la que había en la carretera que iba del Musel al centro de Gijón. Si fallábamos allí, ya podíamos darlo todo por perdido.

José María se marchó deprisa y corriendo, llevándose a su brigada y a otros seis voluntarios. Mariano y yo quisimos ir, pero nos mandaron hacer el turno de guardia de los prisioneros. Eran una docena, encerrados junto a sus familiares en el cuartel de la Guardia Civil que habíamos tomado el día anterior. Cuando llegamos a la carretera que llevaba al cuartel, la niebla casi había clareado, la lluvia caía menos densa, de modo que sólo algunas gotas sueltas salpicaban los charcos.

- ¿Tú cómo lo ves? -me preguntó Mariano.

- Negro -le contesté-. Aquí no ataca ni su padre... Nuestros hombres armados, y con pocas municiones, no pasan de setenta, y ellos están enviando aquí todo el ejército. Gerardo Gómez me ha dicho que tal vez envíen al Tercio, a los Regulares e incluso a dos submarinos.

Deje que le explique: los Regulares eran los marroquíes, los africanos de nuestras colonias que a todos los efectos pertenecían al ejército español. El Tercio, en cambio, era la Legión Extranjera, compuesta sólo de mercenarios. Unos brutos terribles, unos endiablados hijos de la gran puta que ni siquiera respetaban a las mujeres y los niños. Si aquellas noticias eran ciertas, nos veíamos en apuros, y Mariano lo tenía muy claro. Si es que ese chico sabía muchas cosas; yo creo que incluso demasiadas, porque se le agolpaban todas en la cabeza y lo aturdían. Resulta que al final, para tomar una decisión, para vivir, debía inventarse un montón de truquitos y siempre se veía obligado a contarse una historia.

- Eres un derrotista -me dijo-. Lo que pasa es que estás cagado de miedo. Tú también has oído a Horacio Argüelles: a estas horas, en Oviedo ya habrán tomado la fábrica de armas y van a llegar refuerzos con fusiles y municiones...

Me hubiera gustado preguntarle si eso se lo creía de verdad o sólo lo aparentaba, pero preferí callar y seguí caminando

con la vista fija en mis pies, que chapoteaban en el barro. Paso a paso, los dos callados como muertos, llegamos al cuartel sin casi darnos cuenta. Era un edificio de dos plantas, con las barandillas de los balcones plagadas de herrumbre y una gran puerta de entrada de madera que daba a un patio. Dentro, en el cuarto destinado a la guardia, veías primero los manchones de humedad en las paredes, luego el suelo hecho papilla y unos restos de sangre incrustados en la mesa. Acracio Bartolomé y Avelino Entrialgo estaban discutiendo pegados a un armario; un poco más allá, sentados en el suelo, estaban los dos camaradas a los que teníamos que relevar, pero en cuanto entramos, la escena cambió: de repente todo el mundo se levantó porque en el quicio de la puerta acababa de aparecer, gritando y seguido por otros tres camaradas, Jesús del Río, alto más o menos como Regalado y con el cabello pegado a la cabeza por culpa de la lluvia.

- A éste hay que fusilarlo, ¡vaya que sí! ¿Es que no me entendéis? Os digo que hay que fusilarlo.

Jesús gritaba como un poseso, caminando de un lado a otro de la habitación, mientras Avelino Entrialgo intentaba pararlo.

- Cálmate, por favor. Si no nos dices a quién tenemos que fusilar, será difícil que podamos hacer algo.

- Fue él quien después de la huelga del año pasado nos hizo torturar a todos. Él azuzaba a los policías y los animaba cuando se cansaban. ¡Fue él! Pregúntaselo a ellos si no me crees, pregunta...

No hizo falta que dijera el nombre, porque ya todos habíamos entendido y sabíamos de quién hablaba. Era un vigilante de la fábrica de loza, un guardia civil jubilado. Todo Gijón sabía que era un fascista de mucho cuidado. Ahora lo teníamos encerrado, con la mujer y los tres hijos, en una de las habitaciones de la planta de arriba.

Yo me había ido a un rincón y me estaba allí callado mirándolo todo, a Mariano, que se estrujaba los rizos, a Jesús, que chillaba, y a Avelino, que apuntaba hacia arriba con el dedo mientras advertía: - ¿Quieres calmarte? Pueden oírnos.

Me dieron escalofríos al pensar en aquella mujer encerrada allá arriba y en los tres niños.

Tal vez a Jesús le entraran también escrúpulos de conciencia, porque se sentó en una silla con el fusil entre las piernas y suspiró. De vez en cuando, una gota de lluvia le caía del pelo hacia la cara, y cuando llegaba a la altura de la boca, Jesús sacaba la lengua y se la bebía, sin apartar la torva mirada de Avelino, que seguía hablándole.

- Éste es un asunto muy serio -le iba diciendo-. Tendría que ser el comité quien decidiera, y ahora sólo estoy yo.

- Me cago en el comité.

Entonces Avelino cambió de táctica.

- Pero ¿qué coño de anarquista eres tú, dispuesto a cargarse de esa manera a otro ser humano? Si le hubieras metido tres balas en plena calle, aún... La revolución no puede hacerse con sentimentalismos, pero a este hombre lo tenemos preso con su familia. Tendrías que dispararle a sangre fría, después de arrancárselo a la mujer y a los hijos. Sería vergonzoso, ¿no?

Al cabo de tres cuartos de hora, Jesús había entrado en razón. Salió con la cabeza gacha y tras él sus compañeros. Antes de irse con los demás, Avelino se paró en el quicio de la puerta y se dio la vuelta para mirarnos a Mariano y a mí. Esperábamos que soltara una parrafada, pero no hizo más que escupir en el suelo y esbozar un gesto de saludo.

- La madre que los parió a todos -barbotó cuando ya estaba en la calle.

Nos habíamos quedado solos. En teoría, nos tocaba hacer la ronda de las celdas, pero permanecimos allí en silencio, Mariano haciendo dibujos en la mesa con la navaja y yo rumiando. No pensaba en nada serio, tonterías... Yo qué sé...

En el culo de Pilar, las retahílas que me soltaba mi madre, el miedica y traidor de Carlos, aquella vez que en la escuela me nombraron delegado de la clase y anoté en la lista de los malos al hijo de los señores del barrio y, después de las clases, él se me acercó con otros diez a amenazarme con cosas terribles. Y en esas gotas, las gotas de lluvia en la cara de Jesús del Río... No podía quitármelas de la cabeza, las dichosas gotas. Una hora entera de pura tragedia, y a mí me impresionaban las gotas... ¿Qué quiere que le diga? Es que era joven y estaba enamorado. Y hablando de amores, ¿sabe quién apareció a la hora de comer? Sí, señor, lo ha adivinado: Pilar con otras dos compañeras y una olla muy grande para nosotros y para los prisioneros. Blusa azul cielo y pelo negro echado hacia atrás: una maravilla...

- Hola -dijo ella, bajando ligeramente la vista. Yo intenté encontrar las palabras para contestarle, pero me di cuenta de que se me atropellaba la voz, me sudaban las manos, se me hacía un nudo en las tripas y de repente había perdido el hambre. Mientras, Mariano nos miraba de reojo a Pilar y a mí. Sonreía, el muy cabrón...

- ¿Eso de ahí es fabada? -preguntó, señalando la olla con un gesto del mentón.

Pilar, que como yo parecía medio alelada, ni siquiera lo oyó y no le contestó. Entonces intervino una de las que iban con ella, la mayor.

- Ojalá -dijo, algo molesta-. Ahora, mejor nos echáis una mano.

Las acompañamos arriba a distribuir el rancho. Nos turnábamos de manera que uno de nosotros abría la puerta del cuarto y el otro se quedaba fuera con cara de pocos amigos y el rifle apuntado a media altura. Cuando acabamos, las mujeres nos dejaron los restos de la olla. Yo me fui tras ellas hacia el patio, pegado a las faldas de Pilar.

- ¿Qué, nos vemos luego?

- Ahora tengo que marcharme. Ya te buscaré yo. Tú ándate con cuidado, que está mi padre rondando por aquí.

Lo que faltaba... Yo a su padre lo había visto por primera vez en el campo de Tremañes y me había parecido unos de esos anarquistas que se declaran a favor del amor libre, pero que, en cuanto te acercas a su hija, enseguida te preguntan si vas en serio, y si resulta que no, te muelen a palos sin contemplaciones. Si llega a saber que hacía rato que Pilar se había estrenado... Pero entonces yo estaba ya dispuesto a todo, incluso a pedir formalmente su mano. Le digo más: tan prendado estaba que la idea de acostarme con Pilar casi me molestaba, me daba la sensación de estar sucio por dentro. Con ella me imaginaba sólo dando paseos por la playa, hablando de asuntos trascendentes, robándole algún que otro beso bajo la luna llena. Y, cuando acabara la revolución,

la boda. En poco menos de diez minutos, mi vida había dado un vuelco. Ni siquiera me molestó que Mariano se hubiera zampado las sobras de la olla sin dejarme nada.

- ¿Tenías hambre, eh...? -le pregunté sonriendo, imagino que con cara de idiota. Él me miró fijo a los ojos, sin saber bien si reírse o pegarme una hostia. Al final, sólo movió la cabeza.

- Sólo espero no acabar nunca como tú -rezongó.

Cuando acabó nuestro turno, había anochecido y ya no llovía. Por fin podíamos darnos un respiro porque de noche ellos no atacarían. Y menos mal, ya que José María Martínez y Horacio Argüelles estaban ahora en Oviedo y Ramón Álvarez Palomo se había ido a La Felguera. Su objetivo era encontrar hombres, fusiles y municiones para un ataque masivo al puerto antes de que desembarcaran más fuerzas del ejército.

Después de la lluvia, el aire aún era más húmedo y denso, y por la calle se oía sólo el gotear de los árboles. Armando y Regalado se acercaron a nosotros sonriendo de oreja a oreja y gesticulando con el fusil, así que enseguida nos dimos cuenta de que el humor, entre los compañeros, había cambiado de rumbo, como el viento, sin que hubiera muchas razones para ello. Ahora todo el mundo confiaba en los refuerzos, y creíamos que dentro de unas horas lanzaríamos el ataque definitivo. Mariano estaba como unas castañuelas, y yo también, la verdad. Me tenía hartado eso de dudar de todo; no valía la pena, y además me cuidaba muy mucho de no hablar de mis propios problemas, incluso me daban algo

de vergüenza, porque los encontraba fuera de lugar, como si no me dejaran empeñarme a fondo en la revolución. Lo que yo tenía era miedo, me decía, y ellos, los demás, estaban del lado de la razón. Efectivamente, hacia las nueve llegaron de La Felguera dos camionetas cargadas con cincuenta hombres: eran los primeros de una expedición en la que viajaban incluso dos camiones. Una hora más tarde se acercó Ramón Álvarez, que había pasado por Trubia y por Oviedo; traía unos cartuchos y la promesa del comité de que nos enviarían otros antes de que amaneciera. Había que verlos, a mis compañeros: estaban exaltados, contentos como si ya hubieran ganado... Todos, excepto los centinelas, nos fuimos a cenar al Ateneo Libertario. Iban tío Adolfo, Avelino Entrialgo, Redondo, Avelino Sala, Vázquez, Luis Meana y los mineros que acababan de bajar de las camionetas. Y todos estuvimos estudiando la estrategia de ataque para el día siguiente, haciendo planes y proyectos. Lástima que a las doce y media llegara José María de Oviedo con malas noticias.

La fábrica de armas de La Vega había caído al amanecer y los nuestros encontraron veintidós mil fusiles y doscientas ametralladoras, pero ni un jodido cartucho. El grupo de Manuel Grossi, responsable del comité de Mieres, había rastreado todos los rincones, pero sólo había hallado un montón de cápsulas vacías. Así que ya se habían distribuido los fusiles por los pueblos de los alrededores y se estaba

haciendo lo imposible para ir llenando las dichas cápsulas, pero, por mucho que los compañeros se esforzaran, era imposible fabricar más de tres mil diarias. Nada, una miseria... En resumen, teníamos cantidad de fusiles pero de nada nos iban a servir. Entonces el comité se preguntó dónde podían haber acabado las cajas de municiones que la Guardia Civil sacó del Turquesa.

¿En el cuartel de Pelayo?, ¿en el de Santa Clara? Así que, en vez de seguir atacando la sede del Gobierno, habían decidido atacar los cuarteles. Esa noche, antes de que José María volviera a Gijón, a duras penas habían conseguido acercarse a los edificios. Los planes se cumplían, las ofensivas progresaban, pero todo iba muy lento. Se luchaba contra el tiempo, contra la falta de información sobre lo que pasaba en el resto de España, mientras en Gijón seguía desembarcando gente y la columna de López Ochoa estaba a pocos kilómetros de Oviedo. Y, para colmo de males, en el comité había tensiones entre socialistas y comunistas.

- Coño -soltó Redondo en medio del silencio más absoluto.

Ni siquiera se oía ya el ruido de las copas y los cubiertos chocando contra los platos, y nadie se atrevía a escanciar la sidra. José María miró a Redondo sin inmutarse y tomó la palabra:

- Vamos, que de momento, según dicen, no pueden echarnos una mano. Me han prometido que si mañana caen Pelayo y Santa Clara, nos envían una columna con dos o tres cañones. Horacio se ha quedado ahí vigilando. En fin, si esta noche no nos llegan refuerzos de Sama, yo propongo volver a aplazar el ataque.

Otra vez silencio, muy tenso. Luego se oyeron murmullos, hasta que se levantó uno de los mineros, un tipo de casi dos metros de altura y con un bigotazo negro de cuidado.

- Se lo toman con calma, los señoritos de Oviedo... Nosotros, en su lugar, ya tendríamos el asunto zanjado hace tres días.

- La guerra no está sólo en Oviedo -terció otro-.

Si nos joden aquí en Gijón, perdemos todos.

- Ya veréis como llegan los refuerzos -dijo Avelino Entrialgo-. Mañana, seguro que les damos la gran paliza.

Yo había aprendido a callar y escuchar, aunque a esas alturas resultaba complicado seguir la conversación, que se había ido deshilvanando en grupos y corrillos, entre gritos e improperios de una punta a otra de la mesa. Observaba a tío Adolfo y a José María, luego miraba de reojo a Mariano y Armando y escuchaba a medias al minero sentado a mi lado,

que contaba lo de aquella vez en que había lanzado dinamita contra el cuartel de la Guardia de Asalto de Langreo.

-Los fusiles son lo de menos -decía en voz alta-. Basta con unas cuantas cargas bien colocadas en buen lugar...

Salimos a altas horas de la noche. Hacía frío, pero en la calle había menos barro. Tío Adolfo y yo nos dedicamos un rato a acompañar a Avelino Entrialgo, que iluminado por un cuarto de luna que de vez en cuando se escondía entre las nubes, hacía la ronda de las barricadas para comunicar las últimas noticias; luego decidimos retirarnos, conscientes de que no nos vendría nada mal dormir una noche entera en una cama antes del gran ataque. En el último cruce, antes de separarnos, tío Adolfo me miró a los ojos, me aconsejó que no me preocupara por mi madre y me despidió con un cachetito en la mejilla.

- Creo que dormir, no dormirás mucho... -me dijo medio riendo al marcharse.

Ya pensaría yo luego qué significaba eso; entonces estaba demasiado cansado y lo único que quería era irme a casa. Caminé ensimismado los últimos metros antes del llegar al patio, y al pararme y levantar la cabeza, vi una luz encendida, una lumbre, una vela, que iluminaba apenas la ventana del comedor. Pensé que mi madre no podía ser, porque para una mujer mayor era mucho trote ir y volver en

un día de Corvera, que mi tía no vivía a la vuelta de la esquina. Hay que ver lo tonto que llegaba a ser: por aquel entonces, mi madre tenía treinta y siete años, y a mí me parecía mayor. Cuando eres joven, no sabes medir el tiempo, y luego, cuando ya te has hecho mayor y de algo te enteras, lo que has aprendido no te sirve de nada. Siempre ha sido así y no hay manera de cambiarlo. Pero ¿qué importa? A lo que íbamos: fui deslizándome pegado a la pared y asomé la nariz para fisgar a través de la ventana. En la penumbra vi a Pilar sentada en una silla con un libro en la mano. Cruzó las piernas con delicadeza, como si tuviera miedo de romperlas, como si fueran de cristal o de porcelana. En ese momento supe que de verdad estaba enamorado, por cómo y cuánto me llegó aquel gesto, como si me tocaran con un dedo o me pillara una ola de calor. Llamé despacio a la puerta y la entorné.

- ¿Puedo pasar?

Pilar sonrió y me ofreció la casa con un gesto del brazo.

- Encontré la puerta abierta -dijo.

Me quedé de pie, alelado, y ella siguió sentada, mirándome en silencio. Parecíamos dos actores que hubieran olvidado su papel y esperasen la ayuda del apuntador. Aparentando soltura, me fui hacia la ventana mientras me acomodaba los huevos en el pantalón.

- ¿Qué estás haciendo?
- Cierro las cortinas -le contesté
- ¿Ni un beso me vas a dar?

Me acerqué a ella, la abracé y nos besamos. Luego Pilar sacó dos pitillos y encendió uno.

- ¿Me invitas a una copa de vino?

Rebusqué en el aparador y le serví el vino. Ella bebió y luego me miró justo por encima del borde de la copa, taladrándome con aquellos ojos verde oliva.

- No me mires así -susurré.
- Así, ¿cómo?
- Yo qué sé... Así.
- No te estoy mirando así.

Me senté a su lado, con los brazos colgando; en la cabeza tenía tres palabras que me quemaban la lengua. Di vueltas y más vueltas a la copa encima de la mesa, luego lié un pitillo y lo encendí.

- ¿Quieres casarte conmigo? -le dije al final en un murmullo.

- Sí -contestó ella y, arrodillada delante de mí, empezó a desabrocharme el pantalón.

* * *

Me desperté al amanecer, desnudo en la cama y tiritando de frío. Pilar se había marchado, dejándome su olor pegado al cuerpo. Todo yo olía a perfume, a sudor, a esos humores secretos de las mujeres, pero no podía entretenerme con eso; aunque no había dormido más de diez minutos, ya era muy tarde y fuera de casa me esperaba un gran día: el del ataque. Del mar llegaba un viento pegajoso y el sol asomaba de vez en cuando entre las nubes que corrían rápidas hacia el sur. Por la calle, casi nadie; sólo un coche y algún que otro carro tirado por una mula. Un niño jugaba con el barro, sentado encima de una piedra, pero enseguida asomó la madre y se lo llevó hacia casa.

Me los encontré a todos, cada uno en su sitio en las barricadas, excepto los dirigentes, que estaban de reunión en la fábrica de Orueta, y enseguida me enteré de cómo iban las cosas: en el puerto del Musel ya habían atracado el Cervantes, el Cabo Rocha, el Xauen, el Almirante Cervera y el Cánovas-Cervantes, que llevaba a bordo la VI Bandera del Tercio y un regimiento de cazadores de África. Mariano, Armando, Regalado y yo estábamos juntos en la barricada

principal e intercambiábamos bromas, pero la procesión iba por dentro porque los jodidos refuerzos no acababan de llegar, porque sólo teníamos cada uno trece balas y porque sabíamos que tarde o temprano aquel montón de soldados nos caería encima. Vimos a Ceferino circulando en bicicleta.

- ¿Adónde vas? -le gritó Mariano.
- A La Calzada -contestó él, pedaleando a todo meter.

Llevaba un mensaje a José Suárez, el responsable de un grupo emplazado en una zona entre La Calzada y Natahoyo: había que bloquear como fuera al Tercio y a los cazadores de África que estaban avanzando desde el Musel. Acababa de marcharse Ceferino, cuando de repente aparecieron detrás de nosotros tío Adolfo, José María y Vázquez. Las noticias que traían no eran buenas: el 29º Regimiento de Infantería estaba volviendo sobre sus pasos. Era probable que Calzada, el comandante, hubiera recibido la orden de olvidarse de Oviedo y de concentrar otra vez las fuerzas en Gijón. A esas alturas, estaba claro que querían atacarnos desde dos frentes; mejor dicho, tres: desde el oeste, una vez tomados Natahoyo y Pumarín, con el Tercio y los cazadores de África; desde el sur, o sea, desde Oviedo, con el regimiento de Cerrada, y de frente, porque delante de nosotros, en los alrededores de la Puerta de la Villa, se habían desplegado la Guardia de Asalto y la Guardia Civil. Tras reorganizar a todo correr los grupos, José María y Vázquez se fueron, con unos

treinta hombres, a vérselas con la columna de Cerrada. Tío Adolfo se quedó con nosotros. En aquella barricada ya no éramos más de doce. En total, además de las pistolas, teníamos ciento sesenta y dos balas...

Y la cosa no acabó ahí: cuando volvió Ceferino y nos contó que estaban desembarcando otros escuadrones de caballería, de infantería, de artillería y del Tercio. A todo esto, los cazadores de África y la VI Bandera, en marcha desde el Musel, ya habían llegado a La Calzada y se dedicaban a hacer prisionero a cualquiera que pasara por la calle. José Suárez y sus hombres los habían atacado dos veces bajo el fuego racheado de las ametralladoras, pero, al acabárseles las municiones, al final habían tenido que desistir. La barricada de Cuatro Caminos no había aguantado el embate, y ahora los grupos de compañeros intentaban retirarse hacia El Llano.

Ya eran las nueve de la mañana, y nosotros rezándole a Dios y a todos los santos para que llegaran los refuerzos, pero ya nadie se creía ese cuento. Armando se quitó sus gafitas, y mientras las limpiaba escupió en el suelo una, dos veces.

- Me jode -soltó-, me jode eso de que nos vayan a matar así, sin que podamos hacer nada. Cuatro balas y un poco de dinamita contra cañones, aviones, obuses, barcos, ametralladoras... Esto no es guerra ni es nada. Si fuera de verdad, una guerra de esas en que uno pelea cuerpo a

cuerpo y te juegas los cojones, ya la habrían perdido. De pura vergüenza, ya la habrían perdido, os lo digo yo... Lo acalló el ruido de un avión que se acercaba. Iba dando largas vueltas en el aire para controlar nuestras posiciones. Al cabo de media hora llegaron otros tres, y nosotros ahí, aguantando en la barricada, con el fusil en la mano y los ojos mirando al cielo.



Detenidos en Gijón conducidos a la Igesiona

- Tranquilos... -nos iba diciendo tío Adolfo-. No van a lanzar bombas. Sería demasiado incluso para ellos. Eran las diez y media cuando el comité tomó la decisión y Ceferino nos transmitió la orden: en caso de que los refuerzos no llegaran, teníamos que organizar la retirada. La consigna era resistir hasta que apareciera la artillería, y luego escapar.

Junto a la fábrica de Orueta había muchas camionetas preparadas para la evacuación, y el punto de encuentro final, al caer la noche, era la casa de Lalo el Nieto, en los alrededores de Mareo. Como aún tenían esperanzas de poder atacar a los soldados por el flanco derecho, se pusieron a cavar una trinchera en la carretera del Obispo, en el camino entre Oviedo y Pumarín. Mariano acababa de irse con Ceferino cuando empezaron a caer las primeras bombas en los campos alrededor de El Llano. Caían a pico, con un silbido largo, y explotaban levantando columnas de polvo y tierra. Cuando los aviones volaban más bajo, veíamos al piloto y al copiloto asomarse desde la carlinga para ajustar el tiro. Y venga a echar bombas...

Los del comité habían desaparecido. Quizá se hubieran desperdigado por ahí debido al bombardeo. El único que aguantaba el tipo en medio de aquel infierno era tío Adolfo. Si lo pienso ahora, parecía un niño con bigote, pálido, cansado, preocupado: un niño de treinta y nueve años. Y yo, hecho un trapo, sudando a pesar del frío, con una especie de vacío en el estómago y la boca seca...

- ¿Qué, tienes miedo? -me preguntó Regalado.
- ¿Miedo? El que está cagado de miedo eres tú.

Hubo una explosión más cercana, a unos cien metros de los edificios, y luego volvimos a oír los motores de los aviones.

- Yo tengo miedo. ¿Y qué?

Tío Adolfo había pronunciado aquellas palabras sin moverse, con los ojos puestos más allá de la barricada, en el largo camino recto y vacío que llevaba al centro. Nos volvimos para mirarlo.

- No hay que avergonzarse -soltó al cabo-. Siempre y cuando uno cumpla con su deber.

Entonces la vi. Pilar bajaba a la carrera por una callejuela lateral y llevaba puesta la boina de su padre. Nos clavó a todos en el suelo con una mirada y luego se fue derecha a tío Adolfo. A mí, ni una palabra.

- Quiero un fusil -dijo.

- ¿Para qué? -contestó tío Adolfo, impasible.

El enfado de Pilar se acrecentó. ¿Es que hacía falta preguntar para qué? Abrió los ojos de par en par y señaló con el mentón los cuatro aviones en el cielo. Casi sin proponérselo, como por instinto, le fuimos siguiendo la mirada y por eso las vimos muy bien: dos bombas, una detrás de otra. La primera cayó más o menos en medio del cementerio, y aquí paz y después gloria, pero la segunda le dio a una de las últimas casas del barrio, que se desmoronó replegándose sobre sí misma, casi sin hacer ruido, estrujada entre cascotes y polvo. Nosotros estaríamos a unos

seiscientos o setecientos metros, pero el viento había limpiado el aire y llegamos a ver a la gente que huía y la furgoneta de la Cruz Roja que se acercaba.

- Vete a casa -le grité a Pilar en cuanto pude abrir la boca-. Te he dicho que te vayas.

Dudo que vuelva a ver en mi vida tanto desprecio en una mirada. Y me estuvo bien empleado: yo había hablado por hablar, porque estaba convencido de que ésa era la manera de comportarse con la mujer que es tuya; aunque en el fondo me hubiera gustado que estuviera ahí a mi lado, no podía permitirlo. Para variar, tío Adolfo cazó el asunto al vuelo:

- Tú, quieto -me dijo a mí, y luego cogió a Pilar del brazo y le explicó que nosotros estábamos muy dispuestos a darle un fusil, pero resulta que no había municiones. Entonces, yo también caí en la cuenta. Me acerqué intentando lucir mi mejor sonrisa y haciéndome el tierno.

- Tío Adolfo tiene razón -le dije con mucha calma-. Si te quedas, corres el riesgo de quitarle municiones a los compañeros y no vas a servir de mucho. A estas alturas, tenemos más hombres y fusiles que balas. Lo que nos vendría muy bien es que organizaras a la gente en los edificios, llevando a los viejos y los niños a un lugar a resguardo de las bombas. Y no te preocupes: tú y yo nos

vemos luego, en el punto de encuentro, en casa de Lalo el Nieto, no te olvides...

Le di un beso en la frente y la miré: estaba perpleja, indecisa. Me clavó los ojos primero a mí, luego a tío Adolfo y también a Armando, que andaba por ahí.

- Si no vienes, te mato -me soltó al final, sorbiéndose los mocos, y se fue corriendo.

Allá arriba, encima de nuestras cabezas, los aviones volvían en formación hacia la base de León. De Pumarín, detrás de la colina, nos llegó el ruido de los primeros disparos y oímos las ráfagas de las ametralladoras.

Nueve muertos, nos dijeron. Nueve muertos y doce heridos en el edificio aquel, y ahora nos tocaba a nosotros: las metralletas eran las del Tercio que avanzaba, junto con los marineros y los Regulares. Mil soldados y cuatro bombarderos contra unos sesenta hombres en las barricadas, más algún que otro grupo, armado de rifles y pistolas, que daba vueltas por la ciudad.

Los militares fueron subiendo al Pumarín, ahora totalmente desprotegido, como si participaran en un desfile. Al llegar arriba, se dividieron: una columna tomó el cementerio y la otra se enfrentó a tres compañeros atrincherados en un grupo de casas en un extremo del barrio. Los nuestros disparaban con tino, tanto que un sargento del Tercio y seis

soldados se quedaron ahí fritos, pero ellos barrían el terreno con las ametralladoras y con las bombas de mano.

Al cabo de diez minutos, se hizo un silencio total. Nuestros tres compañeros, despachados, y, en la cima de la colina, una marea hormigueante de feces y gorras militares que avanzaba rápidamente hacia nosotros. Fue entonces cuando los vimos de cerca; bueno, lo que vimos primero fueron las granadas que explotaban a treinta metros de las barricadas y, tras el humo, el Tercio que acababa de alinearse a ambos lados de la calle.

- No disparéis todavía -gritaba tío Adolfo entre bomba y bomba, pero Regalado ya se había soplado la mitad de las balas.

A mí me sudaban las manos y me escocían los ojos por el humo. Arrastrándose casi para mantenerse a resguardo, Armando se me acercó y me dio una palmadita en el hombro.

- ¿Qué tal ha ido con Pilar?

Me lo preguntó sonriendo, y luego, sin esperar contestación, volvió a su puesto. Tardé unos diez segundos en reaccionar, pero al final me levanté y lo llamé.

- Vete a la mierda -le grité.

- Tu padre -me contestó chillando.

La ráfaga nos pilló a los dos, a mí de refilón en el hombro derecho, a él en pleno pecho. Mientras caía, iba oyendo a tío Adolfo que gritaba: «Joder...» Me fui de bruces contra el suelo, y me dolía más la cara que el hombro. Movía la lengua en la boca y notaba cómo la piel se me desprendía a trozos.

Cuando abrí los ojos, vi a Armando tendido unos metros más allá, que me miraba, sin asomo de sorpresa o miedo. Desde detrás de sus gafitas, el chico observaba la muerte que se le acercaba. La ráfaga casi lo había partido en dos y perdía sangre a chorros, manchándolo todo de rojo. Se fue de puntillas, cerrando apenas los ojos. Pobre Armando... Entonces, aún valía la pena morir por una idea. Si hoy siguiera vivo... ¿Sabe usted qué le digo? Que éste es un siglo de mierda: ha ido devorando lentamente todos los ideales, derrochándolos en las tragedias de los primeros cincuenta años, quemándolos como si estuvieran metidos en un horno, y luego nos ha ido engatusando con esa paz de pacotilla para que a nadie se le ocurriera buscar otros. El resultado, a la vista está: nada en que creer, nada en que confiar... Es como si a la gente siempre le faltara tiempo, como si sólo tuvieran los minutos contados para ocuparse de sí mismos y punto. Dicen que no hay ideales por los que valga la pena morir o matar, y dicen bien, pero se me ocurre que quizás en estas palabras se esconda cierto desprecio, cierta indiferencia por las ideas y por los hombres: nada tiene valor y lo mejor es no jugársela. Armando, no. Tal vez porque era joven, él creía en

lo que hacía. Y los demás, lo mismo. Sólo que al verlo ahí tieso, despatarrado y con la sangre que se le iba secando encima, me entró un miedo de la hostia: de momento le había tocado a él, pero la muerte acababa de rozarme y seguro que había tomado buena nota de mi existencia y había apuntado mi estúpido nombre en su libreta.

Regalado lloraba a lágrima viva, diciendo que teníamos que llevarnos el cadáver, y mi tío le contestó que tarde o temprano, de una manera o de otra, nos iríamos todos. Cuidándose de mí estaban José el Calavera, Gerardo Gómez y Diego Vigón, y al rato también se acercó tío Adolfo.

- ¿Tú qué tal? -me preguntó.

No le contesté, entre otras cosas porque las bombas de mano explotaban cada vez más cerca y no hubiera podido oírme. Les pedí al Calavera y a Gerardo que me ayudaran, recogí el fusil y me levanté. Entre tanto humo, disparé como Dios me dio a entender, con la sangre que me resbalaba con un sabor dulzón garganta abajo y el hombro magullado. Disparé mis trece cartuchos con una calma rara, casi con alegría, y creo que le di a un par de aquellos hijos de puta mientras se estaban alineando para el último ataque. Disparé hasta que una granada abrió una brecha en el otro extremo de la barricada: dos bidones saltaron por los aires y fueron rodando calle abajo. Fue entonces cuando tío Adolfo nos mandó retirarnos.

- ¡Basta! -gritó-. Tenemos que largarnos.

No fue una retirada en condiciones. Huimos al tuntún, sin orden ni concierto. Yo iba apoyándome en Regalado, pero al cabo de unos cien metros me metí en un portal. Detrás de nosotros se había quedado Armando, tirado en el suelo de cualquier manera, y José el Calavera, de pie, clavado como un palo al lado del muerto.

- ¡José! -le grité, pero no me oyó. La bala le dio justo entre ceja y ceja, un agujero chico como cabeza de alfiler que le dejó grabada en la cara una sonrisita taimada. A lo mejor es que había decidido que aquél y no otro era el sitio donde quería morir... Pero a esas alturas, yo también estaba bajo el fuego de las ametralladoras. Me había quedado rezagado y tío Adolfo me llamaba. Eché a correr y una explosión justo detrás de nosotros nos dispersó por las callejuelas laterales, cada cual por su lado.



José "Calavera". El último libertario de
la última barricada de El Llano

Me había quedado solo, pero no tenía tiempo de pensar en eso. Los legionarios estaban ocupando ya todo El Llano y se dedicaban a forzar las puertas de las casas, disparando al aire y saqueando. A los hombres, o los apresaban y se los llevaban derechos a la Iglesiona, o los fusilaban ahí mismo. Me dijeron luego que a muchas de las mujeres las habían violado. Yo corría, corría con los oídos taladrados por las explosiones, los gritos, las ráfagas de las ametralladoras y el estrépito de las puertas que cedían bajo los golpes de culata. Llegado al Coto, en la esquina de Duque de Rivas con La

Tejerona, vi a cuatro soldados que se metían entre pecho y espalda una botella de coñac que habían pillado por ahí. Partían el cuello de las botellas con las bayonetas y luego bebían a morro. Reían.

Volví atrás y me metí por los campos de Ceares. Ahora sí que me dolía el hombro y me notaba fuego en la boca... No tenía ni la menor idea de adónde ir. Entre aquel lugar y la fábrica de Orueta, suponiendo que ahí nos esperaran las camionetas para la evacuación, estaba El Llano con el Tercio y los Regulares. Lo único que podía hacer era bajar a las alcantarillas o ir bordeando un buen trecho del río hasta las afueras, por el lado de la carretera hacia Pola de Siero. Luego... lo de verme con Pilar vendría más tarde. En ese momento se trataba de sortear a los legionarios. Estaban en todas partes; dondequiera que miraras veías de lejos los uniformes y oías los disparos. Me fui a campo traviesa, por detrás del cementerio. La tierra que pisaba era blanda y el viento traía a rachas el olor del humo y del polvo. Cuando llegué al río, me senté en la ribera a descansar. Escupí un coágulo de sangre y luego me miré la manga de la camisa: ahí también había sangre, e incluso resbalaba por los puños. En el cielo, las nubes se habían ido acumulando, pero aún no llovía. De haber querido un tiempo tristón, ideal para pensar en Armando, no hubiese podido pedir nada mejor.

El descanso me duró un minuto escaso, porque carretera arriba vi una columna de camiones repletos de soldados.

Hice lo único que podía hacer: solté el fusil y me eché al agua; estaba helada, pero noté una quemazón en cuanto me tocó el hombro. El último de la fila de aquellos jodidos camiones fue el que se paró. Seguramente alguien me había visto, porque de la parte de atrás bajaron dos soldados y se precipitaron terraplén abajo. Me sumergí, nadando con las piernas y con un solo brazo en el agua sucia, mezcla de río y cloaca, que disimulaba el rastro de mi sangre. Cuando volví a levantar la cabeza, aquellos dos aún estaban en la orilla oteando, con mi fusil en las manos. Volví a sumergirme, y no sé cuánto tiempo me quedé ahí, moviéndome muy despacio, las ideas revueltas y sin poder respirar. El tiempo... El tiempo es fundamental, ¿no le parece? Sin él, ni siquiera existiríamos, pero nos pesa; estamos clavados a él como Cristo en la cruz. El que pasé metido bajo el agua, a mí me pareció eterno, pero al final conseguí alejarme lo suficiente. Un poco más allá del punto en que me había tirado al agua, el río se estrechaba porque había una roca que se alzaba en el medio. Ella me salvó. Me quedé detrás de la peña, en la corriente, esperando a que el camión se marchara. Luego, venga a caminar y nadar, a nadar y caminar una hora o dos, hasta que el río se convirtió en un arroyo que iba bajando atropellado por un bosque de abetos y acacias, hasta que las casas de Gijón no fueron más que una masa gris y

desdibujada bajo el cielo plúmbeo, jalonada de tanto en tanto por el humo de los incendios. A duras penas tuve fuerzas para subir un pequeño talud; luego caí redondo en un prado, y adiós muy buenas.

No sabía si soñaba o si de verdad Mariano estaba allí, sacudiéndome el hombro y llamándome. Abrí los ojos lentamente, igual que la persiana de una tienda, chirridos incluidos. Ya era de noche.

- ¿Qué coño haces durmiendo? -me dijo Mariano-.

Anda, despierta. Tenemos órdenes de ir hacia Oviedo.

- Y a ti ¿quién te lo ha dicho? -farfullé.

- He visto a José María Martínez y a su gente.

No era un sueño, entre otras cosas porque aquel dolor terrible en el hombro a nadie se le hubiera ocurrido soñarlo.

No obstante, tardé un rato en acordarme de quién era, dónde estaba y qué hacía. De repente, entre tanto pensar enmarañado, me acordé de ella.

- ¿Dónde está Pilar?

- Supongo que con los demás. No te preocupes. Ahora mismo poco puedes hacer... A lo mejor vuelves a verla en Oviedo.

Sí, a lo mejor. Y luego...

- Armando ha muerto -susurré.
- Lo sé. Me lo han dicho -contestó Mariano. Tenía ganas de llorar, pero esboqué una sonrisa.
- Mira que ir a morirse justo ahora... Ésa no se la perdono.
- Yo tampoco, pero haz el favor de levantarte, tenemos que irnos.

Cuando nos pusimos en marcha, me di cuenta de que mi desmayo había durado diez horas, y en esas diez horas casi todo se había resuelto. A las doce del mediodía había aterrizado un helicóptero en la carretera del Musel, trayendo al coronel Yagüe, un duro, un falangista, un tipo que se había pasado media vida mandando a los Regulares de África. Había llegado a tiempo para asistir a los últimos enfrentamientos en El Llano y luego se había dedicado a organizar una columna que marchara hacia Oviedo. Resumiendo, ese dichoso 10 de octubre Gijón había caído. En la calle Corrida, los burgueses de la ciudad se habían asomado a los balcones para aplaudir a los moros y a los legionarios que desfilaban con un botín de muchos muertos y pocos prisioneros. Mientras tanto, también los soldados de López Ochoa, que habían salido de Avilés, estaban a punto de llegar a Oviedo. Bonifacio Martín, un viejo diputado

socialista, había sido tomado como rehén por el camino y lo habían fusilado a sangre fría. En ese momento, había enfrentamiento en la Correduría, muy cerca ya de Oviedo, pero los nuestros se veían negros para bloquear la columna. Precisamente con éstos, con las tropas de López Ochoa, era con quienes teníamos que andarnos con mucho ojo. Si nos equivocábamos de camino en la montaña, si no dábamos un gran rodeo, acabaríamos en la boca del lobo.

Éramos unos diez hombres y nos encaminamos primero por un sendero cavado en la tierra que parecía un torrente seco, y luego, venga a subir y bajar de un pico a otro, siempre lejos de la carretera, evitando incluso los caseríos, por miedo a que aquellos hijos de puta hubieran acampado por ahí. Vamos, que si no llegamos a tener buenas piernas... Íbamos avanzando en una oscuridad tan negra y densa que se te pegaba al cuerpo. A duras penas veía la espalda del compañero que tenía delante, en cambio, oía su respiración, la mía, nuestros pasos, el latido del corazón en las sienes, alguna que otra lechuza molesta por nuestra presencia. A veces, cuando el viento soplaba hacia el este, nos llegaban de muy lejos unos disparos aislados de mortero o de cañón, explosiones, tiros de fusil...

Hacia las tres de la madrugada, la columna se paró. Mariano mandó a Regalado que fuera a explorar. Tras cinco minutos de negrura y silencio, nuestro amigo nos hizo una señal

cubriendo por tres veces una cerilla con la mano, y entonces pudimos cruzar la carretera de Gijón y volvernos a meter bosque adentro. Poco después de las cuatro llegamos cerca de la cima del Naranco. Desde arriba del monte, los nuestros disparaban contra la ciudad con dos cañones viejos. Lo más probable es que ya andaran escasos de municiones porque los disparos se oían muy espaciados. Abajo, recostada en su valle, estaba Oviedo, llena de luces que revoloteaban en la neblina. Eran incendios. Se estaba quemando el convento de San Pelayo, ardía el teatro Campoamor, justo enfrente del cuartel de Santa Clara, ardían los juzgados... Y las llamas aquellas, allá, a la derecha... ¿no sería la redacción del Avance? Mierda... Si eso era la guerra en serio, no le veía maldita gracia. Ya me costaba lo mío apechugar con la sangre que llevaba en la boca, con ese dolor en el hombro que me hacía ver las estrellas cuando se le antojaba, con el recuerdo de Armando y Pilar... Ganas tenía de quedarme ahí mirando, quieto, como si aquel desastre nunca hubiera ocurrido.

- Necesito descansar un rato -dije.

Imposible. Entramos en Oviedo antes de que amaneciera, aunque por encima de la montaña se veía ya una raya de luz casi violeta. Poco a poco, se fue haciendo rosa, amarilla, azul, hasta disolver la neblina que nos rodeaba. Entonces fue cuando vimos la ciudad cara a cara. Imagínese usted un

terremoto: casas derrumbadas, incendios, calles destruidas, cartuchos tirados por todas partes, camionetas repletas de gente que iban arriba y abajo, y ese olor que ya reconocía, olor a pólvora y dinamita, a tierra y escombros, olor penetrante a carne quemada... o eso me pareció a mí. Dios sabe si lo notarían también los tres obreros con el fusil en ristre que estaban patrullando en el cruce.

- Venimos de Gijón -les dijimos-. ¿Tenéis idea de dónde está el puesto de mando?

- Puede que en el banco, cerca del Ayuntamiento, que es donde estaba ayer, pero mejor cruzáis el parque, porque en la calle Uría está la Guardia de Asalto practicando el tiro al blanco.

Nos fuimos hacia el centro con pinta de huérfanos que se hubieran escapado del hospicio. Nadie sabía bien adónde ir, y en cuanto oíamos un disparo de cañón desde el Naranco o una ráfaga de fusil, nos mirábamos, preguntándonos si debíamos seguir adelante o volver atrás. Cruzamos el parque, donde todo estaba tranquilo, y luego nos metimos por las callejuelas estrechas del barrio Viejo.

A mí me costaba un montón mantener el paso, aunque ya no llevara el fusil al hombro. Tenía el brazo resentido y hacía dos días que no probaba bocado. Regalado me vio y me esperó.

-¿Quieres que te lleve a hombros? -me preguntó.

- No -le contesté-. No te preocupes, ya me las arreglo.

El comité revolucionario se había aposentado entre los mármoles y espejos del salón del Banco de Crédito Español, muy cerca de las líneas de combate. La noche anterior habíamos tomado el Palacio de Justicia, pero la lucha continuaba en el Palacio de Gobernación, a unas dos manzanas de ahí, delante del convento de San Pelayo, que estaba en llamas.

El vestíbulo estaba de bote en bote: había un barullo de gente que gritaba, que trajinaba llevando cajas, que recibía a los jefes de grupo. De vez en cuando llegaban heridos, y los colocaban en fila a lo largo de una pared, esperando a que apareciera el único médico disponible.

- ¿Te has fijado? -me dijo de repente Regalado-. Está Graciano Antuña.

No me diga que no se acuerda de quién era... Ya van tres veces que le repito que era el presidente de la Federación Socialista de Asturias. Y luego dicen que los jóvenes tienen más memoria que los viejos... Bueno, pues resulta que estaban también Ramón González Peña, otro dirigente socialista; Martínez Dutor, el consejero militar del comité revolucionario, y Carlos Vega, el que había suscrito la Alianza Obrera en nombre del Partido Comunista. Cuando nos vio,

Vega hizo una mueca rara, como si le diéramos lástima, creo. Nos miró y remiró, y luego sonrió.

- Un poco más y os caéis redondos -soltó. Luego les pidió a dos compañeros que estaban por allí sentados que nos trajeran algo de comer.

Un santo varón aquel Carlos Vega. Como para ponerlo en un altar, no importa que fuera comunista. Así que nos dieron leche calentita y un poco de pan. Aunque me doliera al masticar, no tardé nada en dejar la taza vacía y me quedé con la cara pringada, como Marcial cuando tenía un año y me escupía la papilla. Qué duro es pasar hambre...

- ¿Te encuentras mejor ahora? -me preguntó Mariano con una sonrisa triste.

- Mejor que nunca -contesté.

Acababa de decirlo cuando solté tres estornudos seguidos. Qué más quisiera que estar bien: para colmo de males, había pillado un resfriado.

Todo parecía tan fácil, tan próximo, y en cambio... Francamente, la situación era absurda, porque en verdad aquella mañana en Oviedo nosotros casi controlábamos la ciudad, excepto el Palacio de Gobernación, un grupo de casas en la calle Uría, la cárcel Modelo y los cuarteles de Pelayo y Santa Clara. Habíamos tomado la catedral poco después del amanecer y ahora sólo nos quedaba echarle el guante a unos cuantos guardias de asalto apostados en el campanario. También era verdad que, al caer el teatro Campoamor, el cerco alrededor del cuartel de Santa Clara se había estrechado. Sabíamos que la cárcel no iba a resistir mucho más, que la ofensiva contra el Palacio de Gobernación progresaba, que en el cuartel de Pelayo, la gente, sin agua casi, con poca comida y la moral por los suelos, estaba a punto de rendirse, pero también sabíamos que se nos agotaban las municiones y que las máquinas que recargaban cartuchos a duras penas podían abastecer unos doscientos o trescientos hombres. Los ocho mil que quedaban, cansados, deshechos, obligados a estar mano sobre mano sin poder usar los fusiles, ya llevaban cinco días desplazándose bajo el fuego enemigo. El comité sabía que las tropas del coronel Yagüe iban avanzando desde Gijón,

que sin municiones para las ametralladoras nos iba a ser imposible mantener a raya la columna de López Ochoa, que aún estaba en la Corredoría, en las afueras de Oviedo. Sabía que en el frente sur, en Campomanes, estaban reuniéndose tropas venidas de Tetuán y Barcelona. Sabía, o quizá sólo intuía, que ahora el ejército podía concentrar sus fuerzas ahí porque en el resto de España la revolución había fracasado. Además, ¿qué podíamos hacer contra unos aviones que tiraban bombas al buen tuntún y entregaban balas y provisiones a los soldados?

Sin embargo, los que estábamos al pie del cañón no nos resignábamos y seguíamos pensando que hacía falta un empujón más, el último: si Oviedo caía, tendríamos a nuestro alcance municiones para veinte mil hombres. Entonces sí que podríamos defender la ciudad, con el respaldo de la cuenca minera. A tomar por culo el comité. Ni ejército ni hostias. Por eso, casi por inercia, porque a esas alturas nadie tenía huevos para dejarlo todo y largarse dejándolos ganar por las buenas, aquella dichosa mañana del 11 de octubre recibimos la orden de atacar, y de atacar así, de cualquier modo, con las pocas pistolas y la poca dinamita que teníamos, con los últimos obuses que quedaban, con o sin espoleta, con todas las balas que pudiéramos juntar.

Graciano Antuña, subido a una balaustrada, iba diciendo que había que concentrar el ataque en dos objetivos: el cuartel de Pelayo y la columna de López Ochoa. Mientras tanto, los demás escuadrones seguirían acosando la cárcel y el Palacio de Gobernación. Nosotros, venga a pedir instrucciones. Me pusieron un fusil en las manos, pero ni una miserable bala. O sea, como siempre... Cuando nos cruzábamos con alguien, todo el mundo nos pedía explicaciones de cómo y por qué había caído Gijón, de qué había hecho el Tercio y los demás; luego torcían el gesto, nos daban una palmadita en el hombro y sanseacabó.

- ¿Habéis visto a otros compañeros de Gijón?
-preguntaba yo, con la esperanza de que tarde o temprano volvería a encontrar a Pilar.

Nadie sabía nada, o en todo caso lo que me decían era tan vago que no valía la pena hacerse ilusiones. Fui a dar una vuelta con Mariano y Regalado, y en media hora nos dimos cuenta de lo que pasaba... Horacio Argüelles tenía más razón que un santo: después de seis días de revolución, cada cual iba a su aire, y decidía por su cuenta si debía quedarse en primera línea o irse al pueblo a descansar, pelear en un frente o en otro, disparar a derecha o a izquierda, participar en una acción de combate o quedarse apartado a la espera de mejores directrices... Vamos, un disparate. Incluso nosotros, que en el fondo no éramos más que unos

chiquillos, nos dábamos cuenta de que algo fallaba, pero le aseguro que la mayoría de los compañeros iba por ahí con la muerte pegada al cuerpo como una mosca en lomo de mula, y tan tranquilos. Había que ver a los mineros metidos en lo que quedaba del convento de San Pelayo, esquivando las llamas del incendio, trepando por los muros ya casi derruidos y bombardeando el Palacio de Gobernación con dinamita, y los había que, desafiando el tiroteo de primera línea, recogían los cartuchos en grandes cestas y se los llevaban a recargar. Vaya par de huevos...

Daba coraje quedarse ahí parado, sin poder hacer otra cosa que mirar. Nos unimos al montón de gente que se movía entre las líneas de combate con los fusiles descargados, esperando poder hacer algo de utilidad.

- ¿Habéis visto a otros compañeros de Gijón? -iba preguntando yo a todos los que pasaban, hasta que a Mariano se le acabó la paciencia.

- ¿Es que no te das cuenta del follón que hay? ¿Cómo van a saber si uno es de Gijón, de Mieres o de Sama? Tú te has chalado...

- Pues eso -contesté yo medio cabreado. Parecía mentira que no entendiese que estaba preocupado por Pilar.

- No os peleéis, coño -soltó Regalado.

Se plantó entre los dos sonriendo y nos abrazó desde sus casi dos metros de altura. De repente, nos empujó al suelo. Oí el ruido de una ráfaga muy breve y luego vi que saltaban hasta la calle unos pedazos de revoque. Los tiros habían dejado en la pared a nuestra derecha tres agujeros grandes como puños. Entonces fuimos arrastrándonos hasta un pequeño patio y ahí nos resguardamos detrás de una escalera.

Estábamos a salvo gracias al bendito de Regalado, el único que en el último momento se había dado cuenta de que habíamos llegado a pocos metros del café Cervantes, desde donde disparaban los camaradas, y que enfrente teníamos a un guardia de asalto que nos apuntaba desde una ventana detrás del cuartel de Santa Clara. ¿Cómo era posible que yo no oyera los tiros, que no viera aquel uniforme azul? Qué guerra más rara... En la escuela de las Juventudes me habían explicado que en las ciudades se peleaba esquina por esquina, ocupando una calle tras otra, pero ahí conquistabas el objetivo entrando en las casas, cruzando tejados y patios. Tanto si combatías como si no, no podías estar tranquilo ni siquiera en tu propia casa. Después de aquello, más nos valdría tenerlo en cuenta. Estornudé y enseguida noté una punzada en la boca y otra en el hombro.

-¿Quieres callarte? -me soltó Mariano.



Ramón González Peña

Lo dejé correr, entre otras cosas porque estaba pasando Ramón González Peña, seguido por un grupo de compañeros. Fuimos tras él un rato, mientras se dedicaba a inspeccionar unas líneas en la calle Uría, intentando convencer a los jefes de brigada que no valía la pena exponerse demasiado, que sin municiones era una tontería dejarse masacrar en tantos ataques frontales, pero no había manera de que entraran en razón. Después de tantos días de fuego cruzado, ya no razonaban y sólo pensaban en conquistar el objetivo; tomar aquellas casas se había

convertido casi en una obsesión. Lo mismo pasaba en el cuartel de Pelayo. Llegamos pasadas las doce, entre mucho trajín de ambulancias y camionetas que circulaban sin descanso y bajo un cielo que se iba cubriendo de nubes. Al dar la vuelta a una esquina, nos encontramos en un enorme descampado. Al fondo a la derecha estaba el cuartel: cinco grandes edificios de tres pisos, lejos de la carretera, protegidos por un muro y una verja de tres metros de alto. Los nuestros estaban todos en el descampado, tragando polvo bajo el fuego constante de las ametralladoras. La primera línea disparaba desde el suelo a unos trescientos metros de la verja, y unos metros más atrás estaba la reserva, que ya se había quedado sin municiones. Los nuestros llevaban días intentándolo de mil maneras: como el cuartel estaba lejos de la carretera, era difícil usar dinamita, así que lo habían probado disparando con los cañones desde el Naranco, con piezas de artillería robadas en la fábrica de Trubia, con un tren blindado que disparaba avanzando por unas vías cercanas y se refugiaba luego en un túnel. Ni por ésas. Metidos ahí dentro, sin nada que comer ni que beber, parecía evidente que caerían de un momento a otro, pero el día anterior, cuando las cosas estaban ya a punto de caramelo, mira tú por dónde llegó la aviación y nos bombardeó, y ahí estábamos ahora, gastando las últimas balas.

De vez en cuando, alguien se precipitaba contra la verja y trataba de escalarla para entrar en el recinto. Estaban locos, porque los del cuartel no fallaban un solo tiro.

- ¿Habéis visto? -pregunté.

Yo me refería a los compañeros que morían, pero lo único que vieron Regalado y Mariano fueron las dos chicas que llegaban trayendo una olla muy grande.

- Sólo piensas en comer -me soltó Mariano con cara de asco.

A los cinco minutos estábamos apoyados en una pared con otros compañeros del sindicato textil, zampándonos dos cuencos de sopa.

Los cañonazos y las ráfagas de ametralladora eran ahora unos simples ruidos, unos rumores lejanos mezclados con el polvo y el humo. Yo no me pude aguantar:

- ¿Habéis visto a otros compañeros de Gijón? -pregunté.

Los del sindicato negaron con un gesto de la cabeza.

Mariano quitó la ceniza de la punta del pitillo con la uña del meñique, luego soltó un suspiro y miró a lo lejos, con la vista fija en un chopo enclenque que crecía frente al cuartel. Yo estornudé un par de veces.

- Salud -me dijo Regalado.

Martínez Dutor llegó alrededor de las dos. ¿Que quién era? Pero si se lo he dicho hace cinco minutos. Era un ex sargento del ejército que se había pasado a nuestro bando y ahora hacía de consejero militar, ¿estamos? Bien... Pues resulta que el hombre pasó justo por delante de nosotros hecho un basilisco y se paró allí cerca para discutir con los jefes de brigada. Dicen que las mujeres son curiosas por naturaleza, pero nosotros nos pusimos de pie despacito y nos acercamos para oír mejor el rapapolvo.

- ¿Es que estáis locos de remate para dejaros matar así? -iba repitiendo.

Ya lo había dicho yo que la cagaban atacando de esa manera. Lástima que Mariano y Regalado no me hubieran entendido... Pero Martínez Dutor se giró y nos miró como si fuéramos un simple estorbo entre su persona y el horizonte. Nosotros bajamos la mirada y él volvió a hablar con los responsables.

- ¿Es que ya no hay dinamita? Pues, con ella atacamos juntos, uno por uno, todos los puntos estratégicos alrededor del cuartel, reventamos la verja por dos o tres sitios, ya está. ¿Comprendéis?

Decirlo era fácil, y nadie tenía valor para contarle lo que el hombre no sabía. Lo seguimos casi sin darnos cuenta

mientras hacía la inspección, hasta que llegó a una esquina de la pared donde nuestros cañones, desde el Naranco, habían abierto un boquete de unos metros de ancho. Uno de los jefes de brigada lo avisó.

- No pases por ahí, que quedas al descubierto.
- A mí las balas me tienen miedo.

Llevaba una mano en el bolsillo y sonreía como un chiquillo. Quizá confiaba en su buena suerte o a lo mejor se vio en la obligación de dar ejemplo a los que combatían... Se lanzó hacia delante. Le dieron en una rodilla, pero pudo volver atrás.

- ¿Lo ves? -le gritó el jefe de brigada.
- Lo que yo te decía: si llegas a ser tú, te dan en la cabeza.

Vaya gallito fanfarrón... Perdía sangre como un grifo y aún le quedaban ganas de hacer bromas. Cuando vimos que se caía al suelo, corrimos a arrastrarlo hasta un lugar resguardado. Mariano se sacó el pañuelo del bolsillo y se lo ató bien fuerte en el muslo, y luego lo metimos en un coche que lo llevó a un hospital del centro.

Aún estábamos mirando el coche que se alejaba, cuando de repente nos encontramos todos echados boca abajo en el suelo: aviones, diez como mínimo. Venían del oeste e iban

hacia la Corredoría. Cuando empezaron a tirar las bombas para abrir camino a la columna de López Ochoa, los del cuartel se pusieron chulos y les dieron a las ametralladoras hasta dejarnos clavados en el descampado. Municiones no les faltaban. Una media hora infernal, hasta que los aviones viraron clavando un ala en el cielo y se fueron hacia la cordillera. A partir de ese momento, hubo rumores para todos los gustos: que si Yagüe, con los africanos, había llegado hasta la Venta del Jamón, a quince kilómetros de Oviedo, o no, que ya estaba cerca del manicomio; que si Ochoa continuaba avanzando; que si el Tercio ya había reconquistado la fábrica de armas de La Vega; que si no era verdad, pues los nuestros resistían... No había dios que se aclarara.

De repente alguien tuvo la bonita idea de utilizar a los presos como parapeto humano para llegar hasta las puertas del cuartel y convencer a los soldados de que desertaran. Delante de nosotros desfilaron guardias de asalto, policías y curas, empujados por una veintena de compañeros nuestros.

Se abrieron paso entre las líneas y consiguieron llegar hasta el cuartel. Detrás iban los nuestros, gritando para hacerse oír por un grupo de soldados que había bajado al patio.

Yo observaba la escena desde lejos. Era confusa, nublada por el polvo y el humo, con el sonido defectuoso porque aún me

retumbaba en los oídos el terremoto de los tiroteos. Era como si todo aquello estuviera pasando en otro lugar, como si aquellas imágenes pertenecieran al recuerdo un tanto desvaído de alguien que no era yo. Me entraron escalofríos, luego estornudé dos, tres, cuatro veces, y por eso no oí los tres toques de trompeta. Lo que sí oí fueron los aviones que volvían, mientras Mariano me agarraba de un brazo y me sacaba de ahí; oí las ráfagas de las ametralladoras que barrían la calle a la izquierda del descampado, desde donde estaba entrando López Ochoa con sus hombres. Al darme la vuelta, mientras huía entre la muchedumbre, vi los primeros soldados de la tropa ya delante del cuartel, cerca de la verja.

-¡Más vale que corras! -me gritó Regalado.

Giré la cabeza, me colgué el fusil, y ¡pies para que os quiero! Corrí detrás de la gente que huía. Cruzamos a la carrera la calle que pasa por delante de la fábrica de armas, corrimos por las vías del tren y luego nos metimos por las callejuelas que hay detrás de la catedral. Sólo al llegar al Ayuntamiento pudimos darnos un respiro, entre un mar de hombres agotados que se dejaban caer al suelo o se apoyaban en las paredes, echando por la boca lo que se habían tragado en toda una vida de fumadores empedernidos.

Estaba claro que habíamos perdido: el silencio que me rodeaba y el cielo que ya se oscurecía a media tarde me lo decían. Tenía el frío metido en los huesos. Miraba los hilos

de vapor que salían de las alcantarillas y soñaba con una cama caliente y un plato de fabada.

-¿Qué tal si nos vamos a la central? -pregunté a los otros dos.

La idea era buena, pero nada original. En el vestíbulo del banco se habían refugiado cientos de compañeros. Buscaban un poco de calor, como nosotros, y esperaban recibir instrucciones. ¿De quién? De los jefes sólo quedaba Carlos Vega. Según nos dijeron en la central, los demás miembros del comité se habían ido a una reunión a la leprosería de San Lázaro. Habían escogido aquel barrio para evitar ser rodeados, y porque además, en caso de necesidad, siempre podrían valerse, como retaguardia, de las milicias de la cuenca minera.

Lo que pasó en esa reunión me lo contó mi tío Adolfo un año después. A él se lo había contado otro pariente mío, el Lavilla aquel que trabajaba en el *Avance*, ¿se acuerda? Y éste, por otra parte, sólo lo sabía de boca de Graciano Antuña. Bueno, la cosa es que resultó dramática. Le tocó a González Peña resumir la situación: en el resto de España, la revolución había fracasado, Asturias se había quedado sola, aislada por todos lados y sin municiones. Por desgracia, no quedaba más remedio que dar la orden de retirada, pero había que decidir si replegarse con las armas hacia la cuenca minera o abandonar muy poco a poco todos los frentes y

esconder los fusiles para evitar que nos pillaran armados. José María Martínez estaba a favor de esta última propuesta; en cambio, Juan José Manso, uno de los comunistas que participaban en la reunión, se oponía a todo, diciendo que aún podíamos ganar y que los verdaderos revolucionarios no se rendían a la primera.

-No son más que ilusiones -soltó Peña-. Luchar en estas condiciones es suicidarse. Morir porque sí, sin ningún provecho para la clase trabajadora, no es lo mío y no me veo con ánimos de dar esa orden a nadie, ¿estamos?

Al final se aceptó sin objeciones la propuesta de José María Martínez, pero decidieron esperar hasta la mañana para comunicarlo. Menuda tomadura de pelo... Nosotros allá, como tontos, metidos en el vestíbulo del Banco de Crédito Español, apretujados como pitillos en un paquete sin estrenar, esperando hacernos con un plato de sopa o un poco de pan, y mientras tanto, ellos... Hacia las cuatro de la madrugada, Mariano me despertó para contármelo: nadie sabía bien si teníamos que retirarnos, pero lo que sí se sabía era que el comité había cogido un buen puñado de dinero de la filial del Banco de España y se había largado a altas horas de la noche.

¿Cobardes, traidores...? Eso es mucho decir, teniendo en cuenta que esta gente se había pasado seis días en primera línea, pero la verdad es que enseguida empezaron las discusiones. Los comunistas nos buscaban las cosquillas sobre todo a los socialistas, como si nosotros tuviéramos la culpa de todo, y no paraban de decirnos que éramos unos miedicas, cabrones y renegados.

¿Que qué opino yo? Pues, lo de dejarlo no era una mala decisión, pero hubieran tenido que organizar mejor la retirada, y los jefes, joder... Los jefes hubieran tenido que quedarse hasta el final, hasta que el último camarada estuviera a salvo. Al cabo de uno o dos días muchos de ellos volvieron a sus puestos de combate, pero por aquel entonces el mal ya estaba hecho, y ellos tuvieron la culpa del caos de aquella noche. La gente se iba trasladando de una zona a otra en un ir y venir frenético de coches y camionetas... Había quien no quería ni hablar de dejarlo y se negaba a subirse a los camiones, y quien, sin esperar siquiera a que se confirmaran los rumores, lo dejaba todo y se volvía a su casa, pero la mayoría se quedó. Ya estábamos en

el fregado, montados en una ola que quizá no sabíamos cómo parar, así que nosotros tres tampoco tomamos ninguna decisión: nos quedamos ahí con los demás y punto.

Cuando amaneció seguíamos caminando entre los incendios y las casas bombardeadas. No había niebla y un viento frío del Cantábrico barría el cielo. Desde la azotea de un edificio de tres pisos, veíamos los contornos de una luz gris sobre las montañas y los campos de los alrededores de Oviedo, que ya no eran verdes sino de un marrón desvaído, pues las bombas habían revuelto la tierra y quemado los árboles.

- ¡Qué desastre! -dijo Regalado.

- Y no ha hecho más que empezar -murmuré yo. Nadie me contestó. Nos quedamos todos en silencio, con la nariz metida en las solapas de la chaqueta y las manos en los sobacos. Hacía un frío de la hostia, y nos helábamos mientras esperábamos el desayuno en una cola de nunca acabar que torcía por la esquina del parque San Francisco y llegaba hasta los puestos donde el día anterior habían trasladado el comedor popular. Pero incluso aquel tazón de leche se nos atragantó cuando nos dijeron que unos niños de Sotiello habían encontrado a José María Martínez tendido en las vías del tren con su fusil al lado y una mancha de sangre en el pecho. Dicen que sonreía y que no parecía muerto.

Me hubiera gustado tener a mano un buen refrán, una de esas sentencias que, cuando las cosas se tuercen, tú la sueltas y parece que se arregla un poco el mundo, pero no me sabía ni una. Sólo se me ocurrió decir algo que mejor me hubiera callado.

- Tarde o temprano, vamos a acabar todos así -susurré.
- ¿Quieres dejarlo ya? -renegó entre dientes Mariano, que, para alejar el mal fario, se tocó los huevos.

Mientras rondábamos por ahí para intentar saber a qué atenernos, Mariano y Regalado apenas hablaban conmigo. Preguntábamos a los que iban en los camiones; a los que habían encontrado algo de municiones y se disponían a ir a hacerles frente a los moros del coronel Yagüe en la colina donde estaba el manicomio; a los que iban y venían como nosotros desde la central al Ayuntamiento con el fusil colgado del hombro y los dientes bien apretados para no tragar el aire helado; a los que buscaban calor cerca de los fuegos de los incendios. Al final, conseguimos saber que habría una asamblea de los jefes de brigada.

- Va a ser a las diez, en la plaza del Fontán nos dijo un tipo que casi iba bien vestido y me pareció clavado al tío Adolfo, aunque mucho más alto-. Si os acercáis, a lo mejor os enteráis de algo.

Cuando llegamos, la asamblea ya había empezado, pero no tardamos mucho en ver por dónde iban los tiros: los que estaban ahí tenían ganas de pelea. Iban gritando «mueran los traidores», estaban convencidos de que aún podíamos ganar. Nosotros tres, sentados en las escaleras de la iglesia, un poco apartados, asistimos a la elección de un nuevo comité formado por cuatro comunistas, Juan José Manso entre ellos, tres miembros de las Juventudes Socialistas y un representante de la CNT.

- ¿Se puede saber qué estáis mirando? -les pregunté yo a los otros dos-. Será mejor que me calle...

Cuatro horas más tarde, después de franquear la maraña de callejas a los pies del manicomio, el coronel Yagüe y sus africanos estaban ultimando una maniobra envolvente en el sur de Oviedo con la intención de llegar a la fábrica de armas. Mientras tanto, el comité se había reunido en el chalet de Herrero, en la plaza San Miguel, con la idea de organizar la resistencia; pero ¿cómo? Contábamos en total con unas mil balas, nuestros cañones en el Naranco, faltos de proyectiles, permanecían callados, oíamos el ruido de los aviones que volvían y las explosiones de los bombardeos... Nos habían arrinconado en esa pequeña zona de la ciudad que desde el Ayuntamiento iba hasta el barrio de San Lázaro. Saltaba a la vista: los militares se habían dado cuenta de que las fuerzas nos flaqueaban y se disponían a largar el ataque

definitivo. Sin embargo, el nuevo comité, erre que erre, seguía dando la orden de combatir. Valor no les faltaba, no señor, pero dadas las circunstancias, el valor en sí no era suficiente.

Manuel Grossi, recién llegado de Mieres, intentó hacerlos entrar en razón. Les hizo saber que el Tercio y los Regulares estaban próximos a la fábrica de armas, que seis aviones les abrían camino, que tras ellos habían dejado una riada de hombres muertos, a menudo ensartados con las bayonetas, que ni siquiera se habían molestado en apartar los cadáveres de la calle y lo que hacían era pasarles por encima, pisoteándolos sin compasión. Si seguíamos así, dijo Manuel Grossi, nuestra estupidez y obstinación nos llevarían a morir como moscas prendidas en la tela de araña... Nada, ni caso. Es más: el mismo Manuel tuvo que oírse decir que era un cobarde y un traidor. Entonces fue él quien se puso a organizar la retirada hacia la cuenca minera, y a esas alturas, muchos, prácticamente todos, lo siguieron. La gente empezó a desfilar hacia Mieres por la carretera de San Lázaro, intentando mantener un mínimo de orden.

-¿Nos vamos con ellos ? -me preguntó Mariano.

Estaba seguro de que le diría que sí. Desde la víspera yo andaba proclamando que Oviedo estaba perdida, que ya no valía la pena pelear ahí. Pero resulta que, de repente, se me metió en la cabeza la idea de que todo se había acabado, de

que no tenía sentido hablar de culpas y aciertos, de que no nos quedaba ninguna salida. Son esas ganas que te entran a veces de mandarlo todo a freír espárragos, de volver atrás y repetir la jugada procurando que las cosas vayan de otra manera. Ya sé que es una tontería, pero ¿qué quiere que le diga? A lo mejor fue por el cansancio, por lo preocupado que me tenía mi madre, por el miedo de no volver a ver a Pilar... Bien mirado, aún no había cumplido los dieciocho, joder.

- Yo me quedo, no voy -les dije-. ¿Sabéis qué? Me marcho a casa.

La que se armó... Nunca había visto a Mariano tan cabreado.

- Tú te vienes con nosotros -gritó.

¿Mariano chillando y dando órdenes? ¿Qué coño pretendía? Fui y se lo solté tal cual:

- ¿Qué coño quieres ahora? ¿Es que no te das cuenta de que parecemos un barco hundido en el agua hasta el puente de mando, que nos va a pasar lo mismo que a un avión con un motor estropeado?

- Déjate de comparaciones -me espetó.

Mariano me miró a mí, luego a Regalado, y soltó un escupitajo. De tanto chillar, habíamos conseguido que se formara un corrillo a nuestro alrededor. Estábamos cerca del Ayuntamiento y por delante de nosotros pasaban los

compañeros en marcha hacia Mieres. De cada cien que pasaban, al menos unos diez se paraban, dispuestos a fisgonear. Todo eran empujones, gritos y aplausos. Y Mariano, en vez de callar la boca, se emperrió en seguir discutiendo. Tal vez no se daba cuenta de que estábamos montando un espectáculo. Total, que se puso la mar de serio, y continuó dale que te pego.

- ¿Sigues creyendo en la revolución o es que te has convertido en un derrotista?

Pues sí, vaya pregunta, y lo bueno es que, delante de tanta gente, tenía que contestarle por cojones. Sentía que me subía la fiebre y me flojeaban las piernas. Mire usted por dónde, me vino a la cabeza una frase que había oído en boca de Dios sabe quién, quizá de mi madre, o de mi padre cuando estaba cabreado.

- Yo ya no creo siquiera en la paz de los sepulcros -solté a bote pronto, pero enseguida me arrepentí y borré aquella idiotez con un gesto de la mano.

- Eres un... -dijo Mariano, y formó en silencio el insulto con los labios.

- Basta; dejémoslo -imploré yo.

Pero ya era demasiado tarde. Algunos recomendaban que me echaran, incluso, y hubo quien propuso enviarme al

paredón. Mariano se dio cuenta de que la había armado cuando, al hilo de mi mirada, vio abrirse paso entre el gentío a dos jefes de brigada con un brazalete rojo en la manga. Comunistas. Me arrancaron el fusil y me agarraron de los brazos.

- Socialista de mierda, derrotista -me dijeron-. Ahora te vienes con nosotros. Quedas arrestado.

¿Arrestarme a mí? Se habían vuelto locos. Quizá, pero eso poco importaba. Me dieron un empujón y empezaron a arrastrarme. Mariano y Regalado pusieron el grito en el cielo.

- ¡Soltadlo ya! -gritaban-. Es un camarada. Se ha pasado una semana entera en primera línea.

Regalado ya hizo lo que pudo por liberarme, pero uno de éstos le dio con la culata del fusil en el estómago y mi amigo cayó al suelo agarrándose el vientre. Cuando llegamos cerca del Ayuntamiento, aún oía los gritos de Mariano y, a lo lejos, el zumbido de los aviones que se acercaban. Luego se acabó. Abrieron la verja, me hicieron cruzar a empujones un gran vestíbulo, y luego bajamos dos o tres tramos de escalera. Fuimos por un pasillo atestado de muebles viejos y cajas cubiertas de polvo y acabamos delante de una puerta gruesa como el brazo de un hombre.

- Fin del trayecto, capullo.

Me metieron -dentro y echaron el cerrojo con tres vueltas de llave. El lugar estaba a oscuras, salvo una pequeña rendija casi tocando el techo. Parecía un sótano, y en ese sótano yo no estaba solo. Encogido y tirado en el suelo como un trapo, había un hombre. Quizá durmiera, a pesar del frío que subía directo del suelo de cemento y se te clavaba en la cabeza. El aire olía a yeso mojado y a ladrillos podridos. Aunque sabía que era imposible, tenía la sensación de que una finísima capa de agua bajaba por las paredes. Me acurruqué en un rincón y me puse a llorar bajito, muy bajito, para que nadie me oyera.

Ya casi es de noche. ¿Me haría el favor de encender la luz? Es que no aguanto la oscuridad. Me entra una congoja, una melancolía... Será por aquella vez que me encerraron. Cuando se hizo de noche, ni un gato hubiera visto nada allá dentro..., ni un resquicio de luz, como si estuviéramos en un ataúd. Yo seguía llorando muy bajito, acurrucado en mi rincón. En la calle se oían ráfagas lejanas de ametralladora y en el sótano seguía el tío aquel echado en el suelo, que no se sabía bien si estaba vivo o muerto. Estornudé un par de veces y entonces me di cuenta de que rebullía y se quejaba. Por lo menos, no me había quedado del todo solo.

- Hola -dije yo, sorbiéndome los mocos y con los ojos clavados en la oscuridad.

- Y tú, ¿quién coño eres?

- Me llamo Laureano -contesté.

- ¡Vaya nombrecito! A ver si resulta que eres maricón. Jodidos rojos, meterme aquí con un nene marica... Él se llamaba Julio, un nombre de sujeto con huevos.

Yo no abrí la boca, mientras en algún lugar impreciso delante de mí, el hombre iba moviéndose, intentando levantarse y colocarse él también contra la pared. Y ahora que se le había soltado la lengua, hablaba y no paraba:

- Rojos bastardos, lameculos y maricones. ¡Por tres pares de zapatos y dos camisas! Si hubieran sido suyos, pase... Pero los cogí en una tienda de la calle Jovellanos. Una ráfaga de viento había echado abajo la puerta, de modo que fui y entré... ¿Cómo iba a saber que ahora los rojos defienden la propiedad privada?

Oí que recogía un gargajo del fondo de los pulmones y lo escupía.

- ¿Y tú ? -me preguntó-, ¿por qué coño estás aquí?

- Más o menos por lo mismo -susurré.

Mentí, pero no me quedaba otro remedio. Bastaba con oír su voz para saber que con aquel tipo había que andarse con cuidado y tratarlo con mucho tiento. Era un desaprensivo, un ladrón, unos de esos que iban repartiendo palos por cuenta de los fascistas. Claro que no me lo dijo a la cara, pero yo era listo y lo fui sacando mientras él se despachaba a gusto contándome con pelos y señales cómo lo habían pillado con las camisas en la mano, y después de darle una paliza lo habían encerrado ahí dentro. Reconozco que, si

llego a ser un poco más listo, sólo un pelín más, no le hago la pregunta que le hice:

- Pero, oye, ¿estabas robando o no?

¡Ojalá no lo hubiera dicho! Sentí que se revolvía y empezaba a dar puñetazos contra la pared.

- ¡A tomar por culo! -gritó, y ahí se acabó la conversación.

En toda la noche no volvió a decir esa boca es mía, no me dirigió la palabra, y yo me quedé solo en aquella jodida negrura tan negra que ni poniendo las manos delante de las narices conseguía verlas. Di vueltas y más vueltas sobre mí mismo, me eché, intenté dormir... Nada. No sé qué habría dado por tener un pitillo, pero aquellos dos cerdos incluso me habían quitado el tabaco y el fuego. Y además, con el frío me entraban ganas de mear y se me helaban los pies... Ahora tengo que dormir, me iba diciendo; me repetía a mí mismo que lo mejor era relajarse, pero cuando estaba a punto de pegar una cabezadita, me sobresaltaba espantado, dudando de si me habría vuelto ciego, de si ya no volvería a ver. Qué manía, qué obsesión... Parece imposible lo que puede hacer el miedo. Me empapaba un sudor frío, y buscaba por todas partes una señal, un punto de luz que me quitara aquella duda de la cabeza, pero nada, como si a Dios

le hubiera dado por empezar la creación el segundo día, olvidándose de la historia de la luz y las tinieblas...

La pesadilla acabó al amanecer, con un hilillo de claridad mugrienta que penetraba por la rendija junto al techo y se derramaba poco a poco en la pared tiznada, un resplandor pálido como el que ilumina las iglesias. Cuando aquella poca luz llegó más abajo, entonces vi a Julio. Era menudo y moreno, cabezón y con cara de malas pulgas. Como si tal cosa, el hombre se levantó, se puso de cara a la pared y empezó a mear, y si él lo hacía, pues yo también. Poco me importaba ahora aquel olor ácido que se mezclaba con el aire que sabía a podrido. Me liberaba, eso es, me vaciaba... Hay que pasar por un trago como ése para reconocer la importancia del cuerpo. Cuando sólo te quedan carne y huesos, cuando ya no tienes la cabeza llena de pájaros, entonces lo de cagar y mear, beber, rascarse, comer y tirarse un pedo te parece un milagro, lo mejor del mundo... Lástima que por lo regular, con el pasar del tiempo, nos olvidamos. La cuestión es que yo, en aquel momento, meando bajo la ventana con las rodillas que me flojeaban, debía de parecer santa Teresa en éxtasis.

-¿Qué pasa, mariquita? ¿Se te ha aparecido la Virgen? -me preguntó Julio al pasar por mi lado.

Se reía. Yo me abroché la bragueta y me alejé de él. Desde el exterior nos llegaban ruidos de coches, pasos lejanos, voces.

-En vez de quedarte ahí pasmado, ¿por qué no te subes a mis hombros y miras a ver qué está pasando?

Entrelazó las manos y las bajó para que me sirvieran de apoyo. Yo intenté subirme, pero con el brazo dolorido no resultaba nada fácil: me agarré a él, a la pared, resbalé, perdí pie, solté dos o tres tacos y volví a intentarlo. Cuando por fin conseguí asomarme, de repente todo estaba silencioso. Si no me equivocaba, más allá del callejón empedrado que corría a lo largo de la parte posterior del edificio del Ayuntamiento estaba la plaza del Pescado. Apenas me dio tiempo de ver dos pies que corrían antes de volver a oír el ruido de los aviones y luego las bombas. Caían al buen tuntún en toda la ciudad, y justo después volvieron a empezar los tiroteos. Oíamos disparar desde el norte, desde el este y el oeste, desde el sur, del lado de San Lázaro... Julio y yo nos miramos. Estuvimos toda la mañana preguntándonos quién atacaba y dónde, pero lo supimos sólo pasado algún tiempo: López Ochoa había soltado al Tercio y a los Regulares con la intención de que rodearan la ciudad. Una columna de africanos marchaba hacia San Lázaro, y otra, al mando del coronel Yagüe, atacaba desde el oeste con miras a tomar la estación. El resto de la tropa tenía órdenes de ir conquistando poco a poco el centro. Los nuestros se defendían como podían, disparando, abandonando luego las posiciones, intentando disparar de nuevo y procurando escapar de aquel bombardeo indiscriminado y sin lógica

ninguna. Al final huyeron hacia San Lázaro o hacia Buenavista en pequeños grupos, en medio del caos más absoluto, mientras los soldados entraban en la estación del norte. Hacia las cuatro, el ejército se hizo también con el hospital, donde había cientos de heridos, todos aquellos que los nuestros no habían podido trasladar. Los Regulares los sacaron de las camillas con las vendas colgando, los amontonaron a todos en la calle y los fueron matando uno por uno.

Nosotros dos sólo oímos unos disparos rítmicos durante un cuarto de hora o poco más, un tiempo demasiado corto para buscar una explicación. En el sótano la luz había ido menguando. Estábamos allí quietos, inmóviles en la penumbra. Se había puesto a llover, una lluvia fina y fría que caía en diagonal, de modo que el viento nos la traía a ráfagas a través de la rendija. Los aviones, por lo menos, seguramente habían vuelto a la base de León, así que se habían acabado las bombas y sólo quedaban los fusiles y las granadas y, de vez en cuando, los chillidos de la gente gritando: «¡Los moros, los moros!» Estaban acercándose, los muy hijos de puta. Julio, la mar de contento, y yo hecho un trapo y con el estómago encogido por el hambre... Aquel poco de leche y pan que me había tragado el día anterior, hacía horas que lo tenía en los pies. Ya era de noche cuando por fin se abrió la puerta y entró un camarada que nos dio

algo de comer. Tendría unos dos o tres años más que yo, pero se le había quedado cara de niño.

- ¿Qué tal andan las cosas fuera? -le preguntamos.
- ¿Y a vosotros qué? Ladrones, derrotistas...

Mala señal. Yo no despegaba la cabeza del cuenco, pues si nuestro vigilante decía unas palabras de más se me habría visto el plumero. Si Julio llegaba a saber que yo no era de su cuerda...

- Anda, que no somos bestias. ¿Por qué no nos cuentas algo de lo que pasa?

El chiquillo clavó los ojos en Julio, dio unos pasos arriba y abajo, y al final se decidió.

-Los moros han tomado la estación y el cementerio -nos dijo en voz baja-, pero no han conseguido llegar hasta San Lázaro. Los nuestros los han rechazado. Ahora, López Ochoa les ha mandado retirarse. Mañana será otro día, mañana se tomará una decisión. Mientras tanto, nosotros estamos montando barricadas por los alrededores.

Nosotros no abrimos la boca, y el chico vaciló un poco antes de salir y dejarnos encerrados en la oscuridad. Otra noche, otra jodida noche por delante. Suerte que me quedé dormido, gracias a que tenía la barriga llena. Incluso llegué a soñar. Vi a mi madre que se iba en un barco muy grande. Yo

estaba en el muelle, perdido entre la gente que miraba. Le decía adiós con la mano, pero ella no me veía. Sólo cuando el barco se alejó del embarcadero, mi madre se dio cuenta de que yo estaba allí y me sonrió, pero entonces ya no era mi madre; era Pilar, Pilar con cara triste, Pilar que me miraba fijamente, llorando.

No me gustó nada aquel sueño. Era un ataque de nostalgia, y además me olía a presagio. Por eso me desperté, torpe y con la lengua espesa, cuando aún no era de día, aunque ya se oía el ajetreo de los camaradas que montaban las barricadas. Cuando volvieron los aviones, Julio aún dormía.

- ¿Otra vez? -masculló en el duermevela.

Pero enseguida se levantó y fue corriendo a la ventana. Mientras estábamos meando, cayó la primera bomba, lejos aún, a un par de kilómetros, hacia Buenavista, y luego fueron cayendo las demás. Diez, quince, veinte, cada vez más cerca. Creo que los dos lo comprendimos en el mismo momento: esta vez apuntaban al centro de la ciudad, directo hacia nosotros. Efectivamente: un pitido y un golpe, luego otro, luego un silbido larguísimo y justo ahí, a dos pasos, la explosión. Julio se había quedado debajo de la ventana y yo estaba en el suelo hecho un ovillo, abrazándome las rodillas con la cabeza metida entre los muslos. Las paredes temblaron y cayeron unos cascotes del techo. Desde el exterior nos llegó un estruendo raro, tal vez fuera un edificio

que se derrumbaba. Luego empezaron a oírse lamentos de heridos, pasos de gente corriendo, gritos... Nos costaba respirar entre tanto polvo, mientras seguíamos atentos al menor ruido... Pasamos una media hora casi en silencio, antes de oír otra vez cerca el ruido de los tiroteos.

- Anda, vuelve a subir...

Julio había enlazado de nuevo las manos para que me apoyara. Se reía, posiblemente porque el miedo se me olía desde lejos. Pero ahora se me estaba pasando, y sentía que la sangre volvía a correrme por las venas, aunque todavía tenía helada la punta de los dedos y los pies. Ni muerto iba yo a darle la satisfacción de verme acobardado.

- ¿De qué coño te ríes? -le pregunté.

Apoyé el zapato en sus manos y conseguí izarme a la primera. Volvía a llover. En los escombros de la plaza del Pescado, entre los cascotes, corrían arroyos de agua y sangre. Debía de haber sido una auténtica matanza. Ahora, todo estaba en calma y bajo control. Qué ganas me entraron de llorar...

- ¿Qué, se ve algo?

- Nada -contesté yo.

Los nuestros ya se habían retirado. Resultaban inútiles aquellos tiros de fusil cada vez más cercanos, aquella marea

de armas y soldados que avanzaba entre los restos de las barricadas. Y de repente los vi... Bueno, desde donde estaba lo que vi sólo fueron los pies: decenas, centenares de botas con bandas: las de los africanos.

- Los Regulares -murmuré al bajar.

Supongo que estaba muy pálido, sobre todo porque de repente comprendí que los camaradas se habían olvidado de nosotros.

- Tú quieres llevarme al huerto -me soltó Julio.

- ¿Por qué?

Se lo pregunté con la voz quebrada y me escabullí entre las sombras, a la espera de que pasara lo que me temía, desgranando ese tiempo jalonado de gritos de soldados, trájín de camiones, portazos y algún que otro disparo que aún me sobresaltaba. Son tiros de gracia, pensaba yo, y sin darme cuenta me ponía a temblar. Eso hasta que a primeras horas de la tarde oímos de lejos sonidos de trompetas y tambores, un rumor de pasos rítmicos. López Ochoa era capaz incluso de haber organizado un desfile.

- A ver cuándo llegan -se preguntaba Julio.

Ojalá que nunca, decía yo para mis adentros, pero sabía muy bien que faltaba poco. Se dieron cuenta de que estábamos ahí cuando ya era casi de noche. De repente se abrió la

puerta y aparecieron dos marroquíes altos y con el fez puesto. Uno de ellos era cabo. Julio hizo el gesto de darles un abrazo, pero lo rechazaron.

- Quieto ahí -le dijeron.

Yo salí de mi rincón con la cabeza gacha. Hacía horas que me estaba preparando para la comedia.

- Por fin habéis llegado -les solté.

Poco se esperaban los moros encontrarse con un chiquillo.

- Y tú, ¿qué haces aquí dentro?

- Me han encerrado los rojos -chillé-. Los muy hijos de puta...

De nada sirvió mi vileza. Por mucho que maldijera a los camaradas y machacara a los rojos con las peores acusaciones, los moros no aflojaron, y a los diez minutos ya me habían esposado a la muñeca de Julio y me estaban llevando al cuartel de Santa Clara. Caminaba entornando los ojos y a veces incluso los cerraba. Es que tanta claridad me deslumbraba, pero también lo hacía porque era mucho mejor no mirar, intentar no hacer caso de los edificios que el fuego iba consumiendo; de los escombros amontonados alrededor de las casas bombardeadas, vacías por dentro como enormes esqueletos; de los moros y los legionarios que iban arriba y abajo cargados de sábanas, mantas y colchones. El barro de la calle estaba cubierto por una alfombra de vestidos, ollas, platos, cristales rotos y quincalla. Los que habían llegado primero dispuestos a saquear se habían llevado cosas útiles, fáciles de transportar y de vender. Los demás se quedaban los restos para soltarlos en cuanto salían de las casas. A esas alturas, aquel saqueo no estaba dictado ya por la venganza, sino por la locura más absoluta. No hubo casa, por pobre que fuera, que se salvara

de ser vaciada, los armarios saqueados y los colchones destripados, y los oficiales sin decir esa boca es mía; es más, se reían. ¿Entiende ahora por qué era mejor no ver? Pero ocurría que, caminando con los ojos cerrados, cada tres o cuatro metros tropezabas con un cadáver. Habían matado a muchos de mis camaradas, casi todos los que se encontraban en el trayecto entre el manicomio y el cuartel. Con suerte, aún los veías enteros, traspasados por una bayoneta o muertos de un tiro. De los que habían muerto en los bombardeos, de vez en cuando veías asomar un brazo o un pie.

- ¿Qué, vomitando, mariquita?

Julio se hacía el duro, y yo me encontraba fatal. No es fácil olvidar algo así; ahí es donde te das cuenta de que, aunque recordar es bueno y la memoria hay que cuidarla, para seguir viviendo también hay que saber olvidar. Y eso más vale aprenderlo enseguida, porque no sirve de nada descubrirlo cuando uno ya es mayor. Es imposible vivir todos los años que yo he vivido sin olvidar al menos un poco... ¿Se imagina usted, comer, dormir, hacer el amor con todos aquellos muertos metidos en la cabeza? Nadie puede hacer eso, pero pasa que, cuando crees haberlos borrado, ahí aparecen otra vez. Es como si hubiera pasado hoy mismo; me parece verlos, en fila, calle Mendizábal abajo; veo toda la sangre, el brazo aquel que había ido a parar junto a un

poste, y oigo muy claras las voces de los soldados. ¡Y pensar que han pasado sesenta años...! Es raro eso del tiempo... Te parece que lo dominas con tanto reloj y calendario, y en cambio se escabulle y acaba siendo el rasero con el que cada cual mide la vida.

- Andando, date prisa -me gritó el cabo.

Nos juntaron con otros prisioneros, esposados de dos en dos como Julio y yo, y todos nos pusimos en marcha a paso lento, como si siguiéramos al Santísimo en una procesión. Aún no era de noche y la lluvia había limpiado el aire, que casi te chisporroteaba en la cara. Cuando llegamos cerca del cuartel, vimos unos guardias de asalto asomados a las ventanas y parapetados detrás de unos colchones.

- Alejaos -les gritaron a los soldados- que nos los cargamos aquí mismo.

Suerte que no les hicieron caso. A lo mejor ya sabían lo que nos esperaba: un portón que se abrió chirriando y un enorme patio rodeado de soportales. Desde el centro del patio hacia la escalera se extendían dos filas de guardias de asalto, soldados y policías. Nos hicieron pasar, todavía esposados, en medio de las dos hileras, y venga a pegarnos puñetazos y patadas y a molernos los huesos con la culata del fusil. No sé cómo, conseguí llegar hasta la escalera, y por un momento pensé que estaba a salvo. Qué tonto fui al

creer que ahí se acababa la historia. Apoyado en la barandilla había un sargento, un hombre mayor, grueso, con el bigote blanco. Me miró a la cara y me descargó dos puñetazos justo encima de la nariz. Me hizo sangrar, ese cabrón. Si llego a verlo ahora, seguro que lo reconozco, pero lo más probable es que ya haya muerto. Ha pasado tanto tiempo... Figúrese que a mi maestro de primaria le han puesto una calle a su nombre en Pumarín.

Resumiendo, estábamos hechos unos cristos, y ellos en cambio, disfrutando. Nos amontonaron a todos en una habitación muy grande, con las vigas carcomidas y el suelo de mosaico húmedo. Seríamos más de cincuenta, tan hacinados que casi no podíamos movernos. Nos quedamos ahí quietos, atados los unos a los otros, acostumbrando los ojos a la penumbra de un mísero haz de luz polvorienta que bajaba de una rendija e iluminaba de vez en cuando algún rostro. Aparte de Julio, no me pareció reconocer a nadie más. Cómo le diría yo... Te sientes perdido, buscas cualquier cosa donde agarrarte. «Nunca podrán encerrar a las ideas -me iba diciendo para darme ánimos-, pero a mí sí», añadía enseguida una vocecita desde el fondo de mi mente. Qué mal rato.

Al cabo de media hora, un guardia de asalto y un cabo nos quitaron las esposas y nos ataron pies y manos con una soga. Ahora, con suerte nos podíamos mover un poco,

abriéndonos paso entre los demás cuerpos. Algunos soltaban tacos, otros se quejaban, unos cuantos comentaban la situación... Fue entonces cuando me pareció reconocer a Gerardo, el secretario de las Juventudes de Gijón.

- ¡Gerardo! -grité-. Soy yo, Laureano.

Y resulta que él era él, con una mancha de sangre en la cara y una venda en la rodilla. Cojeaba. Lo habían hecho preso el día anterior, en la fábrica de armas de La Vega. La mayoría de los que iban con él estaban muertos.

- No habrás visto a Pilar últimamente -le comenté en voz baja, casi con vergüenza.

No se dignó contestar, y sólo me preguntó si llevaba reloj. La voz, su voz hermosa y honda, se arrastraba ahora como un hilo cansado.

- Sí -susurré.

- Entonces, rompe el cristal.

-¿Por...?

- Si a estos hijos de puta se les ocurre algo feo, entonces es mejor cortarse las venas y acabar de una vez.

De fijo que debajo del polvo que me cubría la cara me puse pálido. Intenté tragar, y era como si tuviera un tronco en la

garganta, pero saqué el reloj del bolsillo de los pantalones y lo golpeé contra la pared hasta que casi se le cae el cristal. Mientras Gerardo lo aguantaba con las manos, fui arrancando a tientos los pedacitos con la uña.

Elegí uno de los dos más grandes, y el otro se lo metió Gerardo en el bolsillo del chaleco.

- Ahora me quedo más tranquilo -dijo.

«Cómo no», pensé, intentando mirarlo fijo a la cara, pero ya había oscurecido. Seguramente estaba lloviendo de nuevo, porque por encima de nuestras voces se oía el repicar de unas gotas gruesas sobre el techo de uralita.

- Estoy cansado -dije.

Me dolía la nariz y el sueño me aflojaba los músculos, pero estábamos apretujados como sardinas y no había sitio siquiera para sentarse en el suelo.

- Julio Magaña -llamó un guardia asomándose a la puerta.

Todos se esforzaron por seguirlo con la mirada en la oscuridad, mientras él avanzaba cabizbajo, pasito a pasito, en medio de un gran silencio, intentando no tropezar con la cuerda que llevaba atada a los pies. Cuando Julio hubo salido, yo me apoyé en la pared y cerré los ojos. Allí dentro,

el tiempo empezó a pasar lentamente, como si fuera un dolor, una herida que no quisiera cerrarse.

No sé cuánto tiempo nos quedamos en aquella dependencia del cuartel de Santa Clara. A lo mejor una semana, pero podría ser más o menos, quién sabe. Ya se lo he dicho: allá dentro, el tiempo era como una tortura. Las horas se hacían interminables, absurdas y sin sustancia. De pie o acurrucado, robaba diez minutos de sueño, hilvanando imágenes de las que luego no recordaba casi nada, y me despertaba la tristeza, así que me empeñaba en no pensar porque detrás de un pensamiento venían otros muchos, y era mejor no darle vueltas, no intentar siquiera juntar ideas, no preguntarme dónde estaría y qué haría Pilar, ni acordarme de Armando, hecho trizas en el suelo, mirándome desde los cristales de sus gafitas.

Vegetábamos todos, mientras el sueño nos resbalaba por la cara, atontados por una especie de torpor. Ni siquiera nos despabilaban las noticias que recibíamos. De vez en cuando llegaba un nuevo preso y nos contaba que durante tres días, antes en San Lázaro y luego en San Esteban, el Tercio y los Regulares se habían topado con un hueso duro de roer: desde Laviana, Sotondrio, Sama y Mieres habían bajado

trescientos mineros, dispuestos a gastar hasta el último cartucho contra los aviones y los marroquíes del coronel Yagüe. Lo mismo ocurría en Campomanes, en el frente sur, donde los nuestros, con un poco de dinamita, estaban haciendo milagros. Pero los nuevos, los recién llegados, también nos contaban que en las afueras de Oviedo, pasaran por donde pasaran, los soldados no dejaban más que casas saqueadas, muertos, heridos y mujeres violadas.

Había un compañero, me acuerdo como si fuera ahora, Miguel se llamaba, Miguel Miranda... Tendría más o menos mi edad y estaba siempre en un rincón, sin decir palabra, hasta que una noche, quizá porque era ya muy oscuro, tuvo el valor de desahogarse. Nos contó que vivía en Villafría y que el día 12, cuando ya todo se había acabado y la gente volvía a andar por las calles, habían oído a alguien que llamaba. Su padre, un empleado de las oficinas del catastro que se persignaba cada vez que oía hablar de política, había entreabierto la puerta, y de pronto se había encontrado con el cañón de un fusil metido en la boca. Un disparo a quemarropa y luego una ráfaga que había herido también a su madre. Él se había escondido bajo la mesa, mientras la puerta se venía abajo. Eran los marroquíes, los moros. Se habían agachado encima del cadáver y le habían robado la cartera y el reloj. Uno de ellos, que llevaba galones, había cogido el anillo de su madre.

Cuando Miguel acabó de hablar, nos quedamos callados, con la mente en blanco. Él se pasó la noche llorando y hubo incluso quien le dijo que se callara, que nos dejara en paz, que aquéllas eran horas de dormir...

Así estaban las cosas. Ahí metidos, era como si nada nos importara. Lo único que nos mantenía alerta era el hambre, un hambre traicionada, que no se dejaba engañar por el mejunje que nos daban por la noche. Los guardias a menudo también hacían de las suyas para mantenernos alerta: venían borrachos, nos insultaban a nosotros y a las madres que nos habían parido, y luego, venga a molernos a golpes de fusil y con la porra, así, al buen tuntún. Por la mañana, en cambio, siempre sacaban a alguien de la celda y lo llevaban a limpiar las letrinas.

A mí me pillaron dos veces. La primera, me dieron una cesta y me ordenaron que recogiera toda la basura y la mierda que había amontonada en el centro del patio. Yo intenté ayudarme con una chapa que acababa de encontrar, pero un cabo de la Guardia de Asalto, uno que sus colegas llamaban Balín, se cabreó y me la arrancó.

- Con las manos, cabrón, con las manos, si no quieres tragarte toda la mierda esa.

La segunda vez fue peor. Me cogieron a mí, a Gerardo y a dos ferroviarios de Langreo. Nos pusieron en fila contra una

pared y nos dieron una pala a cada uno. Hacía poco que había amanecido. A lo lejos se veían relámpagos, y el retumbar de los truenos se parecía al de los cañones. Teníamos de frente un bloque de nubes espesas, negras como el carbón. Un capitán se acercó a mí y empezó a tomarme las medidas: tanto de ancho, tanto de largo. Balín trazó unas marcas en el suelo con el tacón.

- Vas a cavar tu propia fosa -me dijo.

- No le hagas caso -me susurró Gerardo-. Lo dice para asustarnos. Puede que tengan que enterrar a uno de los suyos.

Al final resultó que así era, pero mientras tanto las pasé canutas. Resulta que, cuantos más días pasaban, más crueles eran y más se encabronaban con nosotros los muy hijos de puta. El porqué lo descubrimos después: el día 19 se había acabado la revolución de Asturias. Vamos, que nos habíamos rendido.

Al cabo de un mes tío Adolfo me contó los hechos en detalle, pero los presos recién llegados siempre nos decían algo. Resulta que ya el 17, después de que los nuestros se retiraran de los emplazamientos de San Esteban, hablar de rendición dejó de ser un pecado. Lo habían discutido los comités de Mieres, de Pola de Lena, de La Felguera... En Sama, el mismísimo presidente del tercer comité, Belarmino

Tomás, estaba conforme con rendirse. ¿Se acuerda? Ese hombre que estaba conmigo en la playa, esperando las armas del Turquesa... Bueno, pues resulta que al día siguiente las cosas estaban aún peor: el frente sur cayó y, sin llegar a disparar una bala, los militares habían entrado en Trubia y se estaban concentrando en Noreña. Era como si López Ochoa, antes de lanzarse a atacar la cuenca minera, hubiera querido aunar fuerzas y rodearla. No tenía ni un pelo de tonto el tío, se andaba con precaución, y Belarmino Tomás se había dado cuenta. Sabía que las cosas iban de mal en peor, y por eso, la mañana del 18 decidió que lo mejor era pactar. Primero envió a Torrens, un teniente de la Guardia Civil que habíamos hecho prisionero al empezar la revolución, para que tratara con López Ochoa, y luego fue él mismo, sabiendo que corría el riesgo de no salir vivo de la entrevista.

Delante del Ayuntamiento de Sama se habían reunido cientos de obreros y mineros cabreados, amenazadores y dispuestos todavía a no aflojar. Después de los desastres de Oviedo, la idea de que serían los legionarios y los moros quienes entrarían en la cuenca les revolvía la sangre, o más bien los aterrizzaba, pero el coche que llevaba a Belarmino y a Torrens salió igualmente y llegó a Oviedo a primera hora de la tarde. Cuando estuvieron delante del cuartel de Pelayo, donde López Ochoa había dispuesto su base de operaciones, Belarmino se acercó. Era bajito, más feo que pegarle a un

padre, con la cara cuadrada y el cuello ancho. Pasó decidido ante un corrillo de gente, entre los que había periodistas que le sonreían como diciéndole: «Tú de aquí vas a salir con los pies por delante.» Debajo de unos árboles vio los cadáveres de seis camaradas a los que acababan de fusilar. Se encogió de hombros y entró en el cuartel. Ochoa estaba fumando, sentado detrás de su mesa de despacho. Se saludaron cordialmente; luego, Belarmino lo miró directo a los ojos.

- Antes de empezar -dijo- quisiera que quedara claro que aquí, en esta habitación, cara a cara, hay dos generales: usted representa al Gobierno, y yo a los revolucionarios.

- De acuerdo -le contestó Ochoa-. Yo sólo pretendo que dejemos de derramar sangre en vano.

López Ochoa hablaba sin parar de su amistad con el presidente Alcalá Zamora, de su liberalismo...

- Vayamos al grano -lo interrumpió Belarmino.

Llegaron a un acuerdo sobre la entrega de armas y quedó claro que ni el Tercio ni los Regulares entrarían como cabezas de tropa. Hubo un punto en que Belarmino no cedió: ni hablar de entregar como rehenes a los miembros del comité, tanto del viejo como del nuevo.

- ¿Qué va a hacer ahora?

- ¿Yo? Huir en cuanto pueda -contestó Belarmino.

- Mal hecho. Si se queda, le garantizo que me ocuparé personalmente de su caso.

- Gracias, pero prefiero no darle esta molestia. Sonrieron los dos. Ochoa lo acompañó, puso un coche a su disposición, pasó por delante de los periodistas, que observaban atónitos la escena, y se despidió de él con el saludo militar.

A las seis y media, Belarmino estaba en Sama. La reunión del comité fue muy breve y se aceptaron las condiciones, pero ahora había que decírselo a los obreros que esperaban fuera. Fue Belarmino quien se asomó al balcón.

-¡Cobardes, derrotistas, traidores! -gritaban.

Tuvieron que agarrar a cuatro o cinco de ellos por las solapas para que no le dispararan, pero al final Belarmino logró convencerlos. Al cabo de unos minutos todos estaban ajetreándose en busca de un escondrijo para las armas y un refugio. Las calles quedaron desiertas antes de que se hiciera de noche.

Al amanecer del día 19, cinco columnas del ejército, a las órdenes de Manso, de los generales López Ochoa y Balmes, de Yagüe y de Solchaga, avanzaron hacia Sama, Mieres y Langreo desde Oviedo, Campomanes y Noreña. López Ochoa había dado órdenes de respetar las casas y las familias de los rebeldes, y de dedicarse sobre todo a recuperar armas y

fusiles; pero de eso nada. Cientos de casas y tiendas fueron saqueadas, y no se salvó ni una sede sindical. En Sama, los legionarios quemaron en medio de la plaza del pueblo los libros de la biblioteca del Ateneo Obrero. Y es que, dentro del mismo ejército, López Ochoa tenía que vérselas con los que estaban a favor de la mano dura. Había los «liberales» y los «africanos». Yagüe estaba con los «africanos» y recibía órdenes de Franco. Sí, el mismísimo Francisco Franco, que saltándose a la torera escalafones y jerarquías, se comportó mientras duró la revolución como el verdadero jefe de estado mayor del Ministerio de Defensa. Parece que en aquellos días Yagüe y López Ochoa estaban tan picados que más de una vez estuvieron a punto de sacar la pistola. Fíjese usted en manos de quién estábamos... En pocos días, todo el Principado de Asturias estuvo lleno de cárceles provisionales. Y nosotros, convencidos de que las habíamos pasado moradas... Lo peor estaba por llegar.

Lo peor tenía nombre, apellido y graduación: comandante Lisardo Doval Bravo, un «africano» de la cuerda de Franco que ya había estado otras veces de servicio en Asturias. Los mineros de la huelga aún se acordaban de él y le habían buscado un apodo: el Carnicero, lo llamaban, y con eso ya está todo dicho. Piense que los de la CNT incluso habían planeado matarlo, pero luego tuvieron que renunciar. En el 32, Doval estaba con los que intentaron el golpe de Sanjurjo, un general de carabineros: dos meses de cárcel y en su día fue reincorporado al ejército, gracias al nuevo Gobierno de Lerroux y de la CEDA.

Doval llegó a Oviedo el 22 de octubre por orden del ministro de Defensa y no perdió el tiempo. Al cabo de dos días ya había dividido la región en distintas zonas y organizado las tropas en regimientos móviles que circulaban por todo Asturias, secuestrando armas, rastreando las montañas y buscando casa por casa. Si no encontraban hombres, arrestaban a toda la familia para que los fugitivos se personasen en los cuarteles y entregaran los fusiles.

Doval instaló sus oficinas en el sótano del Consejo Provincial, pero los interrogatorios los hacía en el antiguo convento de las Adoratrices, y allí nos llevaron. Vinieron a recogernos temprano por la mañana, estaríamos a día 23 o 24. Fuera aún era de noche y caía un calabobos sucio y prieto que se te metía en el alma. Nos esposaron y nos hicieron subir a los camiones. La tierra que pisábamos era blanda, llena de charcos. Parecía como si toda el agua se concentrara alrededor de los faros que barrían el patio, pero la verdad es que caía ligera y se nos posaba en el pelo, escurriéndose por el cuello y dejándonos calados hasta los huesos.

- ¿Adónde nos llevan? -le pregunté a Gerardo.
- Qué sé yo -me contestó él, tapándose la cabeza con el brazo que no tenía sujeto con las esposas.

Por suerte, llegamos rápido. Nos paramos delante de un gran convento vacío, con un montón de celdas de techo muy alto, las paredes llenas de santos y crucifijos, sin un mueble y con el suelo húmedo. Nos metieron a cuarenta en una sola habitación y dejaron a una pareja de la Guardia Civil controlando que no nos moviéramos. Había una única ventana que daba a un patio, de donde nos llegaba el olor a hollín helado y el alboroto de los ratones que correteaban por ahí. Dieron comienzo los interrogatorios. Se llevaban a dos o tres a la vez, y cuando los traían de vuelta daba pena verlos. Empezaban dándote bofetadas y puñetazos, pero

enseguida pasaban a los golpes con la culata del fusil... En la cara, en las costillas, en los pies, tan hinchados que luego no podías caminar. Eso sólo era el principio, pero nosotros no lo sabíamos. Los interrogatorios no eran secretos; los hacían en presencia de los demás presos porque a los muy hijos de puta no les importaba saber, y lo único que pretendían era que nos cagáramos de miedo.



Detenidos en la cárcel de Mieres

A mí y a Gerardo nos dejaron tranquilos un par de días; luego quizá se dieron cuenta de que era mi cumpleaños. Menuda fiesta... El día 26 nos separaron a seis y nos llevaron al refectorio. Era una estancia muy grande con las ventanas pegadas al techo y un montón de crucifijos colgando de las paredes. Desde los cristales nos caía encima un poco de luz, sucia y gris. Nos hicieron cuadrar de cara a la pared, y un

teniente con una fusta en la mano empezó a recorrer la fila arriba y abajo.

- Os vais a quedar aquí, mirándole la cara a Cristo -dijo-. A lo mejor, así recapacitáis sobre la que habéis armado y en una de éstas os arrepentís... Tranquilos, que hay tiempo de sobra.

Los guardias, sentados en unas sillas, se turnaban cada dos horas; a nosotros nos tocó quedarnos de pie, sin beber, sin comer, sin poder siquiera doblar una pierna entorpecida, sin mover un músculo, mear o levantar un brazo, durante horas y horas, mirando sin hablar aquel crucifijo inmóvil, y con las piernas que no aguantaban, hasta que, de noche ya, volvió el teniente. Supimos luego que se llamaba Ayuso y era el ayudante de Doval. No sé qué le haría ahora si le echara el guante, pero entonces era él quien tenía la sartén por el mango.

- Llevadlos al otro cuarto -ordenó a los guardias. El otro cuarto era una habitación casi oscura, sin ventanas y con una bombilla floja que colgaba encima de un escritorio, y para allá nos fuimos, arrastrándonos como Dios nos dio a entender, con los pies hinchados y los labios cortados por la sed.

- Sentaos -nos dijo Ayuso.

No bien nos dejamos caer al suelo y soltamos un suspiro de alivio, se nos vinieron encima unos diez o doce guardias con fusiles, porras, barras de hierro, machacándonos a puñetazos y patadas. Nosotros, chillando como cerdos en el matadero, y ellos venga a molernos con más rabia para que calláramos. Yo estaba en el suelo hecho un ovillo, con las manos en la cabeza para protegerme, pero uno me metió el fusil en las costillas y otro aprovechó para darme dos patadas en los huevos. Me quedé sin respiración, desmayado, qué sé yo... Sólo sé que volví a despertarme cuando ya estaba en la celda, quejándome y llorando. Olía a meados, y me llegaba en ráfagas el tufo a sangre y a sudor. Gerardo, a mi lado, estaba inmóvil.

- Gerardo -lo llamé.
- Silencio -gritó un guardia.

Por lo poco que podía ver allí dentro, yo no había salido tan mal parado: los había que estaban peor, mucho peor. Hacia el fondo, cerca de la ventana, echado en el poco espacio que los demás le habían dejado, estaba Conrado Buelga, un tipo de Laviana. Hacía dos días que lo torturaban para hacerle confesar el asesinato de dos guardias civiles de Sotrondio. Lo habían apaleado, pero él se había negado a firmar diciendo a voz en grito que no tenía nada que ver con esa historia. Entonces lo habían sumergido durante dos horas en un barreño lleno de agua helada y luego le habían azotado con

la fusta. Dicen que duele la hostia, pero él, erre que erre, no firmaba. Resulta que llegó un momento en que vio que no aguantaría otra paliza, y aquella mañana, mientras nosotros estábamos en el refectorio, el hombre se abalanzó contra un guardia intentando arrebatarse la bayoneta para matarse. Uno de sus compañeros consiguió detenerlo en el último momento, pero no había podido evitar que se hiciera una herida grave. Al que lo salvó le faltó tiempo para arrepentirse de su gesto. Si llega a imaginar lo que iba a pasar, seguro que no lo hace.

- Denle palos hasta que no aguante más -parece que dijo un capitán-. A éstos les gusta sacrificarse por un ideal...

A partir de ese momento, por nuestra celda pasó una procesión de guardias civiles encabronados, que le fueron pegando sin parar ni un momento. Él en el suelo, y ellos venga a darle duro, tres horas seguidas, en fila, uno detrás de otro, delante de los pocos presos que aquel día se habían salvado de las torturas.

Conrado quedó tendido en el suelo, delirando. Parecía un monstruo, con la cara desfigurada y el cuerpo hinchado, hasta tres veces el volumen normal... Tan mal lo habían dejado, que los guardias no se atrevieron ni a llevarlo al hospital. Sus quejas se habían convertido en gritos ahogados, débiles. Mirándolo, uno se daba cuenta de que aquellos gritos eran lo peor que puede salir de la gar- ganta

de un hombre, pero eran débiles, casi apagados, como si los estuviera arrastrando montaña arriba, como si se diera cuenta de que ya eran inútiles. De repente calló. A esas alturas, debía de estar más allá del punto en que uno piensa que la muerte es peor que la vida y dejas de tenerles miedo a la una y a la otra; más allá de ese punto en que le temes al tiempo. No sé por qué me levanté y me acerqué a él. Me agaché y le tomé el pulso. Bajo mis dedos noté como unos pasitos que se alejaban. Conrado murió alrededor de las cinco. Me acuerdo muy bien porque intenté mirar el reloj en la penumbra. El pobre también había recibido lo suyo, pero aún funcionaba. Al guardármelo, acaricié el dichoso pedazo de cristal en el bolsillo.

- Gerardo -llamé al volver a mi sitio.
- Déjame dormir -farfulló él en sueños.

Aquella misma mañana, yo también conocí a Doval. De haber podido opinar, me hubiera gustado retrasar algo el momento del encuentro: tenía hambre y sed y me dolía todo el cuerpo, pero a ellos les importaba un carajo lo que yo pensara. Vinieron cuatro.

- Mahojo -llamaron, asomándose a la celda.

Y yo me fui con ellos... ¿Qué iba a hacer si no? Dos guardias civiles delante y dos detrás, un pasillo, luego otro corredor con una vieja cómoda arrimada contra la pared, y al fondo un gran despacho con un mapa de Asturias. Doval estaba sentado a la mesa. Tenía el rostro alargado y regular, pero con las cejas siempre fruncidas; sonreía sólo con la boca, no con los ojos, que parecían contener con dificultad la rabia que se asomaba a ellos. Además, me habían avisado de que tenía un tic: cuando se cabreaba, se le empezaba a mover el lóbulo de una oreja.

- Las cosas claras, chaval -me dijo-. Aquí no nos andamos con bromas. Si tenemos que cargarnos a alguien, lo hacemos y basta, ¿estamos?

Creo que sólo conseguí asentir con la cabeza. Él me miró a los ojos, luego cogió un mapa y lo desplegó encima de la mesa.

- Mira esto -me dijo, en un tono frío y hosco.
- ¿Qué? -murmuré yo.
- Tienes que decirme dónde se ha escondido tu tío Adolfo. Nos consta que lo sabes.

Sentí que me quedaba sin sangre en el cuerpo y un escalofrío helado me recorrió la espalda. Permanecí callado, con la mirada fija en sus orejas. Cuando me pareció ver asomar un temblor, no aguanté más.

- Yo no sé nada -solté-, nada de nada. Pero ¿qué es esto? Primero me enchironan los rojos, y ahora venís vosotros y me preguntáis dónde está mi tío.

Gimoteaba y soltaba lágrimas peor que una niña. ¡Qué papel!, aunque poco me importa: con los huesos a salvo y el estómago lleno, cualquiera sabe controlar los nervios, tener ideas y mantener la cabeza clara, pero allá dentro lo único que contaba era sobrevivir, y ya me dirá usted qué importancia podían tener unos lloriqueos o una mentirijilla.

A todo eso, Doval no me quitaba ojo, como si quisiera hacerme una radiografía. Cuanto más me miraba, más

desnudo me sentía yo y más lloriqueaba. Al final, soltó un bufido y pegó un manotazo en el brazo de la silla

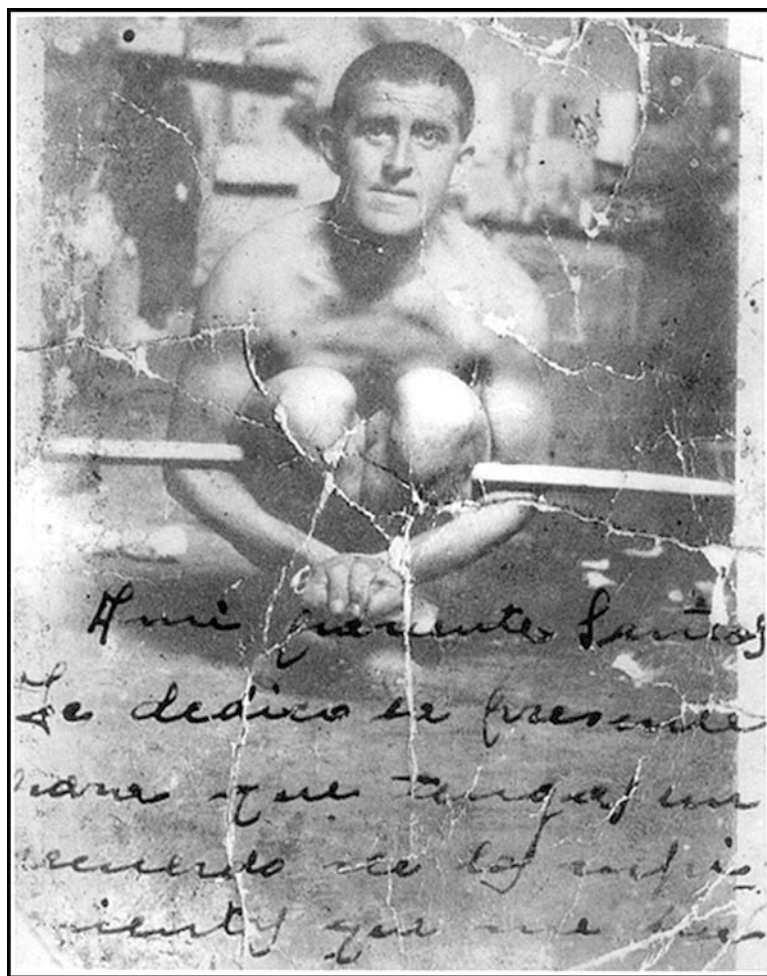
- Lleváoslo -dijo a los guardias, pero enseguida añadió:- Un momento.

Era la señal. Los cuatro se me echaron encima y me pusieron peor de lo que estaba: golpes de fusta y de culata en los pies, en la cara, en las costillas... Una faena digna de profesionales; me zurraban sin decir esa boca es mía, fríos, disciplinados. Cuando me arrastraron fuera del despacho, me crucé con Gerardo y otros dos guardias. Yo iba sangrando.

- Joder, Mahojo -murmuró Gerardo.

Lo empujaron contra la pared y le golpearon la cabeza con los fusiles. Luego lo perdí de vista porque me llevaron al patio. Llovía, como de costumbre. Caía un aguacero. Me pusieron de cuclillas en el suelo, con las rodillas juntas, y me ataron las muñecas pegadas a los tobillos. Luego, para impedir que me mantuviera derecho, me pasaron una barra de hierro entre los muslos y los brazos. A duras penas me mantenía en equilibrio de puntillas, el cuerpo doblado y hecho un ovillo. Empecé a llorar a lágrima viva, como si no tuviera bastante con el agua de la lluvia, que bajaba helada, machacando una y otra vez las heridas. Sin embargo, aquel tormento no había hecho más que empezar. A la media

hora, los guardias volvieron para darme otra paliza. Yo intentaba resistirme a los golpes, me tambaleaba, pero acababa cayéndome boca abajo en los charcos. Entonces me agarraban por el pelo, volvían a levantarme, y vuelta a empezar.



El cepo, un procedimiento habitual de tortura.

- De aquí no te vas hasta que no cantes -me decían.

Pero el destino quiso que volviera a desmayarme. En la celda, me despertó el olor a meados, que había empeorado. A mi derecha, enseguida reconocí a López Fombona, un viejo periodista de Gijón. Tal vez tenía unas cuentas pendientes con Doval porque a mí me constaba que desde el principio de la revolución el hombre se había limitado a ocuparse de su trabajo y nunca nos había apoyado abiertamente. Sin embargo, allí estaba, hecho unos zorros y sangrando. Parecía haberse vuelto loco; echado sobre sus propios excrementos, no hacía más que repetir: «Luz, luz masónica...» Yo cerré los ojos. ¿Cuánto tiempo más podría aguantar aquel horror? En lo que estaba pasando había algo que resultaba impensable. Entonces, para salvarse, uno se negaba a comprender y aparentaba que todo aquel dolor en el fondo era lógico. Si habíamos perdido, ¿de qué podíamos quejarnos?

Mantuve los ojos cerrados hasta que volvió Gerardo.

Lloraba. A él le había tocado la «aviación». Cuando le pusieron delante un papel donde declaraba ser el presidente de las Juventudes de Asturias y además culpaba a otros cuatro compañeros de Gijón de haber violado a dos chicas en Oviedo, el hombre se negó a firmar. Entonces le habían atado las manos detrás de la espalda, luego habían pasado una cuerda por las esposas y lo habían colgado del techo, subiéndolo con una polea. Le dolía como si le arrancaran los brazos, pero el chico intentó aguantar, de manera que le

colgaron de los pies un cubo lleno de agua para que se mantuviera aún más recto, y luego empezaron a golpearle por todas partes.

- No podía más. He firmado -me confesó llorando.
- Firmado, ¿el qué?
- Sólo que yo soy el presidente de las Juventudes.
- ¿Y el resto? -pregunté
- No, de lo otro nada. Por eso todavía estoy aquí. Y me han dicho que si mañana no firmo la declaración completa, vuelven a colgarme.
- ¡Silencio! -gritó un guardia.
- Anda, no te preocupes. Eso no es grave. Ahora intenta dormir un poco -le dije en voz baja a Gerardo.

Fuera había anochecido y seguía lloviendo. Desde la negrura, surgían en la celda unos lamentos sofocados, se oía alguna voz lejana, ruidos de camiones militares. Gerardo estaba a mi lado, respirando con fatiga.

- El problema de todo es que no puedo mover los brazos -murmuró-. Si pudiera, ya le hubiese dado buen uso a tu cristal.

No le contesté.

- Eh, ¿me has oído? -insistió Gerardo.
- A callar -vociferó el carcelero- o disparo a ciegas. Volví a cerrar los ojos, pero ni por esas pude dormir.

A partir de aquella noche no sabría decirle exactamente qué pasó ni cuándo. Me hice un lío con el tiempo, que se arrastraba por aquella celda como si anduviera cojo, esforzándose por ir atravesando unas horas interminables. Sin embargo, pensándolo ahora, es como si aquellos días se hubieran esfumado en un santiamén. Qué paradoja, ¿verdad? Cuanto más piensas en el tiempo mientras lo vives, más fácil es olvidarse después. En aquel entonces, me obsesionaba el tiempo que pasaba o no pasaba; ahora, si intento volver a él con la memoria, no encuentro casi nada: sólo la sensación de unos días todos iguales. Venían a recogernos por la mañana, nos interrogaban, si había suerte sólo nos pegaban, y si no, empezaban las sesiones de tortura. A veces, antes de atarnos de pies y manos o de someternos a la aviación, nos vendaban los ojos, y eso era lo peor, porque si ves qué hacen y sabes un poco antes de dónde te llegarán los golpes, al menos vas preparado, pero si estás a ciegas es como si el mundo entero te abandonara...

Al pasar así días y más días, tarde o temprano a la fuerza dejabas de pensar. Era mejor, mucho mejor, intentar

renunciar a los sentimientos, volverse insensibles, dejar que las cosas se arreglaran por sí solas, abandonarse a la voluntad de los demás. Nunca como entonces apreciamos tanto eso de poder comer cuando se tiene hambre, beber si te apetece, y que te dejen un rato tranquilo pensando en tus cosas. Para nosotros aquello era ser felices. Todo estaba al albur del cuerpo, que ya no hablaba una lengua hecha de palabras; se había reducido al mínimo y sólo entendía de dolor, sed y hambre. Qué sabrán ustedes... Ahora la gente joven lo ve todo fácil, cree que no hay límites. No entienden que no hay tanta diferencia entre un muerto y un vivo: sólo es cuestión de tiempo, nada más.

Cuando yo era joven, todo estaba más claro. No digo que fuera mejor, pero ciertas cosas las mamabas de pequeño, eran naturales. Gerardo, por ejemplo. Tenía poco más de veinte años y hasta un mes antes aún se veía capaz de ponerse el mundo por montera, pero la idea de dejarse la piel también entraba en sus cálculos, estaba acostumbrado a eso. También es verdad que aquellos hijos de puta se encarnizaron tanto con él que llegó incluso a desear la muerte. A lo mejor resulta que para ellos era importante demostrar que los rojos violaban a las mujeres, y no sé por qué habían pensado que, de todos nosotros, Gerardo era el más débil. Venían cada mañana a buscarlo, lo colgaban del techo y venga palizas, hasta el punto que empezaron a llamarlo el Aviador. Cuando volvía a la celda, era un amasijo

de carne inerte; no podía moverse, teníamos que darle de comer como a un niño, y por si eso no bastara, los guardias no lo dejaban sentarse ni dormir, pero él, tozudo, seguía negándose a firmar aquellas bobadas.

- ¿Qué coño te importa a ti? -le decíamos todos-. Total, ¿qué valor pueden tener estas declaraciones? No hay juez que vaya a tenerlas en cuenta.

Idiotas de nosotros. Lo que pasó fue que durante muchos meses los tribunales militares condenaron a la gente fiándose de aquellas declaraciones firmadas para huir de la tortura. Sin embargo, le decíamos eso a Gerardo por- que sabíamos que tarde o temprano la iba a palmar, y como el chico no tenía un pelo de tonto, pensó que cuanto antes, mejor. Un día intentó abrir la ventana y tirarse, pero con eso sólo se ganó una paliza más. La última noche, uno de los dos guardias pasó cerca de él. Yo estaba a su lado, muy atento, como un murciélago en la oscuridad. Oí que Gerardo le pedía prestada la pistola.

- No aguanto más -dijo-. Ten piedad. Me pego un tiro y punto.

Lo que yo oía ya no era su voz, sino un murmullo extraño que parecía subir del fondo de una gruta, pero el cuerpo tampoco parecía ya el de Gerardo: sólo quedaba de él un montón informe de carne hinchada y sanguinolenta.

- Te gustaría, ¿eh? -contestó el guardia-. Un tiro y adiós, se acabó el sufrimiento. Así cualquiera. No vales ni el precio de una bala, ¿entendido?

Cuando el hombre se alejó, Gerardo se quedó un rato callado. Yo le rocé una mano.

- No le hagas caso y déjate de tonterías -susurré. No sé si me miró o cerró los ojos para buscar las palabras.

- Por favor -suplicó-. Por el amor de Dios, que alguien me ayude. Yo no aguanto más. Acabemos de una vez.

Todo el mundo había oído aquella voz, las palabras de un hombre que estaba demasiado cansado de ser un infeliz, de un ateo que cuando invoca a Dios lo hace sabiendo que su deseo no admite réplica. ¿Cuánto podía aguantar Gerardo en aquellas condiciones? ¿Una hora, dos como máximo? Heraclio Santa Cruz se levantó en la penumbra. Era un gigante, al estilo de Regalado, un minero anarquista de Sama o de Laviana.

-Date la vuelta -indicó en voz baja.

Yo obedecí, pensando que quizá debería decir unas palabras. Busqué las frases adecuadas, pero no las encontré ni en el suelo, demasiado sucio, ni en el techo bajo. Tampoco estaban en mi cabeza, ni en la cabeza de nadie, creo. No había palabras. Punto. Sólo llegué a oír un estertor, y cuando

volví a mirar, Heraclio Santa Cruz estaba en su sitio, los guardias descansaban apoyados en el marco de la puerta y Gerardo, a mi lado, había dejado de sufrir.

Creo que desde entonces se me hace cuesta arriba controlar lo que llevo en el magín. Aun ahora, hay cosas que no he podido digerir. Llevo viviendo en Ciudad de México más de cincuenta años, y a veces, justo antes de dormirme, todavía siento un miedo extraño que penetra en mi duermevela como una mano helada. O a veces me pasa que me despierto por la mañana, me asomo a la ventana, miro la nube negra de contaminación que corta el cielo encima de la ciudad, saludo al afilador de cuchillos que instala su tenderete, y de repente, cuando más confiado estoy, aquella misma tristeza me golpea la espalda. Uno no puede alejarse de lo que ha vivido. El pasado vuelve, vuelve el dolor, vuelven las pasiones, y a menudo hacen daño. A lo mejor, exageramos dándole tanta importancia a la memoria. Si viviéramos en otro mundo, quizá valdría la pena pelear también por el derecho al olvido, pero en éste... Y además, ¿cómo quiere que me las arregle? No es nada fácil, he visto demasiado. Dos mil muertos, casi quince mil prisioneros, y todos, sin excepción, condenados a la tortura. ¿Se da usted cuenta? Quizás alguien le diga que hemos quemado vivos a los curas, violado a las mujeres, que hemos hecho estragos. No le crea. Todas son patrañas para echarnos mierda encima. Incluso el general Ochoa tuvo que admitir que la

historia de las atrocidades cometidas por los revolucionarios era exagerada. Dijo que matábamos a quien se nos resistía, pero que respetábamos a los prisioneros. De todo lo que se cuenta por ahí, sólo hay una cosa cierta: el 8 de octubre, el comité revolucionario de Turón fusiló a una decena de frailes y a dos oficiales de los carabineros. Un crimen asqueroso e inútil que todos condenamos. Nada más. Yo, en cambio, no tendría bastante con mis dedos, los suyos y los de mi nieto para contar a los amigos que perdí, para calcular cuántos años de retraso para España han supuesto gente como Ochoa, Doval, Franco... Así, no hay dios que olvide. Además, ya sabe: quien reniega del pasado, malogra el porvenir. Joder, qué tarde. ¿No le apetecería comer algo?

- Corta otra loncha, Andrés, y trae más pan, por favor. Venga, coma un poco más, que eso va bien para el cuerpo... Nosotros, el jamón ni lo veíamos. Como máximo nos daban unas patatas hervidas o un caldo de mala muerte con unos restos de verdura que flotaban por ahí, pero eso no era ni mucho menos lo peor. A mí me ataron tres o cuatro veces los pies y las manos, y los demás días el trajín siempre era el mismo: primero me interrogaban Doval o el teniente Ayuso, y luego los guardias me molían a palos durante un par de horitas. Yo parecía un disco rayado: no hacía más que decirles que no sabía dónde se había metido mi tío Adolfo, lo cual era cierto, y que, como víctima de aquellos hijos de puta

de los rojos, más que palizas merecía una medalla. Entonces me preguntaban:

- ¿Qué hacías tú en Oviedo?
- Buscaba a mi madre y a mi hermana -contestaba yo.

Además, me habían encontrado encerrado en una prisión, sin armas y muerto de miedo, así que... Pero desde luego no se me daba bien lo de contar mentiras porque nadie se creía el cuento, y venga palizas. A veces me entraban ganas de hablar, de decirles a la cara que puede que me hubiera cargado a algún que otro moro, pero luego me acordaba de Gerardo y me convencía de que era inútil, que confesar algo no me ahorraría ni una chispa de dolor. Y aguantaba.

Eso duró unos diez o veinte días, hasta que una mañana nadie se presentó a buscarnos en la celda. Nos quedamos todos en silencio, quietos, muy atentos, mirándonos de vez en cuando de reojo. Aquello no tenía buena pinta. En efecto, hacia las doce nos llevaron a todos a rastras al comedor y nos alinearon ante la pared. Teníamos los crucifijos a la espalda, como si observaran por encima de nuestras cabezas el ir y venir de los tricornios de los guardias. En el exterior debía de hacer sol, un sol velado por las nubes, porque desde las cristaleras nos llegaba una luz amarillenta cargada de partículas de polvo. Por eso, cuando se abrió la puerta del

fondo y entró el teniente Ayuso acompañado de otros guardias y de cinco o seis hombres de paisano, me costó entender quién era aquel tipo bajito con ojos de demente y unas manchas de barro en el traje. Ayuso iba delante, los seis de paisano detrás, y luego venía un cabo que tomaba notas. Cuando se paraban delante de un prisionero, uno de los seis asentía con la cabeza y el cabo enseguida apuntaba algo.

Cuando caímos en la cuenta, el silencio se impuso. Ahora sabíamos quiénes eran aquellos hijos de puta: eran los nuestros, nuestros camaradas, que ahora se chivaban. Éste ha estado en las barricadas, a éste nunca lo he visto, aquél se ha cargado a dos soldados... Lo mismo que en clase, cuando el maestro paraba el dedo sobre la lista de los nombres para preguntarnos la lección, sólo que ahora nos jugábamos algo más que un suspenso en geografía. Sentí un odio visceral, pero me cagaba de miedo. Me costaba respirar, el aire me quemaba en los pulmones, y sólo al cabo de un rato, cuando el cortejo ya había mediado la fila de prisioneros, pude mirarlos de frente y reconocí a Carlos Sánchez. Carlos, el de los gatos, el muy cabrón y renegado. Era como si hubiesen pasado cien años desde que me había dejado tirado en Gijón durante el primer asalto; desaparecido, volatilizado, y mira ahora por dónde volvía a aparecer. La verdad, no tenía buena pinta, seguro que él también había recibido su ración de palizas y ahora parecía

un traidor arrepentido de su propia traición. Iba lleno de magulladuras y los dedos se le movían sin ton ni son; de vez en cuando la boca se le torcía en una mueca nerviosa, como si tuviera hipo en la cabeza.

Iban acercándose. Si Carlos llegaba a denunciarme, me prometí a mí mismo que tarde o temprano le metería un gato en el culo, pero sentí cómo la sangre se me atascaba en las venas, los brazos sin fuerzas, lacios, como si acabara de descargar un camión de ladrillos. Cuando lo tuve cerca, noté un escalofrío que me recorría la espalda y se me nubló la vista. Sentí que sus ojos, ligeros como una araña, se paraban en mi pecho, vi que intentaba sonreírme, como un náufrago que acabara de encontrarse a otro en alta mar, vi reflejada en su cara la tristeza de haber llegado a ser quien era, pero bastó un instante para que de su rostro se borrara cualquier sentimiento. Miró al teniente Ayuso, negó con la cabeza y siguió adelante. Yo volví a respirar y la sangre empezó a correr de nuevo por mis venas. Lo vi alejarse junto con los demás y me entraron ganas de verle otra vez la cara. A lo mejor le habría sonreído, pero no: se fue detrás de los guardias con la cabeza gacha y los ojos fijos en las baldosas del suelo. Fue el último en salir; cruzó el comedor sin dejar de menear los dedos, abrió la puerta y se perdió de vista por el pasillo.

Quién sabe cómo acabó. No volví a verlo, aunque he pensado en él más de una vez a lo largo de todos estos años. Cierto que era un miedica y un traidor, pero me salvó la vida. Si me hubiera denunciado, como denunciaron a muchos de mis compañeros, a lo mejor ahora no estaría yo aquí fastidiándole a usted con mis historias. Pero Carlos calló. No sé bien por qué, cuando lo vi salir por la puerta, tuve el presentimiento de que mi calvario estaba a punto de acabar. Aquella noche no pegué ojo. Estaba nervioso, y en vez de intentar dar ánimos a aquellos que habían visto su nombre escrito en la libreta del cabo, no paraba de rumiar: pensaba en Carlos, y luego en Regalado, en Armando, en Mariano; me acordaba de Pilar y de mí follando en las barricadas, de tío Adolfo, de las joyas y los sombreritos de mi madre, de Libertad, que azuzaba a Pilar para que se liara conmigo, de las rabietas y las lloreras de Marcial. Pensaba que pronto volvería a verlos, pero mi mente se desentendía de esa idea. Cómo se lo diría yo: era como si pensara con los dedos, como si mi cuerpo se encargara de recordar a toda aquella gente, y no fueran necesarias las ideas y las palabras. Desde entonces, nunca he vuelto a tener esta sensación. Por eso, cuando los guardias vinieron a buscarme de madrugada, no tuve ni pizca de miedo, ni siquiera se me ocurrió pensar en los interrogatorios y en las torturas. Enseguida me puse de pie. En la penumbra, eché una mirada a los cuerpos amontonados de cualquier manera en la celda y volví a

respirar el aire impregnado de olor a meados, sudor y sangre.

-Que tengáis suerte -dije antes de salir.

-De ésta te has librado -me advirtió el teniente Ayuso-, pero ten en cuenta que no te vamos a quitar ojo.

Casi me hizo daño todo aquel aire fresco que me llenó los pulmones como un vendaval. La luz del sol, gris y brillante a la vez, velada por una cortina de nubes, resultaba cegadora. Durante el poco trecho que anduve, la gente se daba la vuelta para mirarme, hasta que yo mismo me vi reflejado en un cristal. Qué pinta... Delgado como un clavo, lleno de cardenales, con un ojo magullado y coágulos de sangre en el pelo, en la cara y en la ropa hecha jirones. Estaba hecho unos zorros.

En otros tiempos, alguien habría llamado una ambulancia y me habrían llevado al hospital, pero en ese momento nadie se me acercó.

Tenían miedo. Las calles estaban llenas de soldados, las camionetas de la Guardia de Asalto habían copado los cruces más importantes de la ciudad, y por doquier aún se veían señales de incendios y bombardeos: edificios derruidos, montones de escombros en medio de la calle, casas cerradas

con candado y abandonadas a las gallinas, que andaban escarbando a sus anchas por los patios. En la puerta principal de lo que había sido el Palacio de justicia colgaba una bisagra aún pegada a un resto de cascote, como una oreja truncada.

Lo mejor hubiera sido distraerme un rato, disfrutar de aquel poco de descanso, pero ¿quién tendría el valor de hacerlo ante aquel horror, con el alma enferma de tanta desazón? Lo mejor sería volver a Gijón lo antes posible para ver a mi madre y a Pilar, pero a pie y en aquellas condiciones nunca hubiera llegado. Me arrastré como pude hacia el norte, crucé los raíles del tren y como Dios me dio a entender llegué hasta la carretera que llevaba a Gijón. Tarde o temprano, alguien me recogería. Me senté en un mojón a esperar. Delante tenía el Naranco, cubierto en la cima por una bruma pegajosa; detrás, hileras de árboles que subían colinas arriba y unas chimeneas muy lejanas que se perfilaban contra el cielo gris. A unos cien metros a mi derecha había una pequeña iglesia. No sé por qué entré en ella. A lo mejor es que a veces, en ciertas situaciones, incluso un ateo piensa que sólo puede fiarse de Dios, o quizá lo que buscaba era un rincón tranquilo, quién sabe... En la iglesia, ni un alma; no estaba el cura, y ni siquiera vi por ahí a una de esas beatas pasando las cuentas del rosario, sólo unos diez bancos gastados y tres cuadros de santos colgados en las paredes. Al fondo, detrás del altar, vi un tabernáculo con las

palabras *Deus Absconditus* bañadas por una luz densa y herrumbrosa. Creo que me emocioné y que le recé a aquel Dios escondido, no me duelen prendas reconocerlo... Recé a mi manera, claro; charlé con él en silencio, como si estuviera hablando con mi padre en el cementerio, de pie, mudo, contándole sin abrir la boca todo lo que me había pasado; pero luego me arrepentí, tuve la sensación de que estaba haciendo el tonto, porque si yo hablaba allí con él y si él, estuviere donde estuviere, podía escuchar lo que le decía, entonces es que ya lo sabía todo, conocía pasado y porvenir, y no tenía sentido que yo estuviera allí pegándole la paliza.

Cuando salí se había levantado viento y en el cielo las nubes iban rodando delante del sol. Una sombra negra se estaba ensanchando encima del Naranco y muy pronto conquistaría toda la montaña. Miré largo y tendido los árboles y las casuchas que desaparecían, envueltas en aquella mancha oscura, hasta que un camión se paró delante de mí.

- ¿Qué, subes o no? -me preguntó el camionero. Tardé lo mío en reaccionar: no me lo podía creer.

Luego me levanté lo más rápido que pude y me subí al estribo. Le di las gracias tres veces antes de sentarme.

- ¿Tendría por casualidad un cigarrillo?

- ¿Qué coño te ha pasado? -me preguntó él, alcanzándome la cajetilla con la mirada fija en mis magulladuras.

- Una pelea entre amigos -murmuré.

El camionero me miró sonriendo, mientras yo con la cabeza gacha, disfrutaba del humo en los pulmones y sobaba un trozo de tela que colgaba del asiento.

- Abre la guantera -me dijo-; creo que dentro hay pan.

Qué bueno estaba. Hacía veinte días que no probaba el pan. Me lo fui comiendo poco a poco mientras miraba el campo que se deslizaba a los lados de la carretera. Todo aquel verde descansaba los ojos y me devolvía la calma. Nos paramos a menudo a lo largo del trayecto. Pedro, el camionero, bajaba para entregar y volver a cargar la mercancía, mientras yo lo esperaba dormitando en la cabina. Cuando me dejó en El Llano, ya había caído la tarde.

- Ándate con cuidado con esos amigos -me dijo con una sonrisa en los labios-. Son mala gente.

Yo también sonreí, pero mientras iba caminando y miraba a mi alrededor, mientras los ojos se me iban a las calles reventadas, a las casas destruidas por las bombas, a las marcas de bala en las paredes, a los guardias civiles que hacían la ronda, mientras miraba y remiraba mi barrio, un

mal presagio, malo de veras, malísimo, se me clavó en el estómago. Yo creo en los presagios. Una paloma que se posa en el alféizar y picotea el cristal de la ventana, un reloj parado entre las seis y las seis y veinte, ciertas ventoleras que llegan a rachas imprevistas, una perra que haya parido más de nueve cachorros... Ahora parecía un aguijonazo, como un alfiler que se me clavara en el píloro. Eso bastó para que me fuera corriendo a casa. Allí encontré la verja del patio comida por la herrumbre, la enredadera invadiendo las paredes, las persianas podridas, las ventanas destrozadas y sin cristales, la puerta abierta y dos ratones que corrían como flechas a lo largo de la fachada. Parecía increíble que se hubiera deteriorado tanto en tan poco tiempo. Dentro, el polvo se había adueñado de las habitaciones vacías. Faltaban alfombras, vestidos, colchones... Jodidos moros. Alargué un brazo y fui rozando las paredes, las ventanas, los muebles, como un alma en pena que revoloteara dentro de su pasado, sin saber qué me deparaba el porvenir.

- ¿Eres tú, Laureano?

La señora Bedoya, la vecina, se había asomado a la puerta sin soltar el tirador, dudando si avanzar unos pasos o volver a encerrarse en su casa.

- Dios mío, ¿tan mal estás? -exclamó tan sólo verme.

- Sí -contesté yo.

Entonces me cogió de la mano como a un niño y me llevó a su casa. La señora Bedoya era viuda y vivía sola con la única compañía de un gran perro blanco que se llamaba Trueno y dormía en la cama con ella. Se entretenía cocinando platos que luego casi ni probaba, y lo que sobraba se lo comía el perro. Aquel día me tocaron en suerte sardinas y empanada, y de todo ello di buena cuenta mientras Trueno me miraba con cara de pocos amigos y gruñía tumbado a mi lado. Más tarde me di un baño y dejé que la señora Bedoya me limpiara las heridas, mientras yo me fijaba en su bigote, en las manos deformadas por la artritis y en las arrugas de su piel. Me dio pena, tan envuelta en su soledad. Me hubiera gustado saber dónde estaban mi madre, Marcial y Libertad, pero algo en mi interior me pedía que callara, hasta que no pude más y solté la pregunta. Empezó a suspirar y a refregarse las manos en el delantal... Nada, silencio. Después se llevó las manos a la cara e hizo una mueca, mirando primero al suelo y luego al techo.

- Tu madre murió -me soltó a bocajarro, como un tiro de fusil.

Dios sabe si hay formas de decir determinadas cosas, expresarlas de una manera que no duela tanto. La experiencia me dice que no, y por eso no le guardo rencor a la Bedoya, que descansen en paz ella y su perro. ¿Qué quiere que le diga? Yo en aquel momento ni siquiera me lo tomé

tan a pecho. Uno no se da cuenta enseguida de ciertas cuestiones; hace falta tiempo para comprender que a partir de cierto momento tendrás que vivir como si te faltara algo esencial, que tendrás que apañártelas, pongamos por caso, sin hígado o sin riñones. Tanto si duele como si no, la gente llora, entre otras cosas porque no sabe qué más hacer. Yo no solté ni una lágrima, pero me puse blanco como una sábana y en vez de mirar a la Bedoya, me dio por contemplar el vacío. Ella se había quedado de pie detrás de mi silla, y con una mano apoyada en mi hombro me contaba que, en cuanto supo de los saqueos, mi madre se había emperrado en volver a casa. No había habido manera de convencerla para que se quedara a resguardo en casa de tía Amalia. Habían emprendido a pie el camino de vuelta por la mañana, dos días después de que cayera Gijón, y cuando Libertad se había parado para que Marcial hiciera pi pi, ella había continuado andando y le había gritado que se dieran prisa, pues no quería pasar la noche en la carretera. Ahí la había pillado de lleno una bomba tirada desde un avión que iba de regreso a León. Una bomba que habían tirado a la buena de Dios, porque a lo mejor no querían volver a la base cargados de material. Qué mala suerte...

- Me cago en la puta -murmuré yo.

Marcial y Libertad estaban otra vez en Entrialgo, en casa de tía Amalia.

La Bedoya añadió que me convenía hacer acto de presencia, decirle a la tía que me encontraba bien... Sí, le dije, sí. Pero ahora ya estaba de vuelta en casa y pensaba en cuando mi padre aún vivía y en mi madre, que sonreía junto a él el día en que me habían llevado a los caballitos, recordaba las joyas y los collares con que ella se engalanaba en sus últimos años, en el día en que me maldijo sin intentar siquiera resguardarse de los silbidos y las piedras: «Tú ya no eres hijo mío, tú ya no eres hijo mío.» Aquel grito me retumbaba en la cabeza. Ahora, delante del armario de mi madre, delante de los dos únicos vestidos que los moros habían despreciado, supe que iba a escuchar aquellas palabras tuyas una y otra vez, hasta el fin de mis días. Y si de muestra le vale un botón, aquí me tiene, repitiéndolas. Los muertos pesan, sí, porque notas su ausencia, pero sobre todo por aquello que nunca hemos conseguido decirles y por lo que no han podido decirnos.

Siempre hay algo como dejado a medias entre ellos y nosotros, ese algo que te hace pensar que a lo mejor hubiera bastado un gesto o una palabra para no seguir viviendo con ese peso encima. Pero esas nostalgias tontas sólo son agua que no mueve molino. Así es la vida, y punto. Entonces aún no lo sabía. Me tendí en el somier de mi cama y esperé a que clareara el día.

No era fácil. Aquella mañana fría que amenazaba lluvia no era nada fácil de aguantar. Parecía uno de esos días en que te preguntas si el mundo anda del revés y te cagas en todo. A esas alturas, casi tenía miedo de seguir viviendo. Lo mío no era tristeza ni desconsuelo; es que por dentro me sentía tan vacío como una campana. Me hubiera quedado de buena gana allí para siempre, quieto, en mi casa, con la mirada fija en el polvo que se había acumulado encima de la mesa y en la luz grisácea que bañaba las paredes, pero no: había que agarrarse a algo. Tras mucho pensar, la única a la que me entraron ganas de abrazar fue a Pilar. Delante de ella, no me hubiese importado soltarme y llorar. Porque lo que yo quería era llorar, llorar hasta hartarme, con la cara hundida en sus tetas, aunque ella se quejara de que le mojaba la blusa... Ya, ya veo que sonrío y quizá no se atreva a decirme que aquello era una tontería; adelante, que yo no me ofendo, pero me habría gustado verle a usted en mi lugar. Usted, como yo, hubiera salido volando a buscarla, intentando esquivar a los soldados apostados en cualquier esquina y, como yo, lo habría pasado muy mal al descubrir que hacía una semana que Pilar no aparecía por la peluquería de la calle Jovellanos.

- A lo mejor está en su casa -me comentó la dueña. Marcha atrás. Volví corriendo a El Llano. Soplaban un viento helado y yo sólo llevaba una americana vieja de mi padre. Me abrigué bien en ella con el cuello y las solapas levantadas mientras subía por la avenida Schultz. La calle donde vivía Pilar era muy estrecha, pero, aunque la luz penetraba a duras penas, pude comprobar que las balas y las bombas casi no la habían tocado. Era como si aquella catástrofe no hubiera tenido lugar, me parecía estar en una isla que flotaba en medio de un cataclismo. Aquella calle era tan normal y tranquila que casi me sosegué, pero la calma duró lo que una meada contra una pared. ¿Y si su padre me echaba? A tomar por el culo él también... Sacando fuerzas de flaqueza, entré en un zaguán oscuro y subí los peldaños de la escalera de dos en dos. Olía a cerrado y a patatas. Antes de llamar a la puerta, me arreglé el cuello de la americana y me recompuse el pelo. No sé por qué, aquel gesto me devolvió la confianza en mí mismo y pensé que Pilar vendría corriendo a abrazarme y a llenarme de besos, pero no... Cuando abrió la puerta y me descubrió envuelto en un halo de penumbra, me recibió con un simple hola.

- ¿Nada más? -pregunté yo.

Allí estaba, quieta, apenas dibujada a contraluz, mirándose como si yo fuera el chico de la tienda de comestibles o el fontanero.

- ¿Por qué no fuiste a la cita? -me preguntó con voz de hielo-. Estuve esperándote toda la noche.

Hubiera debido imaginármelo. Las mujeres son así de raras. Aunque se te caiga el mundo encima y la Historia con mayúsculas se te cruce en el camino, ellas siguen pensando en nuestra cita en el portal del Nieto. No hay quien las entienda. Si tienes suerte, con el tiempo llegas a enterarte de algo, y créame si le digo que con eso hay que contentarse, pero ¿qué sabía yo entonces? Allí plantado, me entró un cabreo de padre y señor mío, y la rabia se impuso a la desilusión.

-Si me dejas entrar, a lo mejor te lo cuento -contesté entre dientes.

Pilar se hizo atrás y yo decidí cambiar de estrategia. Salí de la penumbra, mostrando los cardenales, el ojo magullado, la mirada triste y el aspecto de un santo ofendido y martirizado.

- Virgen santa, ¿qué te ha pasado? -gritó ella.

Y al decirlo, ya me estaba llenando de caricias y de besos el cuello y las mejillas, pero de repente desistió, se apartó un poco y descubrió en mis ojos una chispa furtiva de victoria.

- Está bien -me dijo-. Cuéntame.

Al rato Pilar estaba de pie al lado de la ventana, con la mirada fija en las primeras gotas de lluvia que resbalaban por los cristales, y yo no tenía valor para levantarme de la butaca y acercarme.

- ¿Dónde han ido a parar los tuyos? -pregunté. Estaba sola en casa. La madre y la hermana mayor habían ido a la cárcel del Coto a pedir noticias del padre. Lo habían arrestado el día de la caída de Gijón, y aún no habían conseguido verlo. Iban al Coto cada día, y cada día volvían con las manos vacías, sin saber siquiera si aún seguía allí. Pilar había tenido que dejar la peluquería para hacerse cargo de la casa.

Mientras hablaba, un pensamiento negro debió de pillarla a traición porque vi que se volvía hacia la ventana y la oí sollozar. Hubo un silencio largo, de esos que no se llenan con nada, espeso y cargado como un cielo encapotado, hasta que Pilar se giró y volvió a mirarme.

- Me han contado lo de tu madre -murmuró.

Ahora me tocaba a mí tragarme la amargura, pero tuve el valor de levantarme y de abrazarla. Allí estuvimos, balanceándonos un rato, ella con la cabeza apoyada en mi hombro y yo con la cara enterrada en su cabello. Vamos, que al final nos besamos. Llovía a cántaros, los truenos arreciaban y el perfil de los relámpagos se dibujaba contra el

ciclo negro. Nosotros dos ya no éramos los mismos que habíamos sido, y nunca volveríamos a serlo. Sin embargo, igualmente la ropa se cayó al suelo, sonó un trueno, el repiqueteo del agua contra los cristales, el gorgoteo de las cañerías, algún suspiro mío o de Pilar... En los gestos, en el modo de tocarnos, aquello se parecía mucho al amor, y sin embargo estábamos muy lejos de eso, como si allí acostados hubiera dos fantasmas, dos condenados a muerte demasiado preocupados por saborear las últimas cosas buenas de la vida. Quizá lo mejor hubiera sido dejar que el tiempo pusiera a cada cual en su sitio... En estas cuestiones, el tiempo suele ser lo mejor que uno tiene de su parte, pero nosotros teníamos la sensación de que ya era tarde para todo.

Más tarde, acurrucada en su rincón, ella me dejó hablar. Ya entonces sabía que los hombres disfrutaban explicándoles a las mujeres el qué y el cómo de la vida. Le conté mi historia, dándole detalles suficientes como para hacerme perdonar el plantón y lo demás, sin pasarme en lo de mis desventuras porque sabía muy bien dónde estaba su padre. Le dije lo que pensaba del trabajo de los camaradas en aquella fase del proceso, le acaricié las mejillas y lamí las lágrimas que iban naciendo en sus párpados húmedos. Hice lo que tenía que hacer, me porté como es debido, y ella dejó de llorar para dedicarme una sonrisa.

-Es tarde ya -dijo-. Mi madre y mi hermana están a punto de volver.

Cuando salí, el viento había amainado y las gotas caían ligeras. Al cabo de poco, dejaría de llover. No tenía ningunas ganas de volver a casa y decidí irme a caminar por ahí un rato. Las calles casi estaban vacías, excepto los soldados de ronda y una poca gente que pasaba deprisa. Cuando llegué al puerto era de noche. Un muro de nubarrones negros se iba deshaciendo lentamente en el cielo y los colores rojo y violeta de la puesta de sol iban asomando entre jirones de negrura. Sentado en un noray, miraba las barcas balancearse, contemplaba el cielo y el agua oscura que lamía una y otra vez el embarcadero. Ni yo ni nadie sabría nunca si lo que sentía eran los últimos rescoldos de una tristeza vieja o los primeros embates de un nuevo pesar.

Al día siguiente, lo primero que hice fue escribirle una carta a tía Amalia: le dije que iba tirando, pero que me hiciera el favor de seguir cuidando de Marcial y Libertad mientras yo intentaba salir de apuros. No era cosa de cargar con mis hermanos, pues bastante tenía con resolver qué hacer conmigo mismo.

Era la pura verdad; si en aquel momento la viuda Bedoya no llega a echarme un cable, me habría muerto de hambre. Encontrar trabajo era imposible: los muy hijos de puta habían anunciado que las minas y las fábricas no abrirían hasta que no entregáramos el dinero del Banco de España y los fusiles que nos quedaban. Para colmo de males, Doval se había inventado una cartilla donde iba reseñado el comportamiento de cada cual: quedaba anotado si habías participado en una huelga, si eras militante sindical o un buen padre de familia. Para trabajar era indispensable la cartilla, y si no le caías bien al amo te quedabas en la calle, así que para mí las cosas se habían puesto muy feas.

Aquel día me lo pasé andando de un barrio a otro. Con las minas desiertas, las fábricas cerradas a cal y canto, los bares y restaurantes que funcionaban a ratos, con las tiendas que abrían cuando al dueño le venía en gana y muchos edificios derrumbados, Gijón parecía una aldea de fantasmas. Fui a la Casa del Pueblo y la encontré vacía y saqueada. Lo mismo pasaba con la sede. Por la noche, me di una vuelta por las bodegas con la esperanza de toparme con alguna cara conocida. Nada. Como si mis camaradas hubieran sido sacos de basura y acabara de pasar un camión para llevárselos.

Pregunté a Pilar, pero poco o nada saqué en claro. La chica sólo sabía por su madre y su hermana que los prisioneros del Coto habían empezado una huelga de hambre para protestar por el traslado de los condenados a muerte a la cárcel de Pamplona, de modo que durante dos o tres días no pude hacer otra cosa que leer los periódicos entre líneas, preguntar a los taberneros, a los limpiabotas, a los que vendían lotería, al abuelo de un amigo mío de primaria, casar gestos y medias palabras, hasta que una noche volví a casa con las ideas claras: tío Adolfo estaba escondido por ahí, y Mariano y Regalado estaban en la cárcel, probablemente en el Coto o en la Ilesiona.

¿Nunca le ha asaltado a usted un pensamiento, una sensación, sin tener tiempo de decir esa boca es mía? Aquella noche, de repente comprendí que estaba solo y

huérfano. Imposible concebir una soledad mayor. Ya sé que estaba Pilar, pero ella sólo contaba hasta cierto punto. Tenía sus propios problemas, y más bien hubiera tenido que ser yo quien me ocupara de ella. No sé si lloré, pero sí recuerdo que busqué las fotos de mis padres en el fondo de un viejo arcón. Encontré dos. En una de ellas aparecía yo también a los cuatro o cinco años. Mi madre estaba sentada en una silla, Libertad y yo en su falda, y mi padre, nada favorecido, de pie a nuestro lado, con la mano derecha apoyada en el respaldo, los ojos cerrados y cara de bobo. En la otra, tomada quizás en los jardines de Begoña, él tenía un brazo apoyado en los hombros de mamá y sonreía, tieso como un palo. Debía de ser la época del noviazgo porque tendrían más o menos mi edad. Los vi jóvenes, tan jóvenes como yo. Era la primera vez que pensaba en ellos sin verlos como a dos viejos, y me di cuenta de que ellos también habían tenido dieciocho años. Dios sabe qué habían esperado de la vida, pero ya ve usted... sólo quedaban aquellas dos fotos.

Las dejé encima de la mesa y me acerqué a la ventana. Había anochecido y Trueno ladraba a ratos en la oscuridad. Allá de pie, con la frente apoyada en el cristal de la ventana, no oí el ruido de la puerta al abrirse.

- ¿Qué, mirando el paisaje?

No había ningún paisaje que mirar, pero me pareció reconocer aquella voz.

- ¿Cómo va eso? -añadió.

Se había afeitado el bigote y llevaba un abrigo grueso y desgastado que le colgaba de los hombros como si el hombre hubiera menguado; la cara era todo ojeras y tenía las mejillas hundidas. A punto estuve de dar saltos de alegría, feliz de volver a verlo, pero me contuve pensando que estos gestos entre hombres son de mal ver.

- Estoy bien, ¿o quieres que te cuente la verdad? -le contesté.

Tío Adolfo esbozó una sonrisa y se sentó en una silla, pellizcándose la raya del pantalón.

- No hace falta que me cuentes nada. Ya sé qué te ha pasado -me dijo.

Yo lo miraba muy serio y él seguía sonriendo. No parecía posible que hubiera adelgazado tanto en tan poco tiempo.

- Y tú, ¿qué? -pregunté.

Fue entonces cuando se le fueron los ojos a las dos fotos, y su sonrisa fue desapareciendo. Estuvo manoseándolas un buen rato; luego se levantó y me dio un abrazo. Eso fue todo.

- No puedo quedarme mucho. Me he arriesgado viniendo -comentó.

Me dejó algo de dinero y me aconsejó que tuviera mucho cuidado, que procurara que no se me viera demasiado por ahí.

- Ojo, que estos billetes queman... Son del Banco de España, ¿entendido?

Ahora me tocó a mí sonreír, pero seguramente lo que se pintó en mi cara fue una mueca de temor, porque tío Adolfo se apresuró a tranquilizarme.

- Vamos, chico, no te lo tomes tan en serio. Nadie se enterará.

Cuando ya me había dado una palmadita en la mejilla en su gesto habitual de despedida y estaba a punto de salir, le pregunté dónde se escondía.

- Es mejor que no te lo diga. Ya daré señales de vida. Lo vi marcharse encorvado, encerrado dentro de aquel abrigo como en un nicho, hasta que desapareció en la oscuridad. El aire era frío, pero seco y quieto como si estuviéramos en agosto. Incluso vi estrellas en el cielo. Cuando cerré la puerta, las campanas de San José daban las once.

Volví a ver a tío Adolfo cuatro días después. Si descontamos a Pilar, que, figúrese usted, incluso estaba contenta porque sabía que su padre estaba de verdad preso en el Coto, fueron días duros. Para mí el aire de Gijón se había vuelto

casi irrespirable. En cuanto daba un paso, la Guardia Civil me paraba. Nombre, apellidos, edad, documentos...

-Mahojo, ojo al parche. Mahojo, mira bien por dónde pisas.

No cabía duda de que me conocían, que estaba fichado y me vigilaban y lo mismo en todos los aspectos de la vida. En cuanto al trabajo, no había manera, ni siquiera como camarero temporal o descargando pescado en el puerto. Nada. En cuanto me echaban un vistazo, decidían que cuanto más lejos, mejor. Peor que un leproso. Y los únicos que hubieran querido ayudarme no podían, unos porque estaban muertos, otros escondidos, y los demás, presos... Y Doval no paraba de meter gente en la cárcel. Uno tras otro, los nuestros fueron cayendo en sus redes. Al último lo pillaron justo en esa época, el 3 de diciembre. Era González Peña y lo cogieron en Ablaña, en casa de la viuda Montoto, escondido en el desván. Incluso le hicieron la foto, de pie, rodeado de un centenar de soldados satisfechos. No sé si me explico. El terror nos rondaba; era como si la gente, al acostarse por la noche, en vez de soñar se precipitara en un miedo espeso y se levantara por la mañana con las ojeras pegadas a la cara y el perfil aún más afilado. ¿Cuánto tiempo más duraría aquel infierno?

Pilar y yo nos mirábamos a los ojos y sabíamos que por mucho que andásemos dándole vueltas a lo del matrimonio y los hijos, aquello era hablar por hablar, un sueño que quizá

nunca se haría realidad. Para consolarnos, hacíamos el amor en cuanto podíamos, aprovechando una salida de su madre o en el somier de mi casa, escondiéndonos de la viuda Bedoya, de prisa y corriendo, con la ropa puesta para no tener frío. Luego, cuando Pilar ya se había ido, yo aún me la meneaba un par de veces pensando en lo que acabábamos de hacer. Benditas ganas y bendita juventud. Pero siempre, al cabo de media hora, la tristeza me volvía a apretar la garganta, y con ella el deseo de no estar allí. Por eso, cuando tío Adolfo me dio la noticia, no me lo tomé tan a pecho.

Llegó a altas horas de la noche. Trueno no ladró, pero en aquel silencio, la puerta chirrió al abrirse. Yo siempre he tenido el sueño muy ligero y basta el vuelo de una mosca para despertarme.

- ¿Quién va ahí? -pregunté gritando, de pie encima de la cama.

- Tranquilo, soy yo -me contestó tío Adolfo. No me dejó encender la luz.

- ¿Tienes una vela? La ponemos en el suelo y desde fuera nadie nos ve.

Estábamos sentados a la mesa de la cocina y nuestras sombras se movían en las paredes. No se oía ni un solo ruido, sólo de vez en cuando el rumor de las correrías de un

ratón en el desván. Me balanceé hacia atrás en la silla y empecé a bostezar.

- Tienes que venirte conmigo -me dijo tío Adolfo-. Ahora mismo.

Me quedé a medio bostezar y las patas de la silla volvieron a tocar el suelo con un golpe seco.

- Vendrán a por ti al amanecer. Alguien se ha chiva- do. Te acusan de haber fusilado a un cura y a un subteniente de la Guardia de Asalto.

- ¿Es que se han vuelto locos? -pregunté en voz baja.

Bien mirado, tampoco era de extrañar. Yo sabía perfectamente cómo conseguían aquellas confesiones. Pero ¿quién le había dicho a tío Adolfo lo del cura, lo del teniente, y el cómo y el cuándo vendrían a por mí? El hombre se levantó, se sacó el reloj del bolsillo y miró la hora.

- Anda, date prisa que es tarde. Tenemos mucho camino por delante.

- No puedo. Antes tengo que pasar por casa de Pilar.

- A ti te falta un tornillo. ¿Te das cuenta del peligro que corres? Ya le escribirás. Puedes enviarle una carta.

- He dicho que no -insistí.

Joder... Si llegaba a cabrearse podría darme otro tortazo como el que me había soltado muchos años atrás en aquella reunión, pero tío Adolfo sólo dio un bufido moviendo la cabeza.

- Eres tan tozudo como tu madre.

Yo me columpiaba en la silla y esbocé una sonrisa por- que creí que ahora tío Adolfo empezaba a tratarme como a un adulto, a escucharme. No le miraba directamente, sino que espiaba su sombra que andaba entre las paredes de la habitación, hasta que la mancha oscura se quedó clavada ante el fregadero, frente a la mía, que se mecía. Ahora lo tenía de pie a mi lado.

-Vale -suspiró-. Anda a ver a Pilar, pero sal ahora mismo y no tardes más de media hora. Luego te buscas un buen escondrijo en una granja y te reúnes conmigo mañana a las doce de la noche. En la playa del Cervigón, ¿te acuerdas? La misma donde nos citamos la noche del Turquesa.

Sólo cuando estaba a punto de salir se me ocurrió preguntarle adónde iríamos.

- A Francia -susurró.

De no ser por Pilar, aquello me hubiera parecido fantástico. Ir dando tumbos por el mundo como un vagabundo era lo mío, lejos de los recuerdos tristes y de la cárcel. Una vida

nueva... Allí en Gijón no me quedaba nada por hacer. Sólo echaría de menos a Pilar; una chica como ella no la iba a encontrar a la vuelta de la esquina. Me animé pensando que pronto volvería para verla o quizás ella podría ir a París conmigo al cabo de un par de meses... Fueron ideas repentinas, que se me ocurrieron mientras tío Adolfo aún estaba soltándome el sermón.

- A las doce en punto de la noche, ¿eh? Mucho ojo. Y procura que no te pillen.

Antes de salir, se quitó el abrigo y me lo dio.

- Le vas a sacar más provecho que yo -me dijo.

A él le iba muy grande, pero a mí me quedaba que ni pintado. Busqué unos calzoncillos en el armario y me los puse en el bolsillo, luego me fui a la cocina y apagué la vela. Cuando cerré la puerta por última vez, no pensé en nada especial. Me subí las solapas del abrigo y me fui corriendo a casa de Pilar. Por la calle, no se veía un carajo: las farolas apagadas, el cielo sin luna... Y un silencio imposible de igualar, que se me vino encima en cuanto me paré: sólo oía el corazón que me latía en las sienes y el suspiro del viento que corría entre las casas. Busqué a ver si daba con unas cerillas. Encendí una y miré la hora. Mi reloj, maltrecho y sin cristal, marcaba las cuatro menos cuarto. Se trataba de encontrar la ventana de Pilar y unas piedrecillas para

lanzarlas contra los cristales. Ya se sabe que la prisa es mala compañera. En aquella calle no había piedras ni por casualidad y las únicas que encontré tras mucho tantear eran demasiado grandes. Pensé encender otra cerilla, pero mientras sacaba la caja del bolsillo se me cayeron los calzoncillos y no supe dónde. Venga a buscar los calzoncillos y las piedrecillas, pero sólo encontré algún que otro palito de madera húmedo. A la mierda, ya me las arreglaría con eso.

Pilar tardó una eternidad en despertarse y abrir la ventana.

- ¿Eres tú? -grité, procurando no levantar demasiado la voz.
- ¿Qué quieres a estas horas ?
- ¿Bajas o no bajas?

Cuando vi que se abría la puerta de entrada, encendí la última cerilla. Pilar llevaba un camisón largo y blanco, y el escote mostraba la hendidura entre los pechos. Me quedé quieto ahí, mirándola con cara de tonto. Vaya momentos aquellos para pensar en ciertas cosas... Me espabilé al notar que la llama me quemaba los dedos. De nuevo, la oscuridad más absoluta.

- Me están buscando, vienen a por mí. Mañana me marcho a Francia con tío Adolfo -solté de sopetón.
- Me voy contigo -decidió ella.

No se lo pensó dos veces. Yo debía ser suyo, y punto. Lo mejor que tienen las mujeres es que van derechas al corazón, sólo que a veces se olvidan de las circunstancias, no se preocupan poco ni mucho de las consecuencias, y a nosotros los hombres nos toca procurar que las consideren. ¿Qué había dicho tío Adolfo? Ah, sí...

- A ti te falta un tornillo. ¿Te das cuenta del peligro que corres? Además, yo volveré pronto. Sólo hay que esperar hasta que las aguas vuelvan a su cauce. Descuida, que te escribiré.

- He dicho que voy contigo.

No sé quién era el más tozudo de los dos. ¿Cómo se lo iba a contar a tío Adolfo? Intenté ganar tiempo y hacerle entrar en razón.

- Lo hablamos mañana -le dije, procurando que mi tono de voz resultara sosegado-. Yo voy a esconderme en la granja de Silverio Abril, hacia Ceares, cerca del cementerio. A las doce nos vemos allá y seguimos hablando. A ver si puedes traerme algo de comer...

Me hizo el gran favor de dejarme decir la última palabra y se fue escalera arriba, triste quizá, ofendida, preocupada o contenta... Quién sabe. Al llegar al final de la calle me di la vuelta.

Su ventana iluminada era un rectángulo amarillento colgado en la negrura.

* * *

Las seis, a punto de amanecer. Yo, echado encima de unos puñados de paja marchita que había encontrado en un rincón de la granja. La luz del alba apuntaba entre las nubes, deslizándose entre una bruma algodonosa que desaparecería con el sol. Justo delante de mí, la silueta confusa de un olmo solitario cubría la colina. No dormía, pero tampoco pensaba. Ahí estaba, como un gato: cerraba los ojos, los abría para mirar el olmo envuelto en la creciente claridad, y luego los volvía a cerrar. Así, hasta que, alrededor de la una, vi a Pilar que subía por la carretera de Ceares. Sacó pan y queso de un bolso que llevaba en bandolera y me los dio.

-Todo arreglado -soltó.

Qué quiere que le diga... Después de mucho discutir, resultó que a la cita de medianoche en Cervigón nos presentamos los dos. Joder, qué oscuro el cielo aquel, muy bajo sobre el mar, con un cacho de luna agrietada escondida detrás de una nube negra... Sólo se oía el rumor de las olas que rompían contra las rocas, revolviendo algas y agua arenosa.

En cuanto nos vio a Pilar y a mí que nos acercábamos cogidos de la mano, tío Adolfo puso una cara de perro que ni le cuento. Detrás de él estaba Perfecto Suárez, el que había pilotado la lancha la noche que viajé en la Fermín Galán. Un poco más allá, de pie cerca de la orilla, estaba un tipo alto que no reconocí. ¿Qué iba a decir ahora? ¿Me quejaba de que Pilar se había pegado como una lapa? ¿Le pedía a tío Adolfo que intentara convencerla para que volviera a casa o trataba de persuadir a mi tío de que la llevásemos con nosotros? Tío Adolfo por un lado y ella por otro: mal asunto.

- Pilar también quiere venir -apunté, sin mojarme demasiado.

- Eso ya lo veo -comentó tío Adolfo, muy seco-, pero ya te dije que andamos metidos en un asunto muy peligroso. No hay nada que hacer, de verdad. Y no quiero volver a hablar del asunto, ¿oyes?

Estaba muy cabreado. Yo bajé la mirada, así que no me di cuenta de que Pilar se lanzaba hacia delante. Sentí que me rozaba y se acercaba a tío Adolfo. Vi cómo le estampaba un beso seco en la mejilla y lo abrazaba.

- Por favor, se lo ruego...

Con Pilar colgada de su cuello, él se volvió hacia Perfecto Suárez y luego volvió la vista hacia el hombre que nos esperaba a pocos pasos de la lancha. Quería que alguien le

echara un cable, buscaba una orden, un consejo, pero su mirada se encalló en la oscuridad. Tendría que decidir solo, con precipitación, en un santiamén.

- Bueno -murmuró-, pero apuremos.

En la cara se le congeló una sonrisita como de «¡desgraciado de mí!» porque enseguida se arrepintió de su decisión. Pilar le estampó otro de sus besos y yo levanté el puño al cielo en señal de victoria.

- Gracias, tío Adolfo, gracias -íbamos repitiendo, como dos cotorras.

- Basta ya, callaos de una vez -dijo Perfecto Suárez-, si no queréis que os deje aquí tirados.

Me tocó a mí empujar la lancha, naturalmente. Con aquel frío, joder, con el agua helada que me iba empapando los pantalones, y con las rocas que si no estaba alerta me rajarían los pies... Esa vez me subí a la lancha como un auténtico marinero, pero no se acabó ahí la cosa. Se trataba de navegar a remos para no hacer ruido, y Perfecto Suárez y yo venga a darle a los remos hasta que estuvimos en alta mar y pudimos poner en marcha el motor. Por fin descansé sentado en la proa, a la izquierda de Pilar.

- Oye, ¿ése de ahí no es Graciano Antuña? -me susurró ella al oído.

Sí señor. Ahí estaba. El hombre más buscado de toda España se largaba con nosotros. Si los guardacostas nos pillaban, todos tendríamos el mismo fin que él. Era difícil no pensar en ello. Apreté la mano de Pilar, intentando disimular un escalofrío.

- ¿Qué te pasa ?

- Nada, que hace frío. Y deja ya de dar la lata.

Ella no tenía la culpa. Estaba encantada de haber podido venirse conmigo, pero yo me sentía atormentado por un sinfín de dudas y preocupaciones. ¿Y si nos pillaban? Además, ¿cómo íbamos a llegar a Francia si aquella lancha no servía ni para ir hasta la esquina? Me acerqué a tío Adolfo y se lo pregunté.

- ¿Qué, Pilar está preocupada? Tranquilo; nos esperan un poco más allá, mar adentro... Un barco francés que transporta sidra a La Rochelle. Hemos insistido lo nuestro para que el capitán aceptara.

No tuvo que añadir más.

- ¿El dinero sigue siendo el del Banco? -pregunté. Tío Adolfo asintió con un gesto y sonrió. Muy bien, el hombre sabía lo que se traía entre manos, pero ¿y los guardacostas, los soldados, la armada?

- No te preocupes -me dijo-. Hace días que vamos esparciendo bulos por el puerto. La Guardia Civil ha venido dos veces a inspeccionar barcos y barcasas buscando a Graciano, y está claro que no lo han encontrado. Ahora, todo tendría que ir como la seda. Fíjate que...

Nunca llegué a saber qué quería decirme. A Graciano, que en toda la noche no había dicho esa boca es mía, de repente le dio por hablar:

- Laureano -me dijo-, vuelve a tu sitio. El barco está desequilibrado.

Me fui disparado a proa. No me podía creer que me hubiera llamado por mi nombre. El presidente de la Federación Socialista de Asturias sabía quién era yo y quizás incluso qué había hecho... Rodeé con el brazo los hombros de Pilar y me quedé mirándolo. Graciano Antuña escudriñaba la oscuridad mar adentro y fumaba con el cigarrillo escondido en el cuenco de la mano. Yo también encendí uno. Su bufanda se agitaba al viento, siguiendo el ritmo del motor. Cerca de él, controlando el timón, Perfecto Suárez olfateaba el aire y dejaba que el agua lo salpicara, buscando Dios sabe qué en tierra firme, suponiendo que aquella raya un pelo más oscura que la negrura que nos rodeaba fuera la costa de Villaviciosa.

- Falta poco -gritó en cierto momento.

Al cabo de veinte minutos, nos quedamos quietos en medio del mar. Lo de quietos es un decir, pues soplab a viento y unas olas grandes nos sacudían por todas partes. Entre ola y ola se abrían huecos de silencio y entonces se oía el agua que chapoteaba en los flancos de la lancha. Todo el mundo callaba, buscando el barco en el horizonte, hasta que lo vimos allá lejos. En esa ocasión fue más fácil que cuando el Turquesa. El Cordouan llevaba más lucecitas que la calle Mayor de un pueblo en días de feria. Tío Adolfo sacó una antorcha del pañol, la encendió y la agitó en el aire. Yo me sabía muy bien la historia esa de las señales. Tras acercarnos, nos subieron a bordo con una escalerilla atada a un cabrestante.

- Cuidado -le dije a Pilar, poniéndole una mano en el culo.

- Cuidado tú -me soltó, la mar de cabreada-, y quítame la mano de encima.

Tío Adolfo, el último en subir, se volvió luego hacia Perfecto Suárez, que se había quedado en la lancha, y gritó:

- Gracias.

- Que haya suerte, y que no se os olvide enviarme postales.

Ahí se acabó lo que se daba. El hombre dio la vuelta con una lenta maniobra, cabalgó una ola y desapareció en el vientre de otra. El viento nos trajo durante un rato el ruido del motor, y luego nada más.

- Ojalá que todo vaya bien -comentó Graciano. Quien vino a buscarnos fue el mismísimo capitán Donadieu, un tipo muy alto y muy flaco, con ojos de pescado hervido y la nariz roja de tanto empujar el codo. Andaba cabreado y hablando entre dientes...

- ¿No ibais a ser tres?

Al final, le dimos algo más de dinero y nos metió en la bodega, entre un montón de cabos embarullados y un arsenal de cajas de sidra dispuestas en hilera. Cuando nos quedamos solos, me di cuenta de que Pilar ponía cara de pocos amigos.

- ¿Y si descorchéramos una botella? Sólo una -pedí-. Para celebrarlo...

- No, no puede ser -contestó tío Adolfo-. No faltaría más.

- Sí, hombre, a tomar por el saco -soltó Graciano Antuña, que de repente se puso alegre-. Se la pagamos y ya está.

Entre tío Adolfo y él se pimplaron cuatro, casi cinco. Pilar y yo paramos un poco antes, y ella ahora sonreía. Los dos estábamos muy achispados.

Me cogió de la mano y me llevó un poco más allá, detrás de una mampara. Se puso de rodillas en el suelo y se levantó la falda, con el pecho y los brazos apoyados en una caja.

- ¿Qué, te animas? -me preguntó.

El barco cabeceaba y me costó lo mío, pero me corrí una, dos, tres veces. Menudos tiempos aquéllos... Tenía un culo que era como para llevarlo a un concurso. Eso no se olvida, joder...

Me costó mucho despertarme cuando tío Adolfo me dio una palmada en el hombro.

- Es tarde. El capitán nos ha avisado y podemos salir. Mientras me iba espabilando, miré a Pilar, que aún dormía. Alargué el brazo y le tapé los muslos con la falda.

- Enseguida vamos -le dije a tío Adolfo.

Medio dormidos todavía, subimos la escalerilla de la bodega y pasamos delante de un par de escotillas. En el puente de proa, apoyados en el parapeto, estaban nuestros dos compañeros.

- Buenos días. Espero que hayan dormido bien los señores.

Graciano Antuña nos guiñó un ojo y se lo tomó a risa. Tío Adolfo sonreía, mascándose un bigote ya inexistente. El sol brillaba alto y el azul luminoso del agua nos cegaba. A lo lejos, en el cielo, las nubes de una tormenta en fuga se deshilachaban como ovillos y el viento nos sacudía la ropa.

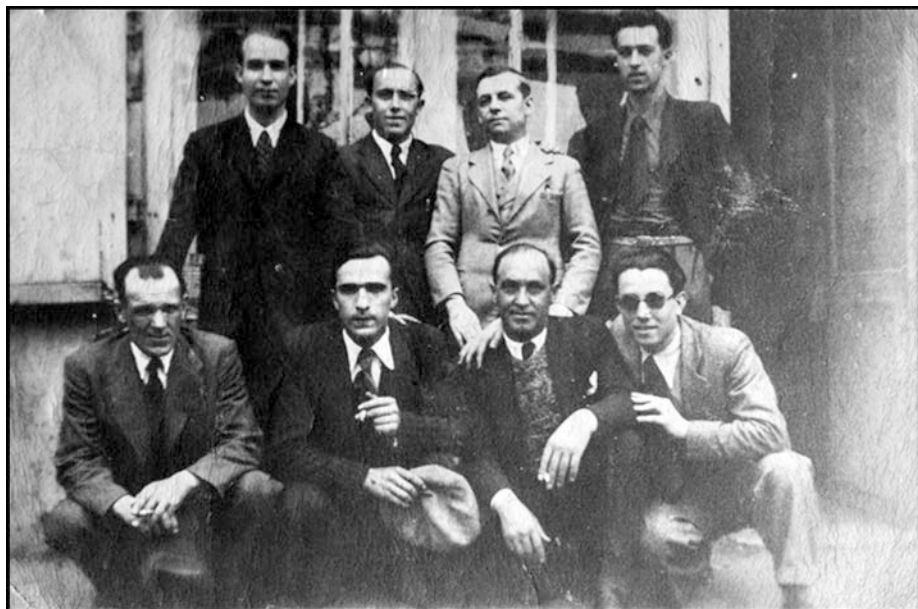
- ¿Veis aquello, allá? Es la Gironda -dijo tío Adolfo, señalando un punto en la lejanía donde parecía que la costa se partiera en dos-. Ya falta poco.

Efectivamente. Cruzamos un canal entre dos islas enormes, y al cabo de un rato vimos La Rochelle. De pie con la cara al viento, Pilar y yo íbamos cogidos de la mano. Ella estaba tan contenta que no paraba de sonreír. Yo, en cambio, miré la mancha roja de su boca y a punto estuve de llorar. Toda aquella alegría me iba grande y no sabía qué hacer con ella ni dónde meterla. Además, ¿a qué venía tanto contento? Era verdad que tenía a Pilar a mi lado, pero, por muchas vueltas que le diera, aquélla no dejaba de ser una jodida derrota. No va a durar para siempre, me iba diciendo. Y en cambio... Qué poco sabía yo entonces del exilio.

Con la proa enfilada hacia la costa, empezamos a distinguir las casas y el paseo que bordeaba el mar. Pensar en aquellas casas, en La Rochelle, en Francia y en mi futuro me hizo

sentir muy cansado. Entonces intenté imaginarme la cara de mi padre y me vino a la cabeza su cara buena, la verdadera. A lo mejor, habría estado orgulloso de cómo me había comportado. En cuanto a mi madre, desde luego que no. Allí me quedé, de pie, apoyado en la barandilla, con los sentimientos hechos un ovillo, hasta que me di cuenta de que una mano me rozaba el hombro. Esta vez era Pilar; Pilar, que me miraba con aquellos ojos color verde oscuro que brillaban, desorbitados por la alegría. Apuntaba derecho al corazón, la moza.

- Hemos llegado -me dijo.



1935. Exiliados en Bruselas tras la revolución de Asturias.

De izda. a dcha. Arriba: 1º Ramón Álvarez, 3º Horacio Argüelles
Abajo, 3º Avelino Entrialgo

Eso fue lo que ocurrió. A partir de ahí, la historia fue muy otra. Al cabo de dos días, enviamos la postal a Perfecto Suárez desde Rennes, pero tardamos más de un año en volver a casa. Un año de mierda... Los exiliados éramos más de mil, poca cosa comparado con el medio millón de españoles que huyó a Francia cinco años después, cuando los franquistas tomaron Barcelona y ganaron la guerra. Yo lo

viví las dos veces y sé muy bien lo que digo: nos trataron casi como a enemigos. La mayoría de nosotros llegaba con lo puesto, así que el Gobierno francés nos acogió de mala gana, como si fuéramos una letra a punto de vencer. La policía siempre nos buscaba las cosquillas; algún que otro municipio nos ofrecía de uvas a peras unos subsidios miserables. Los muy hijos de puta se aprovechaban de los pocos que tenían la suerte de encontrar trabajo, y nos daban un tercio de lo que pagaban a los franceses. A mí y a Pilar a menudo nos separaron: las mujeres con las mujeres, los hombres con los hombres, en siniestros cuchitriles elevados a la categoría de hotel, en unos campos de acogida donde tuvimos que construirnos nosotros los barracones, traídos y llevados de Orleans a Dieppe, de Dieppe a Saint-Nazaire... No era eso lo que esperábamos de Francia, así que en febrero del 36, cuando ganamos de nuevo las elecciones, lo celebramos por todo lo alto. Nosotros volvíamos a casa y los prisioneros salían de la cárcel. A Mariano y Regalado, condenados a ocho años, los liberaron el 21 de febrero, día de la amnistía. A González Peña lo primero que se le ocurrió al salir del pasillo de la muerte en la cárcel de Burgos fue enviar un telegrama a sus compañeros: «Saludo emocionado a los indomables de Asturias. Un gran abrazo. Peña.» Tío Adolfo, Pilar y yo cruzamos la frontera en coche, el 23 de febrero. Delante de nosotros viajaban Belarmino Tomás y Gracián Antuña. Cinco kilómetros antes de llegar a Sama, por la

carretera, ya vimos gente que nos aplaudía. Entonces, por primera y creo que única vez en mi vida, nos sentimos de verdad vencedores. ¿Y quiere que le diga por qué ganamos estas elecciones? Porque habíamos vuelto a unirnos todos, republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas... El Frente Popular había insistido mucho en lo de la amnistía, y para que soltaran a todos los prisioneros, los anarquistas, cosa rara, fueron a votar. En España había muchos por aquel entonces...

Créame, la historia es una cadena: si no nos hubiéramos movilizado aquel octubre, no habríamos ganado las elecciones; de no existir el Gobierno del Frente Popular, a Franco quizá no se le habría ocurrido rebelarse contra la República; si no hubiera habido guerra civil en España, quién sabe qué habrían hecho Mussolini y Hitler... Y así sucesivamente, por los siglos de los siglos. Nada pasa porque sí. A menudo tengo la sensación de que el mundo es una ceremonia, donde unas cuantas reglas y ritos mantienen atados a hombres y cosas, o al menos así ocurría antes. Hoy por hoy, no sabría decirle. Vivimos día a día sin saber ya recordar ni olvidar, queremos estar en todas partes, tenerlo todo, de golpe. La gente vive, la obligan a vivir, como si el tiempo estuviera concentrado en un solo instante. La verdad es que se nos mezclan las cartas del presente y del pasado, no damos tiempo al tiempo, y entonces la historia se venga y acelera, nos persigue como una sombra. Sin que lleguemos

siquiera a viejos, nos dicen que nuestro pasado se ha convertido en historia. Pero eso no es historia, ni nada que se le parezca, sino algo estúpido, informe, blando como el algodón, sin un destino claro. Más aburrido que el andar a pie, ¿no le parece? Aunque a veces el destino va y te juega una mala pasada... Tío Adolfo, por ejemplo: en el 36 se enroló en la armada y dos años más tarde lo hundió un crucero de combate inglés delante de las costas vascas. En cambio, Graciano Antuña fue elegido diputado.

¿Pilar y yo? Mala pregunta... Resulta extraño volver a un lugar: quisieras estar y no estar, el tiempo nuevo se te junta con el viejo, intentas volver a ser el de antes, pero quieres olvidar. Menudo lío... A lo mejor es que Pilar y yo no estábamos preparados. Además, ella encontró a su padre muy afectado por el año pasado en la cárcel: a menudo tenía momentos de ofuscación, casi no podía salir de casa solo, le costaba atarse los cordones de los zapatos y se veía negro para hablar de corrido. Ella se dedicó a cuidarlo y yo a criar a Marcial y a ganarme la vida. Trabajé de fotógrafo ambulante, de dependiente, de camarero. El poco tiempo que me quedaba, lo dedicaba a Pilar y a las reuniones del partido, pero poco a poco nos fuimos distanciando; cada cual tomó su camino, y aunque a veces fuera el mismo, no lo andábamos juntos. Lo dicho: ya no éramos los de antes, y quizá nuestro error fue el de empeñarnos en querer ser lo que habíamos sido, costara lo que costara. Si fuera posible,

nadie tendría que llevar sobre los hombros la carga entera del pasado...

Desde el día en que estalló la guerra, Pilar y yo volvimos a encontrarnos sólo una vez más, y por casualidad, en Barcelona, hacia finales del 38. La vi en un café de las Ramblas. Continuaba siendo muy guapa, pero se le había endurecido el rostro y llevaba dibujada en los labios una mueca de amargura que no se le iba ni cuando sonreía. Vivía con un capitán del ejército, un comunista de Valladolid. Dijo que estaba cabreada porque le habían prohibido ir a combatir en primera fila. ¿Por qué las mujeres no podían luchar si aquél era un Gobierno de izquierdas? Yo le di la razón, pero me tomé de prisa y corriendo el cortado y busqué una excusa para largarme. Seguía apuntando al corazón, la moza. Al mío.

Al cabo de muchos años me contaron que los franquistas los habían cogido a los dos y los habían fusilado en el 40. Desde entonces, siempre me ha costado dormir. A menudo me despierto cuando todavía es de noche, sudando como un pollo porque he soñado cosas raras. Pero a lo mejor eso no tiene nada que ver con ella; será esta ciudad... Vivo aquí desde hace tantos años que ahora ya no sabría imaginarme en otro sitio, pero a veces, créame, es como si el ruido de los coches, las viejas indias sentadas en las esteras con su mercancía, la contaminación, los cráteres de los volcanes, los

policías que asaltan bancos, los perros callejeros y los vendedores de tacos y camitas se me echaran encima. ¿Qué le vamos a hacer? Hay que tomárselo con filosofía. Ay, por cierto, me había olvidado de su filósofo. Me dijo que se llamaba Benjamin, ¿verdad? A ver, qué podría contarle yo... Ya le dije que me lo encontré una noche en los Pirineos, a medio camino entre Port Bou y Cerbere, por el sendero de Lister. Sería el mes de septiembre del 40. Yo había huido de uno de los campos de refugiados en Francia y malvivía cruzando arriba y abajo la frontera. Ya me entiende... contrabando. Permanganato, carne, según lo que hubiera, con los españoles y los franceses pisándome los talones. Dos días más tarde, el pobre se suicidó en Port Bou. También a él, el destino le jugó una mala pasada, le mezcló las cartas de la baraja. Pero yo estoy de su parte: mejor acabar así que muerto por los alemanes. Además, después de todo lo que he visto durante setenta y ocho años, la muerte ya no me da miedo; lo que me asusta es lo mucho que cuesta morir. Ojalá pudiera irme de repente, así, mientras charlo con usted... El filósofo ese opinaba lo mismo. Fui a verlo a escondidas al hotelucho donde lo habían encerrado los aduaneros, y me dijo justo lo que yo le estoy diciendo a usted. Ya se había tomado las pastillas. Pero ésa sería otra historia y la verdad es que ahora estoy muy, pero que muy cansado.

AGRADECIMIENTOS

Hay gente tonta que a veces llega a llamarlo plagio, pero no lo es. Lo que sucede es que el escritor es como una abeja, que no sólo produce miel de calidades variadas, sino que, revoloteando de libro ajeno en libro ajeno, difunde el polen de las ideas y contribuye a su reproducción y difusión.

Así que serán muchos los autores que encuentren en estas páginas huellas de sus propios textos. Les doy las gracias a todos, pero muy especialmente a Paco Ignacio Taibo, hijo. Además de ser el autor de dos brillantes y apasionados volúmenes dedicados al octubre de 1934 que forman parte de Historia de las Asturias, Paco Ignacio me abrió las puertas de su biblioteca e incluso llegó a prestarme un maletón para transportar de Ciudad de México a Milán miles de páginas fotocopias. Se lo devolveré en breve. No va a pasar lo mismo con el libro de Carlo Tiberio, pues todavía lo estoy utilizando, pero procuraré restituírselo lo antes posible: prometido.

También quisiera dar las gracias a Alfonso Roa por haberme proporcionado los mapas de Gijón de los años 30, y a Miguel Bonilla por haberme acompañado en mis pesquisas a Gijón, Oviedo y a Ría de Pravia.

Un agradecimiento muy especial a Laia, mi compañera, y a Laura, Silvio, Paolo y Antonio por sus valiosos consejos tras la lectura atenta del manuscrito. Y para acabar, un recuerdo para Gracia Cherchi, a quien en esta ocasión he echado en falta más que nunca.